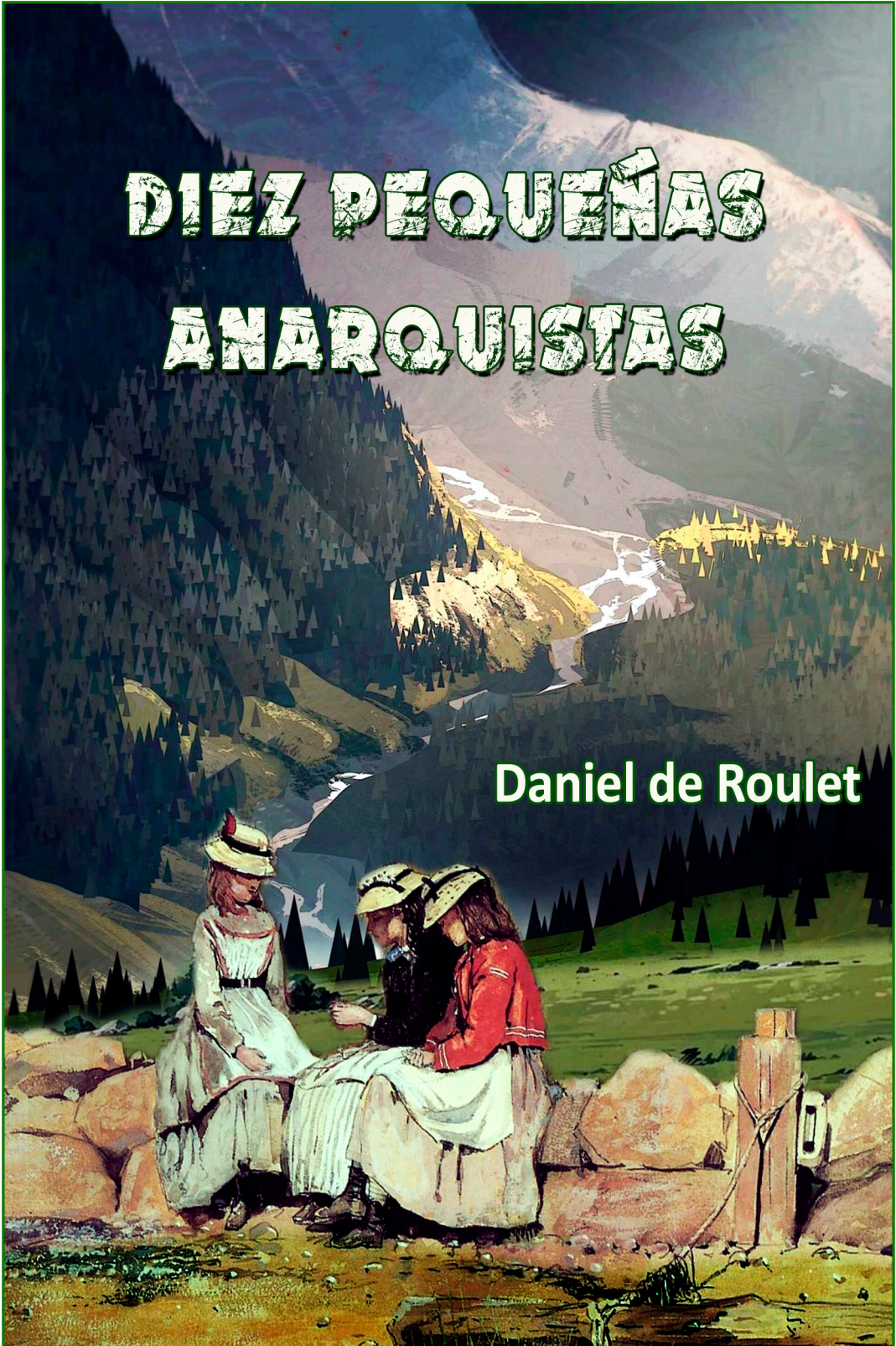


DIEZ PEQUEÑAS ANARQUISTAS

Daniel de Roulet



Suiza, finales del siglo XIX. En Saint-Imier, la vida es una lucha entre la pobreza y la explotación, entre los establos y una incipiente industria relojera. La visita de Bakunin, imbuido del fervor de la Comuna de París, despierta la idea de que otra vida es posible. Diez jóvenes se aventuran a construir, al otro lado del mundo, una comunidad donde reinaría la "anarquía pura". Valentine, la última superviviente de las "diez pequeñas anarquistas", relata esta utopía en acción, que las lleva de Suiza a la Patagonia y de allí a Buenos Aires, pasando por la isla de Robinson Crusoe.

Esta es la extraordinaria epopeya de diez mujeres unidas por un feroz amor a la libertad, que eligieron "regocijarse en lo inesperado sin perder la fuerza para rebelarse".

Daniel de Roulet, nacido en Ginebra, se dedicó a la escritura tras dedicarse a la arquitectura, la informática y las maratones. Es autor de numerosas novelas y crónicas.

Dix petites anarchistes

Daniel de Roulet



BUCHET • CHASTEL

Daniel de Roulet

DIEZ PEQUEÑAS ANARQUISTAS

© Daniel de Roulet, 2017

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

“Nosotras, Valentine”.

Individualidad y colectividad en *Diez pequeñas anarquistas* de Daniel de Roulet. Marceau Levin

Advertencia al lector

- I. Valentine la reportera
- II. Dos jóvenes enamoradas
- III. Parto entre comuneros
- IV. En la Patagonia
- V. Una isla del Pacífico
- VI. Una comunidad anarquista
- VII. Hacia Buenos Aires
- VIII. De amor y de muerte
- IX. Primero de Mayo

Acerca del autor

Diez negritos

“NOSOTRAS, VALENTINE”.

INDIVIDUALIDAD Y COLECTIVIDAD EN *DIEZ PEQUEÑAS ANARQUISTAS* DE DANIEL DE ROULET.

Marceau Levin

El pensamiento anarquista postula la igualdad de roles entre los individuos que conforman la comunidad, independientemente de su origen social. En otras palabras, la participación en la vida comunitaria, respetando los principios antiautoritarios, prevalece sobre la conciencia de clase. Por lo tanto, el anarquismo requiere, al menos inicialmente, un compromiso existencial y filosófico, lo que lo convierte más en una forma de vida que en una ideología política. La teoría anarquista se basa en la rebelión contra todas las organizaciones estatales, a las que considera opresoras y fuente de injusticia y coacción. Cabe destacar

también que el pensamiento anarquista abarca diferentes enfoques y/o posturas. Por ejemplo, el anarquismo individualista, se trataría de una corriente a medio camino entre el liberalismo, el socialismo y la exaltación de la soberanía del individuo frente a los esfuerzos totalitarios del Estado, mientras que el anarquismo comunista se alinea más con la práctica revolucionaria colectiva. Entre los mayores defensores de esta última forma de anarquismo se encuentra el revolucionario, filósofo y teórico ruso Mijaíl Bakunin. Esta figura histórica también desempeña un papel clave en la obra que analizaremos en este artículo, *Diez Pequeñas Anarquistas*, del autor suizo Daniel de Roulet. Daniel de Roulet presenta la historia de un grupo de relojas que deciden fundar una comunidad anarquista al otro lado del mundo. El punto de partida es el pueblo fronterizo de Saint-Imier, un municipio situado en el Jura suizo, región donde nació la relojería de alta tecnología, pero donde el anarquismo también vio consolidarse, con la creación de la *Federación del Jura* en 1872, uno de los bastiones de su historia.

Este acontecimiento fue, sin duda, el catalizador que finalmente convenció a este grupo de valientes mujeres a embarcarse en un largo y arduo viaje hacia lo desconocido. Bajo el lema «Ni Dios, ni amo, ni marido», las diez mujeres decidieron partir (dos de ellas inicialmente, las demás más tarde) con sus hijos rumbo al Cono Sur. Esta empresa resultó ser todo menos sencilla. Sin embargo, lograron llegar a Brest

para embarcar en el barco *La Virginie* (junto con deportados de la Comuna de París, entre ellos Louise Michel) y cruzar el Atlántico, desembarcando finalmente en Punta Arenas, Patagonia. Su búsqueda del idílico paraíso anarquista las obligó, unos años más tarde, a abandonar la Patagonia y continuar su épico viaje hacia el archipiélago de Juan Fernández (que inspiró a Daniel Defoe *en Robinson Crusoe*), antes de llegar finalmente a Buenos Aires, donde intentaron, sin éxito, contactar con su amigo y mentor, Errico Malatesta.

Es importante destacar que el título evoca inevitablemente la novela policíaca de Agatha Christie, "*Diez negritos*", inspirada en una popular canción infantil. Al igual que en la novela de Christie, por diversas razones, el grupo se reduce a un solo miembro, Valentine, la narradora.

A primera vista, *Diez Pequeñas Anarquistas* es una novela colectiva: Valentine, la narradora, señala desde el principio, en el "Prólogo al Lector", su deseo de resaltar lo menos posible en beneficio del colectivo, del que afirma ser simplemente la "reportera".

La novela comienza con la idea de que, a pesar de la desaparición gradual de cada miembro del grupo anarquista, el colectivo que ayudaron a crear sigue vivo en la "última de las diez emigrantes": "Éramos diez, y al final, solo queda una. Nos llamamos Valentine Grimm, nacida el 30 de noviembre de 1845. Somos la menor de las hermanas Grimm". Si bien indica su identidad y fecha de nacimiento, Valentine utiliza

el pronombre "nosotras": en el ideal comunista defendido por los anarquistas, el individuo no tiene precedencia. El individuo solo tiene significado en la medida en que pertenece a una comunidad. Por eso la narradora busca evitar cualquier sesgo subjetivo en su relato: se obliga así a reservar su opinión para breves pasajes entre paréntesis, lo que permite distinguir dentro del texto qué pertenece a la narrativa colectiva y qué a los remanentes de la individualidad: «(De vez en cuando, introduciré observaciones que solo me conciernen a mí. Estarán entre paréntesis para que puedan evitarlas)». La novela, al separar estos espacios textuales, parece señalar su lucidez sobre la dificultad de olvidar por completo una subjetividad siempre omnipresente y estructurante, en una sociedad que la moldea de esta manera, una visión del mundo egoísta y preocupada únicamente por sus propios intereses. *Diez Pequeñas Anarquistas* no es solo una novela sobre el anarquismo, sino también, y sobre todo, una novela que es, en sí misma, un acto anarquista: el intento de ir más allá del escenario del individuo-rey para pensar una narrativa colectiva donde prevalezca la pluralidad de rostros, de vidas, y donde el todo prevalezca sobre las partes.

Sin embargo, la decisión de Daniel de Roulet de narrar esta historia desde la perspectiva de una narradora interno, un "yo" situado, un personaje plenamente desarrollado que reaparece a pesar del uso del "uno" impersonal, merece un análisis más profundo. Parece que la narrativa de "*Diez*

Pequeñas Anarquistas", la historia de una experiencia colectiva, solo puede entenderse a través de la irreductible lente de la individualidad: quizás una forma de atenuar el posible júbilo político que se siente al leer este relato de la emancipación colectiva de las jóvenes trabajadoras suizas. El objetivo aquí es demostrar cómo la narradora, Valentine, desafía significativamente la interpretación antes mencionada de una novela para y por el colectivo.

En primer lugar, la novela construye a Valentine como un personaje marginal, apartado del grupo. «Reportera» y biógrafa de cada anarquista, la menor de las hermanas Grimm muestra, sin embargo, una personalidad crítica, distante y fácilmente escéptica: cuando, al principio de la novela, el pueblo donde se reúnen los anarquistas de Europa bulle de nuevas ideas, el discurso indirecto libre que informa sobre las esperanzas de los trabajadores y las trabajadoras se interrumpe abruptamente con un paréntesis:

Podíamos confiar en el pasado; la situación era tan nueva que no se parecía a nada que hubiéramos visto antes. Vivíamos los albores de una nueva humanidad, nada menos. (Lo dudaba, pero como lo decía Blandine, mi hermana mayor, era mejor no molestarla; podía ser desagradable).

Aunque la novela se preocupa de matizar los compromisos de cada personaje, a través de encuentros casuales y lugares habitados, hasta el punto de que sería fácil releerla

presentando el egoísmo y los intereses individuales como únicos motivos (por ejemplo, si Mathilde es tan radical, es simplemente porque está enamorada de Errico Malatesta, etc.), Valentine sigue siendo, no obstante, una figura única, que encarna realmente la duda, y esto mucho después de la emigración:

Por ejemplo, respecto a la abolición de la autoridad, a no permitir que se nos impusieran leyes injustas, razonamos como Benjamin. (Yo seguía cuestionando estas certezas, burlándome de ellas: Una mañana me despierto y el gobierno ya no existe, ¿sigo preparando el desayuno?).

La ironía es el sello distintivo de esta narradora, que no duda en comentar la acción y expresar sus reservas: constantemente, derriba las ideas de su pedestal, contrastando, como en el pasaje anterior, la escala colectiva (el gobierno) con la escala inmediata, cotidiana e individual (el desayuno). Nos recuerda constantemente que desconfía de las utopías y las teorías que las acompañan. Hasta el punto de que nosotros, los lectores, empezamos a dudar, a su vez, de las razones que la llevan a seguir a las anarquistas, *y más aún*, a contar su historia.

No fue realmente el apego a los principios anarquistas, ni la perspectiva de fundar una sociedad al otro lado del mundo, lo que la llevó a emigrar, como ella misma indica: «(Al principio, habría preferido irme sola a la gran ciudad de

Ginebra, para no tener que soportar más la carga de mi hermana mayor. Por curiosidad, terminé siguiendo al grupo)». Valentine se posiciona así no solo como reportera, sintetizando y organizando eventos para darles forma narrativa, sino también, dentro de la diégesis, como una observadora impulsada por la curiosidad, ansiosa por saber cuál será el destino de estas jóvenes, que forman un grupo al que no pertenece, sino al que simplemente «sigue». Eclipsada por su hermana Blandine, con quien mantuvo una relación tensa hasta su partida, y por Mathilde, la heroica joven anarquista, Valentine se retrata como un personaje discreto y silencioso, pero que, sin embargo, piensa profundamente en sí misma. Como tal, esta narradora introduce una ruptura en la armonía (ciertamente frágil, pero no por ello menos presente) del grupo anarquista: representa la irreductibilidad de la individualidad, desconfiada de los grupos y de las ideas consensuadas, reticente a pertenecer al colectivo y negándose a toda costa a renunciar a la más mínima parte de su personalidad, a adaptarse al grupo o a anteponer el interés colectivo al suyo propio. En una novela sobre lo colectivo, Valentine encarna el grano de arena que es el individuo, siempre resistente, en nombre de su libertad individual, a revocar sus privilegios de singularidad y primacía.

A pesar del uso mencionado del pronombre impersonal, para una historia que narra la trayectoria de un grupo, se trata de la narración en primera persona la que se emplea en

Diez Pequeños Anarquistas. La elección de una narradora intradiegética y homodiegética, por usar la terminología de Gérard Genette¹, crea una paradoja que la alternancia de narración impersonal y comentarios entre paréntesis solo sirve para resaltar: ¿cómo puede uno creer ni por un segundo que un solo personaje podría hablar en nombre de un grupo, reservando su opinión, su subjetividad, para breves frases entre paréntesis? ¿Cómo no pensar que Valentine, la autoproclamada potentada del aparato narrativo, está componiendo la historia a su antojo y ordena su contenido según lo que decide revelar o, por el contrario, mantener en secreto? La fiabilidad de la narradora deja mucho que desear. Tras el relato del nacimiento de Paul, hijo de Adèle, la «vagabunda pelirroja», declara entre paréntesis:

En cuanto a mis amores, no pueden ser objeto de una descripción detallada [...] Considero el asunto demasiado poco importante para insertarlo en esta historia que cuenta ante todo una experiencia colectiva, el avance de una bella idea, las dificultades de su realización para convertirla en una utopía.

A pesar de estas declaraciones, que la presentan como una simple "reportera" objetiva y neutral, dedicada exclusivamente a relatar las aventuras del grupo, Valentine ofrece una "descripción detallada", que abarca varias páginas, de su romance con Arsène, el lector de nubes.

1 Véase G. Genette, *Figuras III*, París, Le Seuil, coll. «Poética», 1972.

Además, su opinión a menudo se filtra entre paréntesis, como lo demuestra la concesiva frase "sin que su partida constituya una gran pérdida" en el título del octavo capítulo, dedicado a Blandine: la evaluación implícita es obvia. A partir de este punto, es lícito dudar de la veracidad de la novela en su conjunto, un punto que el propio texto nos recuerda irónicamente, en referencia a *Robinson Crusoe*: "Sabíamos que entre la ficción y la verdad hay espacio para muchas mentiras". ¿Es esta la clave para entender "*Diez Pequeñas Anarquistas*", que pretende engañar al lector, desviarlo del camino, como en el caso de los "*Diez negritos*", a los que se refiere el título?

Sin embargo, la organización de la narrativa recae exclusivamente en Valentine. Por ejemplo, los títulos de los diez capítulos, cada uno dedicado a una anarquista, suenan como tumbas, homenajes a los miembros del grupo, destacando los fracasos, las muertes y las salidas que marcan el ritmo del libro: como en los diez negritos, una joven anarquista desaparece con cada capítulo. En resumen, volvemos a la irreductibilidad del ego, del individuo, que aquí se convierte en el conductor de la narrativa: la narradora, Valentine Grimm, cuyo apellido ya presagia su vocación de narradora, recombina la narrativa según su voluntad individual, para servir y enfatizar sus propias ideas y sentimientos.

A medida que se desarrolla esta narrativa, centrada en la pérdida, la desilusión y la muerte, la historia individual de

Valentine también adquiere mayor relevancia. Esta narradora todopoderosa, cuyo relato, como hemos visto, es cuestionable, parece absorber gradualmente la narrativa colectiva para afirmarse, transformando finalmente *la* biografía en una autobiografía. Como prueba, basta observar la prolongación de los paréntesis hacia el final del volumen, que pasan de unas pocas palabras a varias frases, llegando a ocupar varias páginas. Así, al final, Valentine inicia un paréntesis que se extenderá por dos páginas, explicando, a modo de justificación:

Podrían criticarme por no expresar lo suficiente mis sentimientos, como suele ocurrir cuando alguien relata su vida. Sin embargo, en este caso, no elegí ser la narradora, y ofrecer una perspectiva demasiado personal sería perjudicial para la causa que, sin embargo, defiendo.

Estas observaciones permiten a Valentine desviar la acusación de "perjudicar la causa" con "un punto de vista excesivamente personal" (ya hemos visto lo personal que es su punto de vista) al presentar a los lectores, a quienes se dirige la narradora, como si buscaran información personal, en nombre de la "costumbre". También al final, encontramos una digresión aún más larga. En estas páginas es donde se desenvuelven los enredos románticos de la narradora, y desde Viernes hasta Arsène, detalla meticulosamente los acontecimientos de su vida emocional.

Su relativa discreción sobre este tema durante los dos primeros tercios de la novela se explica sin duda por la ausencia de acontecimientos significativos: inmersa en "su soledad", está "esperando al Príncipe Azul". El último elemento que demuestra esta mayor prominencia de lo privado, lo íntimo y lo personal en la novela, además de la micronarrativa de la vida familiar de Valentine y Blandine (que también debería incluirse), es la novela del compromiso de Valentine. El último intento de asesinato, en el que Valentine habla de sí misma en tercera persona, está muy dramatizado, presentado como una auténtica escena novelesca: «En la primavera de ese mismo año, el coronel Ramón Lorenzo Falcón, de cincuenta y cuatro años, paseaba orgulloso por los grandes bulevares...». Incluso dejando de lado el estilo narrativo de este episodio, conviene recordar que este ataque puede interpretarse como una venganza personal (por la muerte de Mathilde), disfrazada de asesinato político. *Diez Pequeñas Anarquistas* establece una tensión, una fractura entre dos posturas opuestas: una que hace del anarquismo el eje central de la narrativa, y la otra, por el contrario, que sitúa al individuo en el centro a través de la narradora, Valentine. Jugando con esta tensión, esta ambivalencia, tal como Valentine declara "jugar con la frontera", la obra, evoca la novela picaresca a través de los extensos títulos de sus capítulos, también la referencia en su condición de novela iniciática: la de la invención política de Valentine de sí misma como anarquista.

Durante el quinto capítulo, mientras el grupo, todavía en la Patagonia, recibe noticias de Europa sobre la Federación del Jura y la propaganda con que ésta la defiende, se encuentra la siguiente frase:

Pero ¿qué pensábamos nosotras, al otro lado del mundo, ocupadas creando nuestras cooperativas, de la propaganda por la escritura? Blandine dijo que todo dependía de las circunstancias. (No me gustaron las declaraciones apasionadas de mi hermana; no estábamos en un servicio religioso).

Este pasaje nos revela, en primer lugar, hasta qué punto la trayectoria de las anarquistas a lo largo de la novela no es meramente geográfica, sino también ideológica: la obra repasa, a medida que el grupo experimenta cambios y evoluciones, todas las facetas y corrientes del anarquismo. Así, no está, por un lado, el grupo de anarquistas y, por otro, Valentine: el conjunto se recombina constantemente a lo largo del espectro ideológico del anarquismo, desde la radical Mathilde hasta Blandine, quien termina siendo electoralista, desde el anarquismo comunista y utópico de Juan Fernández hasta el activismo urbano de Buenos Aires. Sobre todo, Valentine tiene razón: el anarquismo no es el culto a Dios ni a la personalidad (consideremos su reacción ante Louise Michel: «Por mi parte, seguí pensando que esta Louise no era ninguna santa»). Valentine, la desconfiada, difícil de engañar, con su aguda mente crítica, es quizás la anarquista por excelencia: las figuras de autoridad y sus

argumentos no la dominan. La novela puede leerse entonces como una novela sobre la autoinvención política de Valentine: esta historia trata principalmente sobre ella, como hemos visto, y la importancia de su subjetividad sirve para ilustrar la evolución del personaje. Gradualmente se libera, en particular de la influencia de su hermana y de sus propios bloqueos emocionales, al tiempo que abraza cada vez más las teorías y prácticas anarquistas. La emancipación, un proceso incipiente, es sin duda el motor de la novela, en lo que respecta a Valentine. Esta emancipación se ve reforzada por la profundización del personaje, que cobra mayor profundidad y cuya personalidad se revela a medida que se afirma.

Esta novela, que relata el autodescubrimiento de Valentine de su identidad política y las formas en que el anarquismo, pero también el amor, la violencia, la amistad y el compromiso, adquieren significado para ella, puede describirse como una historia de madurez. Toda la narrativa traza una búsqueda, cuyo objetivo permanece incierto, y los obstáculos encontrados conducen a redefiniciones y recomposiciones de esta búsqueda y sus participantes. El final de la novela, que comienza con su mudanza a Buenos Aires, representa un momento de plenitud para Valentine: «Ahora me encontraba capaz de apreciar tanto la soledad como los encuentros, el amor y un toque de anarquismo». La partida de Blandine, unas páginas después, confirma y

refuerza este proceso liberador: «(Acepté que me llamaran [anarquista] tan pronto como mi hermana falleció)».

La novela de Daniel de Roulet, *Diez Pequeñas Anarquistas*, va más allá de simplemente tomar el anarquismo como tema: sitúa en el centro de su narrativa el cuestionamiento inherente a esta teoría política, la búsqueda de la emancipación y la consideración de los obstáculos, que siempre pueden transformarse en fortalezas. La elección de una narradora interna puede explicarse inicialmente por el rechazo a una narración omnisciente, lo cual resulta políticamente más problemático porque introduce, en cierto modo, una "mirada principesca" en una novela que relata las vidas de mujeres que han rechazado a Dios, amo y esposo. Pero esta elección tiene una justificación positiva: permite que la evolución de la narradora, cuya complejidad ya hemos presenciado, se integre en estas historias de vida.

DIEZ PEQUEÑAS ANARQUISTAS

ADVERTENCIA

Una advertencia al lector para que sepa quién escribió estas líneas y por qué, sin olvidar especificar el papel de cierto cuaderno verde que rellena los huecos de la memoria.

Éramos diez, y al final, solo quedó una. Nos llamamos Valentine Grimm y nacimos el 30 de noviembre de 1845. Somos las hermanas Grimm más jóvenes. A nuestros sesenta y cuatro años, tenemos edad suficiente para hacer un balance.

Hasta ahora, habíamos escrito principalmente crónicas ocasionales, cuentos de ficción para adormecer a los niños o disipar las sospechas de nuestros enemigos, y cartas bien redactadas a los amigos. Y ahora, vamos a ser las chismosas de nuestras compañeras.

No queremos burlarnos de nadie ni hacernos las santas. Solo retratar nuestros amores y nuestras convicciones, sin juzgar ni ser condescendientes, con la idea de que esto pudiera ser algo así como nuestro testamento político. En resumen, un asunto serio. Como verán, todas hemos tenido vidas plenas. Cuando nos expresábamos por escrito,

firmábamos con un seudónimo o simplemente como "unas cuantas mujeres despreocupadas".

Nos prometimos un apoyo mutuo duradero, incluso en acciones que nuestros enemigos calificaron de violentas, cuando en realidad eran simplemente ataques contra la injusticia. Hoy, nosotras, Valentine, refugiadas en Uruguay, hemos decidido contarles, sin exagerar, lo que cuesta reinventar el mundo.

Solo que ahora las demás se han ido, ni siquiera Mathilde. Nosotras, Valentine, la última de las diez emigradas, tenemos que afrontarlo solas, informando sin caer en la propaganda anarquista. Por suerte, conservamos el cuaderno verde donde anotamos citas, pegamos recortes de periódico y copiamos algunas cartas del amante de Mathilde, el apuesto Benjamin. Usaremos todo este material, señalándolo entre comillas. Será prueba de la veracidad de nuestras aventuras. Por lo demás, confiamos en la memoria, aunque pudiera jugar nos una mala pasada.

(De vez en cuando introduciré observaciones que sólo me conciernen a mí. Estarán entre paréntesis para que puedas evitarlas.)

Y cambiamos algunos nombres para que pareciera una novela.

MONTEVIDEO, 2 DE JUNIO de 1910

Capítulo I

VALENTINE, LA REPORTERA

Donde Valentine, como reportera, relata los acontecimientos de 1851 en un pueblo de relojeros, cuando el médico judío fue expulsado por el gobierno, pero defendido por los habitantes del pueblo.

Nos despertó temprano el sonido de las palas quitando la nieve de delante de nuestras puertas, despejando los caminos hacia la carretera por donde pasaría el trineo. Había nevado toda la noche en el valle y sus pueblos. Los padres y hermanos mayores trabajaban arduamente, y nosotras, las niñas, tras las ventanas de nuestras casas, podíamos ver las columnas de vapor que salían de sus bocas. Una gruesa capa rodeaba el paisaje, sin olvidar los setos de boj del huerto, los

muros de piedra seca y las ramas de los abetos, que formaban una encantadora curva. Íbamos a vestirnos con nuestras mejores galas para acompañar a nuestros padres a la iglesia. En cuanto el camino estuviera despejado, el padre Grimm iría caminando con sus dos hijas (es decir, Blandine, de ocho años, y yo, Valentine, dos años menor).

Dos caballos tiraban de una carreta triangular hecha con dos tablones anchos en forma de V, lastrados con bloques de hormigón. Los animales forcejearon en cuanto el camino se empinó; el vapor que escapaba de sus ollares parecía presagiar su agotamiento absoluto. Primero habían seguido la calle principal, luego, poco a poco, fueron despejando la nieve de los senderos que bordean las laderas del monte Droit, pasando más arriba, frente a las granjas de los padres de Colette y Juliette.

Eran las ocho cuando el camino que cruzaba el río Suze y conducía a la casa de los Grimm quedó finalmente despejado. Se dio por sentado que el trineo triangular iría entonces a liberar las casas aisladas del valle de Envers, una por una. Cada aldea contaba con su equipo de invierno tirado por uno o dos caballos, según la inclinación de sus laderas. En las aldeas del Valle Inferior, extendidas sobre terreno llano, bastaba con un solo animal de tiro. En Courtelary, un solo buey iba enganchado al trineo triangular.

A las 9:30, las campanas de la iglesia de Vallon, encabezadas por las de la colegiata de Saint-Imier, llamaron

a la congregación al culto durante quince minutos. Gracias al sonido amortiguado, se podía medir de oído la profundidad de la capa de nieve. Los últimos copos cayeron suavemente. Las nubes se desplazaron hacia Francia; se esperaba un cielo azul despejado y un frío intenso después de la misa. En esta época del año, el sol nunca brillaba en el Envers, contentándose con iluminar la montaña Droit con un hermoso resplandor que teñía el paisaje nevado de un tono azulado.

En Vallon, incluso los mayores tienen dificultades para predecir el tiempo, porque nadie ve el cielo en toda su inmensidad. Está enclavado entre dos cordilleras cubiertas de verdes abetos. Las nubes se acumulan y lo ocultan. De repente, aparecen. Cuando desaparecen tras la cresta, es imposible saber adónde se dirigen.

(Durante el himno final, Blandine, a quien le gustaba burlarse de mí porque era más joven que ella, me hizo una adivinanza: ¿A dónde va el blanco de la nieve cuando se derrite? Las hermanas no siempre son amables. Encerrada en mi caparazón, no pude encontrar una respuesta.)

Era el domingo 12 de enero de 1851, en Saint-Imier, en Suiza, en la parte francófona y jurásica del Estado de Berna, poco antes de las once, al final del servicio.

La nieve en polvo no era adecuada para hacer bolas de nieve. La estrecha franja de cielo sobre el valle se había

vuelto azul. Mientras esperaban el desfile de la banda de música, la gente del pueblo se había reunido en la plaza del mercado y a lo largo de la calle principal. Colette y Juliette, de casi trece años, se abrieron paso entre los adultos. Allí estábamos nosotras, las niñas que un día emigrarían al otro lado del mundo. Encaramadas en los hombros de sus padres, algunas de nosotras pudimos distinguir al abanderado que sostenía el asta del estandarte bordado en su arnés, situado al frente de la banda. Avanzaban al ritmo de los tambores. Al silbato del director, tomaron sus instrumentos, contaron tres pasos y comenzaron a tocar la primera de las cuatro piezas de su repertorio.

Reunidos tras el montículo de nieve más o menos alto que dejó la banda, los habitantes de Saint-Imier recibieron la música con aplausos. Los niños y hombres con las manos desnudas, las madres y niñas sin quitarse los guantes de lana. Un padre, cansado de palear nieve, se agachó, obligando a su pequeña a bajarse de sus hombros. Así que no todos pudieron seguir los detalles de la escena cuando la banda pasó frente a la escuela donde el profesor, a quien nadie quería, había iniciado la discusión. Se le oyó gritar: "¡Hoy es el último domingo de Basswitz, abajo los rojos!". Un padre lo puso en su lugar: "¡Vete a casa, imbécil!". Pero como el profesor estaba siendo arrogante, recibió una bola de nieve –nada grave– en plena cara; sus gafas no aguantaron. Ya no veía y se marchó furioso.

Esa noche, las familias se reunieron y recibieron explicaciones sobre lo que estaba sucediendo. En ese momento, era difícil de entender. Todos admiraban al Dr. Hermann Basswitz, ciudadano alemán, judío y refugiado político. Impartió excelentes conferencias sobre Jean-Jacques Rousseau, atendió gratuitamente a los pobres e incluso fue concejal. Pero estos señores de Berna habían decidido deportarlo. Había circulado una petición en apoyo de este médico que, tras sus estudios en Berna, había fundado el hospital de Saint-Imier y comenzado la construcción de una escuela secundaria para varones.

En muchas casas, hubo un ir y venir constante toda la noche. Los termómetros marcaban menos diez grados y una espesa escarcha cubría los cristales. Pasaban jóvenes que contaban cómo habían recurrido a los conservadores y les habían dado una paliza. Según informes, encontraron a un policía inconsciente con una mancha de sangre en la nieve. Era grave; tuvieron que inventarse rápidamente una historia, decir que había bebido demasiado, como siempre. La gente empezaba a comprender.

Al día siguiente, vimos la ira de los adultos cuando los berneses afirmaron en el periódico que se trataba de una insurrección contra la policía. En lugar de ir a la escuela, nuestros padres nos llevaron a cantar a viva voz versos contra los conservadores. Llevaron un Árbol de la Libertad a la Plaza del Mercado, un gran abeto, mal asegurado. Todos lo vimos caer sobre el joven Gagnebin. La gente corría en

todas direcciones, pero lo peor fue una mujer que gritaba: "¡Es mi marido, haz algo!". Mientras él ya no se movía –es absurdo decirlo, pero estaba muerto–.

Quienes se erigían en autoridades (aclaro que nunca me ha gustado esa palabra) iniciaron una especie de guerra. Al día siguiente, tuvimos que acompañar de nuevo a nuestros padres, que querían resistir la ocupación militar del Vallon. Más de mil soldados llegaban de la capital, y ciento sesenta jinetes disparaban cañones, quizá para masacrarnos. Sonó la campana. Precedido por la banda de música y los tambores, con pancartas desplegadas, el ayuntamiento marchó al encuentro de los soldados. En la Place Neuve, se toparon con tropas en formación cuadrada. Tuvimos que quedarnos con nuestras madres en una calle lateral, como observadores. Los gendarmes intentaron arrestar a aquellos a quienes el prefecto llamaba alborotadores: Gigon, Bourquin, Ketterer. Alguien gritó: "¡A las armas!", como si eso significara sacar el fusil que nuestros padres escondían bajo el colchón.

El coronel, un tipo desagradable, maniobró a las tropas y dio la orden: ¡A la carga... armas! Nuestras madres decidieron irse a casa, alegando que los niños tenían frío. El alcalde negociaba; no quería que la guerra empezara de verdad. Blandine estaba asustada. (Yo, no, estaba de mal humor porque no tenía la respuesta al acertijo de mi hermana. La nieve se me derretía en la boca, convirtiéndose en agua, no en leche. ¿Adónde iba la nieve blanca?). El coronel no logró que nadie obedeciera. Al final, ordenó a las

tropas que se retiraran y acordó que los presuntos culpables se entregaran en la cárcel de la prefectura. Aliviados, los soldados bajaron los fusiles con los que nos habían estado apuntando.

Desde ese día, durante un mes, los soldados ocuparon los pueblos del Alto Valle: Renan, Sonvilier y Saint-Imier. Seguíamos a las tropas, lanzando bolas de nieve. Nuestros padres nos habían enseñado la diferencia entre reclutas, tenientes y el coronel, les gritábamos: "¡Escoria suizo-alemana!". Los soldados paseaban del brazo con los lugareños. Las posadas siempre estaban abarrotadas. Los soldados llevaban ramas de abeto en los ojales, símbolo de unidad. El motín se convirtió en una celebración; los padres dejaron de trabajar. Los talleres permanecieron vacíos a pesar de las exhortaciones del prefecto Lombach, que Colette, que sabía leer, recitó imitando la autoridad: "¡Trabajadores! ¡Que la ocupación militar no sea ya motivo de ocio para ustedes; regresen hoy a sus talleres abandonados y reanuden su trabajo habitual!"

Había otros avisos: «Los alborotadores serán tratados como enemigos». Cantar «*La Rouge*» estaba prohibido, una buena excusa para aprenderse la letra, que se burlaba del prefecto.

Nos importan un bledo, Lombach, tus grilletes,
tus mazmorras o la espada del verdugo,
pues este valle es un nido de hombres valientes.

Deja que la espada duerma en su vaina,
Zinzin, rantanplan.

¡Vivan los rojos, abajo los blancos!

Nuestros padres, los únicos con derecho a voto, fueron convocados a nuevas elecciones y reeligieron al antiguo Consejo municipal. Esos señores de Berna rechazaron los resultados e impusieron un Consejo provisional, dirigido por una figura patética bajo su yugo. Cuando la votación no satisface a las autoridades, se revoca. La fuerza de ocupación fue destituida. Hermann Basswitz tuvo que mudarse quince kilómetros a Val-de-Ruz, donde los judíos, mejor tolerados, tienen derecho a comprar una casa. Se casó con una joven que llevaba el mismo nombre, Basswitz. Su nombre de pila era Hildegarde. De ahí el nombre de su hija, que contenía parte del nombre de su padre, Ma, y el de su madre, Hilde: Mathilde.

Para celebrar la partida de la tropa y la prolongación de los días de invierno, los adultos volvieron a erigir un Árbol de la Libertad. La guardia local lo retiró.

Entonces se derritió la última nieve (sin que yo descubriera dónde había ido la blanca). Nuestros padres nos llevaron, algunos todavía a hombros. Era para celebrar la liberación de los rebeldes. Llegaron en una carroza adornada con flores, tirada por seis caballos blancos. Para saludarlos, retumbó el cañón. Pateamos el suelo, gritando como locos: "¡Viva la libertad!" Y creíamos hacer lo correcto al añadir: "¡A las

armas!". Pero ya era demasiado tarde; hay un tiempo para todo, decían los adultos. Qué lástima, porque, incluso de niños, aquella alegría popular del levantamiento, aquel momento en que la autoridad tuvo que ceder, será inolvidable para nosotros, incluso cuando tuvimos que abandonar el valle para buscar la felicidad en otro lugar.

Algunas vivíamos en las soleadas granjas de la montaña Droit; otras, como nosotras, las hermanas Grimm, proveníamos de las oscuras laderas del Haut-Vallon. La mayoría vivía en pueblos tan lejanos como Courtelary, donde había que ir para enfrentarse a las autoridades, o incluso a la prisión. En cada uno de estos pueblos del Jura, algunos más apartados que otros, las aguas del río Suze alimentaban aserraderos, molinos y fábricas de sellos. Vivíamos en casas grandes, con dos laderas de suave pendiente: la familia a un lado, dos vacas al otro y el puente del granero al fondo.

A pesar de su aspecto rural, nuestro pueblo, situado a más de ochocientos metros de altitud, se sentía atraído por la relojería. En invierno, en las aisladas granjas, familias de las montañas de Droit y Envers pasaban varias semanas sepultadas bajo la nieve, con sus animales para calentarse, con suficiente leña para calentar la sopa y sus habitaciones, donde las piezas de los relojes se confiaban a las manos expertas de nuestras madres y a los finos dedos de nuestras hermanas mayores. En otoño, recibían cientos de piezas

diminutas para manipularlas con pinzas y lupa. En primavera, una vez finalizado el trabajo, las llevaban a los relojeros, quienes ensamblaban ruedas, piñones, cajas, esferas –más de ciento veinte piezas para fabricar un reloj– que luego vendían por toda Europa.

Durante los sucesos de 1851, Mathilde aún no había nacido. Cuando su padre falleció en 1867, tenía once años. Como su madre no sobrevivió al dolor, Mathilde, huérfana, se fue a vivir a Saint-Imier con una enfermera, antigua asistente de su padre. La última en llegar, Mathilde, era la más joven de las diez futuras emigrantes. Algunas nos conocíamos desde la escuela de niñas. Unas asistían todos los años, otras, tras comenzar su aprendizaje, solo habían completado unos pocos cursos. Las que vivían demasiado lejos tuvieron que mudarse más cerca de los pueblos, viviendo con familiares o en internados.

En la relojería, los altibajos se suceden uno tras otro; hay que estar atento a la recuperación y, mientras se espera, apretar los dientes. Una revolución en Alemania, un segundo emperador en Francia, la secesión en Estados Unidos, una disputa en Constantinopla, y nuestros padres se encontraban sin trabajo. Incluso aquí en Suiza, una antigua guerra religiosa entre católicos y protestantes había dejado a todos sin trabajo. Tras los acontecimientos de 1851, la situación estaba madura para la recuperación. Los padres pudieron volver a ejercer sus oficios, cuyos nombres resuenan con dulzura: guillocheur, fabricante de secretos,

grabador o pintor de esferas. Esto permitió a nuestras madres hacer la compra en el mercado de otoño del pueblo vecino de La Chaux-de-Fonds. Había leche en abundancia; los niños ya no se acostaban con hambre. Papá Grimm les dijo a sus hijas que la epidemia de peste y la hambruna nunca volverían.

El pastor Agassiz le había dado un anticipo a su hijo mayor. A los veintitrés años, esto le permitió abrir una relojería en la plaza, junto a la colegiata. Auguste, como lo conocían, terminaba de ensamblar los relojes y luego los vendía a lugares tan lejanos como Portugal y Rusia. En el pueblo, los hijos del pastor siempre debían dar ejemplo, especialmente el mayor. Auguste dio ejemplo al enriquecerse. Cuando nacieron nuestros abuelos, Saint-Imier tenía cuatrocientos habitantes. Había aumentado a seis mil y pronto a ocho mil.

Nuestros padres trabajaban seis días a la semana y llegaban tarde a casa, excepto los sábados, que regresaban a las seis. Las familias eran numerosas, a veces con diez hermanos y hermanas. El pastor observó que, en promedio, de cada cinco hijos, Dios llamaba a uno o dos a su presencia durante su primer año de vida. El funeral era breve. El siguiente hijo llevaba el nombre del que no había sobrevivido. A partir de entonces, todo tenía que avanzar hacia el progreso. Un día no habría más pobres ni más guerras. Eso creían nuestros padres. (Yo, Valentine, no podía imaginar cómo un bebé como mi hermano pequeño podría resucitar).

En nuestras clases para niñas, aprendimos costura, tareas domésticas y los principios de la fermentación de la leche, pero no geografía de países extranjeros, tiro con rifle ni carpintería, que se enseñaban a los niños. Nos acostumbramos a apoyarnos mutuamente como niñas, y luego como mujeres, sin demasiada competencia.

Aunque cada una siguió su propio camino, nunca perdimos el contacto. Algunas acabábamos de *recibir la confirmación* del pastor, mientras que otras, como Blandine Grimm, ya tenían una buena amiga. Algunas se pintaban los labios y se empolvaban las mejillas, mientras que otras preferían no provocar a nadie.

Como solo había niñas en la familia Grimm, nuestro padre insistía en que la mayor debía dar ejemplo a sus hermanas; de lo contrario, decía, las menores se volverían disolutas. Blandine, la mayor, montadora de escapes de relojes, siempre se metía en líos. (Mientras tanto, yo me formaba para centrar virolas, un trabajo delicado: colocar un cilindro partido en el eje del volante, donde la espiral se fija con un pasador. No es fácil seguir los pasos de una hermana como Blandine. Una elige a sus amigos, pero no a su hermana).

En el barco, cuando naveguemos hacia América, aprenderemos una frase en inglés de la canción "*Ten Little Niggers*" (Diez negritos). Al principio, estaban todos juntos.

En cada estribillo, uno de ellos muere o desaparece. Y justo al final:

and then
there were
none

y luego
no quedó
ninguno.

Nosotras también teníamos diez años al principio. Mathilde, la más pequeña de las chicas negras, solía decir que un día nos iríamos de viaje por el mundo. Volveríamos a casa como ancianas. Convocaríamos una reunión, nos subiríamos a una mesa y contaríamos la historia de nuestras vidas, mintiendo lo menos posible. Después de calentar la sala, recibiríamos aplausos. Y luego saltaríamos de la mesa. Añadió: Y todas nos romperíamos una pierna. Nos hacía reír imaginarnos como ancianas, de pie sobre una mesa, contando nuestros viajes como en *“La Nouvelle Héloïse”* de Jean-Jacques Rousseau, cuando Saint-Preux se aventura hasta la isla de Juan Fernández. Hablando de esa isla, verás que no nos equivocábamos.

Capítulo II

DOS JÓVENES ENAMORADAS

Donde Colette y Juliette, jóvenes relojas enamoradas la una de la otra, deciden ser las primeras en emigrar a las Américas, a pesar del triste destino que les espera.

Nuestros padres creían en el progreso porque la relojería florecía en el Jura suizo, al igual que en el Jura francés. Édouard Heuer abrió una fábrica de cronómetros junto a la colegiata. Léon Breitling hizo lo mismo en la Place Neuve. *El Jura bernés*, el diario de Saint-Imier, anunció una línea de ferrocarril que descendería hasta la llanura, permitiéndonos llegar a Ginebra en un solo día. Se inauguró el telégrafo. Poco

después, un cronometrador público en el vestíbulo de la oficina de correos puso todos los relojes a la misma hora.

La innovación surgió cuando Francillon, socio de Auguste, decidió establecer una fábrica que produciría todas las piezas del reloj bajo un mismo techo: una manufactura. En lo profundo del valle, eligió un terreno en un lugar llamado Les Longines, aprovechó las aguas del río Suze, construyó un gran cobertizo iluminado por una hilera de ventanas, adquirió tornos, taladros, laminadores, matrices pesadas y tijeras numeradas, y contrató a un ingeniero relojero recién llegado de América. Este ingeniero contrató capataces que se encargaron de supervisar a los trabajadores, incluidas algunas de nosotras. Nuestros padres nos animaron a dedicarnos a la relojería.

El traslado a la fábrica no impidió que llegáramos a tener altibajos, ya que muchos de nosotros fuimos despedidos de golpe.

Cuando el negocio flaqueaba, volvíamos a casa de nuestros padres. El padre Grimm se resignó: «No es culpa del jefe, es la situación económica». Otros sucumbían a la borrachera, durmiendo la mona de absentista todos los lunes porque, decían, la pobreza cría borrachos, no al revés. Nuestros padres querían creer que la industria acabaría trayendo la felicidad. ¡Sí, claro!

Los talleres domésticos estaban desapareciendo; nos vendíamos por tres francos al día, mientras que comer en la cantina ya nos costaba cincuenta y cinco céntimos. Ganábamos veinticinco centavos menos que los hombres. Ninguna de nosotras, aunque le hubiera interesado, llegaría jamás a ser capataz. Los patronos querían que fuéramos hábiles, pacientes, meticulosas, capaces de permanecer tan quietas como la manecilla de las horas. (Yo, Valentine, nunca hubiera querido ser jefa; las odiaba a todas).

Hablábamos entre nosotras sobre el amor. Cómo saber si era real, cómo hacerlo florecer, cuánto dura. Nos faltaba experiencia. Quienes habían tenido relaciones tristes y alegres observaban que el corazón va a donde quiere, cuando quiere. Los mejores propósitos son inútiles si se reducen a resistirse a un beso. Algunas (como yo) ni siquiera habían besado a un chico. Otras, como Adèle con su hermosa melena pelirroja, había probado varios, negándose, una vez embarazada, a consultar a un abortista. Tuvo que criar sola a la pequeña Clémence. Otras no querían hablar de ello. Otra más decía que había que evitar el embarazo con un beso en la boca al bailar, pero bromeaba, solo decía lo que todas haríamos algún día. Pero no de cualquier manera, no con cualquiera. Algunas sabían con certeza que la primera vez dolía, mientras que otras afirmaban no haber sentido nada.

Algunas de nosotras, como Colette o Juliette, que acabaron cosiendo en el mismo taller, teníamos parientes en otros cantones suizos desde donde se emprendían viajes

permanentes a Brasil, California y Australia. Seiscientos suizos zarparon hacia las tierras conquistadas de Argelia. Los acusados en París durante el levantamiento de 1848 fueron deportados allí. Los suizos que se unieron a ellos recibieron una cabaña, semillas, una concesión de tierras de dos a diez hectáreas y el derecho a expulsar a los nativos que vivían allí.

Colette había recibido una carta de un primo de Argelia: «De las cincuenta familias que éramos en nuestro pueblo, ochenta y cinco personas murieron ese año. Nos fue imposible trabajar y nuestras cosechas, especialmente el maíz, se perdieron en parte y, por falta de mano de obra para recogerlo, fueron devastadas por los cerdos». Para pagar el viaje de regreso, vendieron todo lo que les quedaba.

Nuestras dos rematadoras dijeron que ya no soportaban que las llamaran lesbianas y que, allá en América, todo tipo de amor era libre. Leyeron los anuncios en *Le Jura bernois*: desde Basilea hasta el océano, todo estaba organizado, incluido el viaje en barco y el desembarco en otro continente. Las cuidarían hasta la colonia. Una promesa tan tentadora, era difícil de resistir. Sacaron de sus blusas el anuncio recortado con la dirección de la agencia.

Se llamaban a sí mismas anarquistas, nos enseñaron la palabra. Según ellas, significaba la abolición de la propiedad. Y sin propiedad que defender, no habría necesidad de un gobierno. (Pensé que se estaban poniendo nerviosas y les señalé que no se puede cambiar el mundo con ideas

simplistas). Habían recibido cartas de las Américas diciendo que allí se podía hacer una fortuna. Salías pobre, volvías rico. Allá, durante unas horas, cribas grava de los ríos, ganando de una sola vez lo mismo que ganarías aquí en un año. Allá, comprabas terrenos a diez centavos el metro cuadrado. Durante la noche, el precio subía tan rápido que una maleta no era lo suficientemente grande para contener todo el dinero que ganabas.

Otra carta relata: “En América, pones un cartel en la puerta que dice dentista, abogado o arquitecto, y nadie te llama estafador porque solo seas sacamuelas, contable o albañil”. Los ancianos del valle dijeron que tuviéramos cuidado, que esos nombres de agencias, esas empresas de Basilea y Neuchâtel, les traían recuerdos. ¿No eran las mismas que habían transportado cargamentos de negros de África a América? Vamos, Herzog, Van Berchem, de Pury, ¿no os suena? Siempre la misma historia, dijeron los ancianos. Enviaron a dos millones de suizos a trabajar al extranjero, uno de cada cuatro no regresó. Y ahora están obligando a nuestros buenos jóvenes a emigrar. Los ancianos cerraron el periódico; no lo podían digerir.

El periódico *Jura bernés* publicó noticias alarmantes sobre la emigración, con estadísticas sobre escorbuto, varicela, viruela y cólera. En nuestro cuaderno verde, pegamos estos artículos: «Durante su viaje, el 19,4% de los emigrantes mueren». «Por falta de alimentos al llegar el barco a Nueva York, 23 niños suizos murieron». «El velero *William Nelson*

se incendió con toda su tripulación en el mar en la ruta de Amberes a Nueva York. De los 176 suizos, solo 24 sobrevivieron». Los ancianos solían decir: «Eso les pasa a quienes no pueden resistir la tentación».

Colette y Juliette trabajaban juntas en el taller de Longines, puliendo, ajustando y pintando las manecillas. En voz baja, se prepararon para partir, ignorando las advertencias de los ancianos envidiosos. Ellas tampoco lo soportaban. Nostálgicas de la lima y el cincel de la época de la prefabricación, predicaban moralidad. Finalmente, cuando llegaron los reclutadores, contaron sus ahorros y firmaron los papeles.

El día antes de su partida, comimos juntas para darles sus regalos. Colette y Juliette recibieron cada una un reloj de bolsillo, un modelo "cebolla"², calibre 20 líneas, el primer modelo Longines, el 20A, con escape de áncora y mecanismo de cuerda. Se emocionaron hasta las lágrimas. Se había hecho una colecta y algunas habían pedido dinero prestado. Colette y Juliette llevarían su "cebolla" no como un reloj de bolsillo, sino en una cadena entre el pecho. Tomaron una furgoneta de correos desde Place Neuve. En el último momento, sacaron la "cebolla" de sus corpiños para comprobar la hora exacta de nuestra despedida.

² Es el tipo de reloj, conocido como "de bolsillo", que suele ir unido a una cadena. [N. T.]

Envidiosas de su valentía, nos sentíamos hechas como ellas para otra vida, bajo cielos más aventureros donde las reglas del comercio, la familia y la amistad tendrían que reinventarse. Lo discutíamos día y noche: ¿deberíamos imitarlas? Durante mucho tiempo, esperamos noticias de nuestras dos emigrantes. Hasta el día en que el cónsul suizo en Talcahuano, en la región chilena, envió dos esquelas que tardaron tres meses en llegar al Vallon.

Después de otro mes, recibimos algunas pertenencias y este detalle: murieron estranguladas. ¿Las habrían ahorcado, quizás linchado? Porque allí, dos jóvenes enamoradas no podrían haber sido más populares que aquí. La maleta que devolvieron contenía dos faldas de lana al estilo local, una libreta de gastos compartidos, ejemplares del *Jura bernés*, dos broches de pelo de marfil de ballena, pero ni rastro de sus cebollas.

Colette Colomb y Juliette Grosjean fueron las dos primeras en morir por su pasión por los viajes. Al contar nuestras aventuras, siempre empezamos con sus nombres, aunque, salvo dos fotografías para recordarlas, nos cueste recordar el color exacto de sus ojos. Tenían los ojos oscuros, sobre todo Colette con su coleta, y Juliette un poco menos, reconocibles por una mancha marrón en la frente. El fotógrafo les había dado una mirada triste, casi abatida, como si supieran lo que les esperaba. Por eso, cuando tengamos que emigrar, nos encargaremos de presentarle una expresión alegre al farmacéutico para la foto.

Por aquella época, en París, el pueblo estuvo sin gobierno durante unos meses. Se creía que, en términos de libertad, la Comuna ofrecía una experiencia de la que extraer lecciones históricas y políticas. Un esmaltador de Sonvilier, que había visto las barricadas y las banderas rojas, habló de ello con una emoción temblorosa, un entusiasmo que quería compartir con nosotros.

La logia masónica había organizado una conferencia pública sobre estos acontecimientos, así que fuimos en grupo a escuchar a un charlatán que expuso la teoría sin entrar en detalles que nos habrían interesado. Comprendimos que en París, las cosas habían sucedido igual que en nuestro país en 1851 con el buen Dr. Basswitz: cuando los conservadores se sienten amenazados, se alían con sus viejos enemigos para reprimir a los insurgentes en nombre de la república. No dudamos en hacer preguntas incómodas.

Para debatir mejor cómo se desarrollarían tan gloriosos acontecimientos, en el Vallon nos reunimos varias veces en casa de Adèle. Su padre tenía la llave de un gran cobertizo, pues era el caminero, es decir, empleado del ayuntamiento para barrer los excrementos de caballo en la Plaza del Mercado y esparcir sal en las escaleras de la colegiata en invierno. La madre de Adèle era lavandera, sobre todo para la familia Francillon, propietarios de Longines, cuya ropa

hervía una vez a la semana. Las conversaciones se centraban en cómo un día, en nombre de la igualdad, obligaríamos a Francillon a palear nieve y a su esposa a fregar la lavandería. Tendríamos que ser astutos si no queríamos ser masacrados por las tropas que acudirían. Proclamaríamos la Comuna del Valle, la igualdad de los ciudadanos, y por qué no, también de las ciudadanas.

Mientras tanto, el invierno había regresado. La nieve, que calma y suaviza el paisaje, había sido tan abundante que los patronos habían declarado el cierre sin sueldo. Aprovechamos la situación para hervir más mermelada, trasvasar chucrut y releer *Julie o La Nouvelle Héloïse*, que nos hacían llorar. La nieve no se derritió del todo hasta la primavera, dejando al descubierto de repente los capullos de azafranes y narcisos.

En pleno verano, el camionero, a través de Adèle –apodada la pelirroja y que trabajaba como aplanadora de pivotes–, anunció que revolucionarios de toda Europa celebrarían un congreso en Saint-Imier. Para preparar el evento, el hombre alto y barbudo que frecuentaba los cafés de Sonvilier impartía conferencias, explicando los desafíos de una revolución que no solo era nacional, sino, como lo expresó el camionero Bourquin, con una nueva palabra: internacional. Al principio, este hombre barbudo fue confundido con Garibaldi, el que había luchado en Sudamérica e Italia. Pero según el camionero, este Garibaldi se llamaba en realidad

Bakunin, y era nada menos que un príncipe en su propio país, Rusia.

Durante su primera conferencia en el Café de la Place, nos apiñamos en la parte de atrás, grabando cada palabra en nuestra mente. (Para mí, fue sobre todo al corazón). Según el hombre alto y barbudo, el enemigo de la humanidad es el capitalista que se alimenta del trabajo del trabajador, vendido a muy bajo precio. Hasta ahí, todo bien. Luego, dijo, debemos desconfiar de la autoridad, incluso cuando proviene de anticapitalistas. Contó que en Londres, un tal Karl Marx, que se proclamaba socialista, quería construir una organización de pequeños líderes para llevar a cabo mejor la revolución. Pretendía sustituir el congreso público de delegados por una conferencia privada que decidiera si participar en las elecciones burguesas. ¡Cuando una no sabe lo que es votar! Decía que si eso cambiara algo, ya lo habrían prohibido hace mucho tiempo. En Italia y España se gestaban acontecimientos magníficos; las multitudes estaban listas para alzarse no para tomar el poder, sino para abolirlo. ¡Viva la revolución social, viva la Comuna de París!

A principios de septiembre de 1872, el pueblo rebosaba de anarquistas de toda Europa que habían acudido al Congreso de su federación. Daban charlas en las trastiendas de todos los cafés. Por las noches, en lugar de irnos a casa, nos deteníamos a escuchar, hacer preguntas y expresar nuestras dudas. Había un murmullo de debates, un auténtico intercambio de ideas. El consenso general era que la

Revolución se estaba gestando, aterrorizando a los patronos y alegrando los corazones de la clase obrera. Llegaría el momento de reinventarlo todo, incluida la ciencia. Ya no podíamos depender del pasado; la situación era tan nueva que no se parecía a nada que hubiéramos visto antes. Vivíamos los albores de una nueva humanidad, nada menos. (Tenía mis dudas, pero como mi hermana mayor Blandine insistía, consideré que era mejor no molestarla; podía ser bastante desagradable).

Los debates públicos se celebraron en alemán en el Café Schüpbach, en español en el Lion d'Or y en francés en el Buffet de la Gare, el Boulevard y el Midi. Aquí tenéis algunas de las frases más bonitas que se pudieron oír allí:

«Considerando que la emancipación definitiva del trabajo sólo puede tener lugar mediante la transformación de la sociedad política fundada en el privilegio y la autoridad, en una sociedad económica fundada en la igualdad y la libertad;

que cualquier participación de la clase obrera en la política gubernamental burguesa sólo puede conducir a la consolidación del orden de cosas existente...»

Estas palabras resonaron con lo que conocíamos de nuestra historia local, cuando el buen Dr. Basswitz fue expulsado por hablar demasiado bien de Jean-Jacques Rousseau. Nos hizo reflexionar, y todos anhelábamos un

cambio de aires. (Yo me veía emigrando a Ginebra, pero no más lejos; las demás aspiraban a los confines del mundo).

A todas nos impresionó el fervor de un joven anarquista italiano que se hacía llamar Benjamin. Tenía solo dieciocho años y estaba pendiente de cada palabra de Bakunin; Bakunin tenía cincuenta y ocho, diez de los cuales había pasado en prisión. Una noche, en el Café de la Place, el príncipe ruso contó cómo había escapado de Siberia, adonde había sido deportado. Había pasado por Japón, California y Nueva York, antes de regresar a Londres para discutir con Marx, cuyos libros había traducido al ruso. Benjamin invitó a todos a una ronda de bebidas, diciendo que, para tener una idea, es natural viajar por el mundo. Bakunin asintió tras su barba, entornando los ojos. Algunas de nosotras, especialmente Mathilde, no podíamos apartar la mirada del entusiasta joven italiano.

Llevaba el pelo rizado despeinado, con una barba incipiente de adolescente que le oscurecía el rostro. Decía haber nacido en un pueblo cerca de Nápoles. A los seis años, presencié de primera mano la llegada de Garibaldi y solo recordaba una cosa: la barba pelirroja que hacía juego con la camisa roja de su héroe. A los catorce, se sabía de memoria las obras de Rousseau y había escrito una diatriba contra el rey de Italia. El prefecto lo hizo arrestar. Su padre, un rico comerciante, lo sacó de la cárcel: «Hijo mío, con esas ideas, acabarás en las galeras».

Benjamin añadió: Tiene razón, padre mío, pero no por mucho tiempo, porque vamos a hacer una revolución.

El año anterior, había estado encarcelado seis meses más y luego expulsado de la Universidad de Nápoles. Para hablar sobre la Comuna de París, contactó con la Asociación Internacional de Trabajadores y fundó una sección en Italia. Seis semanas antes de llegar a Saint-Imier, visitó al hombre barbudo en Zúrich. Ambos defendieron las mismas ideas con el mismo fervor. Bakunin pensó que Benjamin tenía mal aspecto y predijo, al igual que su padre, que moriría de agotamiento.

El encanto de Benjamin residía en eso: en su aire melancólico, enfermizo y romántico. Su verdadero nombre era Errico Malatesta. Todos estábamos un poco enamorados de él. Se disponía a huir a Bolonia, donde, según decía, la causa libertaria pronto triunfaría. Queríamos acompañarlo, sobre todo la más joven, Mathilde, de dieciséis años. Más de una vez, ella había acompañado a Benjamin de vuelta a la casa de su casera.

La Comuna había desatado la imaginación, desencadenando acontecimientos que nadie habría imaginado antes de que ocurrieran. Las relaciones entre las personas, los hijos, el trabajo... todo fue diferente por un tiempo, impactando a todos, incluso a quienes no habían hecho nada para merecerlo, como nosotros. Desde entonces, nos llamamos comuneras sin haber participado en

la defensa de París. Cuando una ha tenido la fortuna de conocer a Bakunin, de haber estado, incluso menos que Mathilde, enamorada de Malatesta, sigue llevando al mundo la risa de aquel y la ironía del otro. Un pequeño momento puede alegrar el día. Y así, la Comuna, que solo habíamos visto de lejos, iluminó nuestras vidas.

Jeanne había crecido al otro lado del Atlántico con pocos recuerdos de su infancia. En Vallon, decía, tenían ese acento del que se burlaban los quebequenses, ese acento del Jura que la maestra, llegada de Francia, había intentado inculcarles. Jeanne, nuestra preciosa niña morena, conservaría un toque de acento quebequense toda su vida. Su marido, despedido de Blancpain, trabajaba en la construcción del ferrocarril. En la curva de Courtelary, estaba sentado sobre un montón de raíles cuando la carga se deslizó del vagón. Aplastado, dejó atrás a tres niños pequeños de ojos brillantes: Joseph, Louis y Thomas. Con su único trabajo como esmaltadora, Jeanne luchaba por alimentarlos.

Lison, por su parte, había perdido a su marido y a un hijo de una forma aún más trágica. En lugar de encontrarlo en el andén de Saint-Imier, su marido no había tenido tiempo de bajarse del tren y había continuado hasta la estación de Sonvilier. Caminando de vuelta por las vías, con su pequeño en brazos, no había oído el regreso del tren. Ahora Lison criaba sola a sus cuatro hijas: Albertine, Alphonsine, Anna y

Alice. Recibía una prestación por pobreza del ayuntamiento. Pero estos señores, queriendo evitar pagarle los 50 francos mensuales, habían venido a ofrecerle un trato. Recibiría 400 francos de una vez, suficiente para pagar un viaje a América. Con una condición: que no regresara nunca, porque era el acuerdo final. Finalmente firmó.

Para Jeanne, no se previó ningún apoyo, ni para criar a sus tres hijos aquí ni para financiar otro viaje. Al haber emigrado sus padres a Quebec, ya no tenía derecho a la ayuda del ayuntamiento.

Las dos mujeres conocidas como las viudas del ferrocarril no estaban solas en su desesperación. Una noche, en el cobertizo ferroviario, ocho de nosotras, todas entre diecisiete y treinta y un años, nos reunimos para hablarlo, decididas a tomar las riendas de nuestras vidas. Habíamos querido fundar una sociedad de ayuda mutua, pero la tarea parecía imposible. No teníamos ahorros para juntar, y apenas lográbamos llegar a fin de mes sin tener que comprar el pan a crédito.

Tras la marcha de los asistentes al Congreso, hablamos una y otra vez de cómo nosotras también podríamos cambiar de vida. Una era panadera, otra sombrerera, y otras seis trabajaban en oficios precarios de relojería: esmaltadora, doradora, haciendo rodillos de pivotes, fabricando virolas, centradora, reguladora, ensambladora de escapes; pero todas estábamos desempleadas intermitentemente, según

las circunstancias. Estábamos considerando emigrar para empezar una nueva vida. Volveríamos, dijo Blandine, cuando toda Europa tuviera trabajo y se hubiera vuelto anarquista. (Evité contradecir a mi hermana, pero me reservaba mi decisión).

Jeanne y Lison asistieron a las reuniones con sus hijos. Émilie, la sombrerera, trajo al pequeño Max. Adèle estaba embarazada de Clémence por aquel entonces. Cuando Mathilde sugirió por primera vez irnos solas, nosotras, las mujeres con hijos, no nos lo creímos. Después de unas semanas, el proyecto había cuajado. ¿Qué ganábamos quedándonos en el Vallon? Entrar a la fábrica al amanecer, salir once horas después, con el cuerpo contorsionado en el banco de trabajo, con los ojos doloridos, la cabeza dolorida, y mal pagadas, para empezar de cero al día siguiente. Odiar al capataz que nos multaba por llegar cinco minutos tarde, detestar la monotonía del trabajo, las normas que nos prohibían cantar o incluso silbar, envidiar a las demás trabajadoras por un puesto en el vestuario, por no hablar de la constante amenaza de perder el trabajo por la más mínima cosa. Esta no era la vida real de la que hablaban el príncipe ruso y el apuesto Benjamin.

Discusiones intensas. Lo oímos todo: a la que tenía miedo, a la que se iría a toda costa. Muchos argumentos: emigrar no es solo irse con equipaje pesado, es también tener un plan para allá, cuando hay que elegir una vida con gente que nunca ha visto los caminos del Más Allá ni la estrechez de

nuestro cielo, que cuenta con otras monedas, que se ríe de cosas que te hacen llorar.

Se trata también de alegrarse de lo inesperado sin perder la fuerza para rebelarse.

Si se trata de que te agarren el trasero como en el coro mixto, o de soportar bromas lascivas como en la Plaza del Mercado, es mejor no cambiar de ubicación.

Basta de charlas, de discursos elegantes. ¡Vamos! Luego vinieron las objeciones de los hombres, que nos llamaban aventureras, utópicas, *pequeñas anarquistas*. Ellos, que solo hablaban de libertad, progreso y domingos interminables, se avergonzaban de que lo pusiéramos en práctica. Leímos anuncios tentadores de Perú, Australia y Canadá. Elegimos la Patagonia porque nadie había dicho nada malo de ella, ya que nadie había pisado jamás la zona, y las mujeres, decían los anuncios, eran bienvenidas. Seguramente intentaban poblar la región, buscando mujeres jóvenes para casarse o prostitutas. Esto nos daría la oportunidad de demostrar que no éramos ni lo uno ni lo otro.

Émilie recortó una proclama del *periódico del Jura bernés*, que luego pegó en el cuaderno verde: «A quienes gozan de buena salud, aman el trabajo, sueñan con tener propiedades y comprenden los inmensos recursos que ofrece la ganadería y el aumento del ganado, les digo: Vengan a Magallanes con valentía y perseverancia; el futuro los recompensará con

prosperidad. El clima es sano y favorable, los pastos abundantes, la producción de queso Gruyère fácil, y las ventas y los mercados son muy altos y están garantizados. Además, las concesiones del gobierno son muy reales y permiten que incluso los inmigrantes más pobres formen grupos o asociaciones y se conviertan en propietarios en pocos años».

No sabíamos mucho de vacas ni de queso Gruyère; parecía un detalle sin importancia. No soñábamos con tener una propiedad; estábamos firmes en ese punto. Pero la idea de encontrar un lugar donde construir nuestras vidas juntas, como comunidad, nos preocupó durante varias semanas. Conservaríamos lo bueno de Saint-Imier. Por ejemplo, cooperativas como la panadería, dirigida por los trabajadores. Nuestros hijos aprenderían varios idiomas.

Consultamos a quienes habían regresado de las Américas sin un céntimo. Nos preguntábamos de cuánto podríamos prescindir. ¿Nos iríamos todas juntas o iríamos algunas a preparar el camino? Al final, nos decidimos Émilie, Jeanne, Lison, Adèle, Germaine, Mathilde y las hermanas Grimm. Y nueve niños de entre cero y seis años. Émilie, embarazada de un amante que la golpeaba, se llevaría a su hijo Max. Jeanne se llevaría a sus tres hijos varones, Lison a sus cuatro hijas y Adèle a la pequeña Clémence, de tan solo tres meses.

Tras el triste final de Colette y Juliette, solo quedamos ocho para emigrar con un proyecto común, aunque peligroso. No

pensábamos separarnos hasta que fuéramos ancianas felices, quizá incluso abuelas anarquistas, dijo Mathilde.

No organizábamos nuestro viaje como grupo de mujeres por principios, sino porque nos llevábamos mejor que si hubiéramos tenido que negociar permisos con hombres que no ceden fácilmente sus privilegios. Cada una tenía sus razones personales. Nos sentiríamos culpables si no las guardáramos para nosotras mismas. Germaine, la costurera, quería olvidar una gran pena: el hijo del lechero se había visto obligado a casarse con otra mujer por dinero a pesar de sus promesas. Seguía llorando por ello. Nosotras, las hermanas Grimm, ya no nos llevábamos bien con nuestro padre, quien se negó a dejarnos el caballo para ir a La Chaux-de-Fonds. (Al principio, habría preferido ir sola a la gran ciudad de Ginebra, sin la carga de mi hermana mayor. Por curiosidad, finalmente decidí seguir al grupo). Mathilde, la más convencida de las ideas de Benjamin, tenía solo diecisiete años y acababa de terminar su aprendizaje como panadera. Gracias a su familia adoptiva, pudo obtener papeles con el pretexto de ir al extranjero a continuar sus estudios. Émilie quería escapar de las palizas de su marido. Adèle también tenía un motivo personal: no pensaba vivir más allá de los treinta; quería ver el mar antes de morir.

Habíamos acordado que cada uno de nosotros se llevaría un Longines 20A, como el de Colette y Juliette. Un talismán y un tesoro de guerra. Teníamos tres letras secretas y un número grabado, empezando por el 3 y subiendo hasta el 10,

suponiendo que los relojes de las dos primeras emigrantes habrían sido el 1 y el 2. Los conseguimos de diversas maneras que preferimos no revelar, aunque el plazo de prescripción ya habría terminado. No teníamos ni idea de que estos relojes nos revelarían un mundo tan corrupto. Mathilde Basswitz llevaba consigo las obras de Jean-Jacques Rousseau que habían pertenecido a su padre: cinco volúmenes en una caja.

En junio de 1873, nos abrazamos, lloramos y lamentamos por última vez. Partimos hacia el extremo sur de América, a las orillas del Estrecho de Magallanes, con nueve niños pequeños y ocho *cebollas*. Como ningún hombre nos acompañaría, juramos ayudarnos mutuamente hasta el final. Para darnos valor, Mathilde compuso una canción:

Las montañas del Jura
parecen una tumba
que nos oculta Suiza.
Un cielo más vasto y hermoso
brilla en la Patagonia.

Amigas, ¡vamos!
A la Patagonia
Así es la vida

Crucemos alegremente el mar,
dejemos, felices y cantando,
una tierra de miseria

Abandonemos, alegres y cantando,
nuestras tierras empobrecidas.
Debido a la sobrepoblación,
donde se vive pobre y por poco tiempo.

Vamos amigos míos,
vamos por el Atlántico.
a las Américas

¡Vamos, amigos, vamos!
Dejemos que nuestros pobres cantones
vivan sin tanto sufrimiento.
Dejemos el valle.
Unámonos a los patagones
Para vivir sin tanto sufrimiento
Desde el valle que debemos abandonar.

Capítulo III

PARTO ENTRE COMUNERAS

Donde Emilie, en compañía de mujeres emigrantes de la región del Jura, se encuentra en el océano y da a luz en un barco en el que se hacinan los deportados de la Comuna de París.

(No siempre he estado de acuerdo con las demás. Pero me corresponde a mí, la última, tener el triste privilegio de informarles de los hechos. Y es su derecho no seguir todas mis opiniones, dado que cambiarán a medida que se desarrollen nuestras aventuras. Que quien nunca ha cambiado de opinión me ofrezca un tintero nuevo.)

Por ahora, nos vamos. Habíamos planeado llegar a las orillas del estrecho, en el extremo sur de América, para pasar el verano patagónico. Ocho emigrantes decididas, pero

tristes por dejarlo todo atrás. Para no llorar, tuvimos que inventar maneras de consolarnos. Cada una se despidió del extenso valle de Grède en el horizonte. Y del río Suze, del follaje de los sauces que reflejaba su curso caprichoso. ¿Volveríamos a ver ese valle? No se trataba de apego a las raíces, sino de que, al habernos vuelto cosmopolitas, no renegaríamos de nuestra infancia en la nieve. Más tarde, saboreando el aperitivo que lleva el nombre de nuestro río, el Suze, disfrutaríamos recordando la historia de su inventor, a quien conocimos antes de que los franceses le robaran la receta.

Pasamos por Belfort y Troyes. En París, visitamos lo que quedaba de la Columna Vendôme, destruida por los comuneros. Durante todo el camino a El Havre, nos topamos con estafadores que acechaban como presa fácil a nuestro pequeño grupo, acompañado de niños. Antes de tomar el correo, o al alquilar habitaciones en una posada, teníamos que preguntar el precio tres veces. Como no habíamos acordado todos los detalles, tuvimos que pagar seis sueldos por un vaso de agua azucarada. Los posaderos exigían un suplemento por la manta más pequeña y la almohada más diminuta.

Al llegar al puerto, temblamos ante el océano desconocido. Ninguna sabía nadar. Jeanne, que recordaba su travesía desde Quebec, fue la que menos se tranquilizó. (Me dolía el estómago; les dije a los demás). Los supuestos intermediarios iban tras nuestro dinero o nuestras enaguas.

Los capitanes, muy interesados, nos prometieron cosas que sería mejor examinar antes de aventurarnos. Todo era caro; no pudimos encontrar frijoles ni frutos secos.

Justo cuando estábamos a punto de embarcar en un transatlántico sudamericano, nos enteramos de que, en otro puerto, un barco estaba a punto de zarpar hacia Punta Arenas, en el Estrecho de Magallanes. Justo adonde nos dirigíamos. No dudamos en regresar a Brest. (Allí conocí a aquel marinero de ojos azules en un banco que me rompió el corazón. Pero no estoy aquí para contar la historia de mi vida, aunque no podré evitar ese momento pronto). Anclado en el puerto estaba *La Virginie*. El capitán Launay accedió amablemente a llevarnos a bordo de este buque de guerra francés. Transportaba a comuneros condenados a trabajos forzados a Nueva Caledonia.

Los cincuenta y cuatro cañones de la fragata habían sido descargados, y su entrepuente estaba dividido. A ambos lados de los animales cargados para ser consumidos en ruta se alzaba una jaula de hierro de 24 metros de largo por 3 metros de ancho. Dos grupos de 94 convictos se apiñaban en su interior, con un cañón cargado apuntándolos. De las dos jaulas grandes se extendía una más pequeña, de 10 metros de largo, destinada a las mujeres deportadas. Entre oficiales, marineros y guardias, la tripulación estaba compuesta por 215 hombres, además de 58 pasajeros y 288 prisioneros, incluyendo niños, huérfanos de madre, que acompañaban a sus padres a la colonia penitenciaria.

No se había planeado nada para nuestra comodidad. Tuvimos que comprar colchones de heno, mantas, clavos, cuerda fina para asegurar nuestras pertenencias y un hacha para cortar leña. Antes de partir, la tripulación que subió al barco comprobó que nadie se escondiera entre los pasajeros y que los enfermos tuvieran palanganas para vomitar.

Era el 5 de agosto de 1873, bajo un cielo azul despejado y un mar en calma, cuando partimos de Brest con el primer contingente de deportados procedentes del fuerte de Quiberon. Vestían blusas grises de lino, pantalones de lana a juego y largas cofias marrones que les llegaban hasta la mitad de la espalda. Dos monjas de la Orden de San José supervisaban a cuarenta mujeres de la prisión central de Auberive. Llevaban la cabeza rapada, cofias blancas y vestidos grises de lana. Apenas habíamos zarpado cuando *el Virginie* fondeó frente a una isla para embarcar a más deportados.

Entonces comenzó el viaje de verdad. Como no tenemos mar donde vivimos, verlo no nos puso melancólicos, sino mareados, ¡sí! Por una vez, el horizonte estaba lejano, y hubiéramos preferido que estuviera firme. Sin poder comer, pasamos los primeros días en cubierta, al aire libre tanto como fuera posible, contemplando esa línea donde el cielo y el agua intercambiaban colores. El azul oscuro, el verde y el gris del océano contra los azules más claros y los grises más turbulentos de las nubes. Creímos ver elefantes, cabelleras, montañas, rostros queridos. Al anochecer, al salir la luna, se

reflejó en los monstruos acuáticos de mejillas hinchadas que aterrizaraban un poco a nuestros hijos, y a nosotros también.

Los demás pasajeros provenían de un pequeño pueblo de Haute-Saône. Sus viñedos, plagados de un parásito, habían dejado de dar fruto. Católicos, habían traído consigo a un sacerdote que los obligaba a arrodillarse cada noche para evitar el mareo. Todos menores de treinta y cinco años, simpáticos pero miopes, esperaban encontrar trabajos bien remunerados en Nueva Caledonia como guardias o funcionarios. Al principio, sus numerosos bebés bebían leche de la vaca en la bodega. Tras una tormenta en el Golfo de Vizcaya, la vaca se rompió las patas y el intendente la mandó sacrificar: se acabó la leche. Nuestros hijos ya podían arreglárselas sin ella, pero los bebés del Franco Condado se estaban consumiendo. Antes de llegar a las primeras costas africanas, donde las cabras sustituirían a la vaca, tres de ellos habían muerto. El médico llevaba la cuenta. Entre los deportados, uno de cada cien no llegaría vivo a Numea. Para los pasajeros, esperaba una cifra mucho menos favorable.

Dormíamos en dos filas bastante estrechas de literas. (Todas las noches soñaba con los ojos azules del bretón, y al despertar me preguntaba si no habría sido mejor estar más cerca de él). Abajo, las literas estaban dispuestas de cuatro en cuatro; arriba, de tres en tres. El capitán solo nos proporcionaba una ración diaria de leña y agua. Complementábamos con agua de lluvia. Se instaló una rutina

y el miedo se desvaneció. Nuestros hijos tenían sus juegos y los marineros les enseñaron los nombres de los pájaros que volaban sobre nuestras cabezas. Por la noche, permanecíamos vigilantes, no por los presos que pasaban veintiún horas al día en sus jaulas, sino porque algunos marineros robaban a los que dormían o estaban enfermos. Como tenían escondites, lo robado desaparecía para siempre. Por precaución, llevábamos nuestras *cebollas* 20A en una cadena alrededor del cuello.

El alcohol estaba prohibido. Después de las Islas Canarias, vimos a un marinero que había infringido las reglas siendo arrastrado por la cubierta de un extremo a otro del barco. Recibió doce latigazos, que tuvo que contar él mismo, antes de ser colgado de los brazos en lo alto del palo mayor. Varias de nosotras, que nos habíamos sentido mejor, empezamos a vomitar de nuevo.

Un día, cuando un pasajero de Haute-Saône se negó a vaciar el contenido de la letrina que otro había llenado con sus excrementos, un marinero le dijo que si no lo hacía, le embadurnaría la cara con ellos. Como el otro hombre permaneció impasible, el capitán del barco le aplicó una gruesa tirita en la cara.

Al cruzar el Trópico de Cáncer, decidimos unirnos a la fiesta. Quienes se resistieron lo pasaron mal. Uno de los marineros se presentó como Neptuno, con una larga barba y un cuerpo rojo sangre, un pez podrido empalado en un

tridente. Un segundo marinero lo acompañaba con un cubo lleno de grasa y un cepillo grande para untar a quienes no pagaran el tributo.

Cuando una de nosotras, como Émilie que estaba a punto de dar a luz, tenía una duda o, peor aún, un ataque de pesimismo, todas trabajábamos juntas para devolverle el color a la vida, para reavivar pensamientos alegres, sueños de mañana con música inspiradora. Vamos, ánimo, pronto llegaremos al otro lado. Nuestro viaje era como una subida dominical a un pico del Jura. Nos esperaba una nueva tierra. Nuestro ascenso sería recompensado con un panorama, la vista sin obstáculos que se extendía desde los Alpes de Glaris hasta el Mont Blanc, abarcando el triángulo negro del Eiger, la cumbre del Moine y la blancura compacta del Jungfrau. Quienes se rindieran o se demoraran en el camino no serían obsequiados con el espectáculo, tendrían que descender y retirarse entre las oscuras paredes del valle. Vamos, chicas, demos lo mejor de nosotras.

El Virginie a veces navegaba con vela, a veces navegaba a vapor, seguido por alguna que otra marsopa. En una ocasión, incluso por una cría de ballena acompañada de su madre. Aparecían tiburones cada vez que se arrojaba algo por la borda. El primer adulto en morir fue un hombre de veinticinco años, ingresado en la enfermería a su llegada a bordo. Sin embargo, la junta médica lo había declarado *apto para el servicio*. Después de él, le siguieron otros, cuyas biografías escuchamos del propio capitán. Launay tenía el

pelo rubio intenso, las mejillas sonrosadas y un temperamento optimista. Anunció con voz oficial: «Julien Artaud, nacido el 27 de noviembre de 1847 en París, donde residía, ex suboficial, viudo, padre de un niño aquí presente, trabajaba como oficinista, se alistó voluntariamente en 1870, condenado a la deportación tras la insurrección, que Dios lo tenga en su gloria».

En la escala en Gorée, compramos fruta y verdura. Con las alimañas, era difícil mantener la ropa limpia. Algunos pasajeros lavaban los platos con distintos grados de cuidado.

El calor ecuatorial fue una experiencia dura, con más de treinta y cinco grados. Para no asfixiarnos, nos pusimos toda la ropa encima, porque nos dijeron que teníamos que protegernos del calor igual que del frío. Fue inútil. Así que nos quitamos todo, bebimos nuestras reservas de agua, nos arrastramos como babosas viscosas y envidiamos a los peces voladores que se zambullían una y otra vez a nuestro alrededor.

Para evitar un motín en las celdas, se permitía a veinte deportados a la vez pasear por la cubierta bajo la supervisión de siete oficiales y dos guardias. Por la noche, se les permitía cantar en los puestos de artillería. Las canciones anarquistas que habían resonado por el valle durante el Congreso Internacional se escuchaban con emoción.

Tuvimos muy poco contacto con estos desafortunados hombres. Durante las tres horas que se les permitía salir de sus jaulas de hierro, les hacíamos gestos de complicidad. Recibían carne fresca dos veces por semana, un cuarto de litro de vino al mediodía y caldo de frijoles por la noche. Si protestaban por la calidad de la comida, los volvían a meter en las bodegas. Se colocaban grandes tinajas en las jaulas para que quienes sufrían de mareos pudieran aliviar sus estómagos. La diferencia entre el aire que respiraban en cubierta y el de las cubiertas de cañones era tan grande que la sola idea de regresar a sus jaulas después de su paseo les hacía sentir mal. Solo lo supimos más tarde, cuando algunos de nosotros pudimos confraternizar.

Desde las celdas, se oían acalorados debates políticos, enfrentamientos entre marxistas y anarquistas. Por las noches, los marineros golpeaban cada barroto para impedir cualquier intento de fuga. Un preso se había ahorcado en el baño, el único lugar donde encontraba intimidad. En la celda de mujeres, un guardia señaló a Louise Michel, quien había participado en la Comuna. En un París hambriento, había organizado un comedor social. Miembro del Comité de Vigilancia de Montmartre, luchó en las barricadas y se entregó para conseguir la liberación de su madre, quien fue arrestada en su lugar. Había suplicado a los jueces la pena de muerte, queriendo compartir el destino de su familia, ejecutada ante sus ojos. Victor Hugo, lleno de admiración, le había dedicado un poema. En resumen, lo tenía todo a su

favor (excepto a la reportera, que la encontró fea, sin atreverse a decírselo a nadie más).

Después de un mes, el *Virginie* fondeó frente a Santa Catarina. El capitán recogió las cartas de los pasajeros y algunos deportados favorecidos para entregarlas a una fragata inglesa que zarpaba hacia Londres. Finalmente, se envió la noticia a nuestras familias en Vallon. El mal tiempo impidió avistar la costa brasileña. Durante las tareas de carga, aprovechando un momento de descuido de los guardias, tres prisioneros se lanzaron al mar. Dos de ellos, capturados por la marina brasileña, fueron entregados al capitán. Esperábamos que el tercero tuviera éxito. Se ahogó.

Este es el momento en que, como en la canción, tendremos que separarnos de uno de los diez negritos. Llamábamos a Emilie Ketterer la modesta sombrerera, o Momo. Tenía veinticuatro años y nunca había discutido con ninguna de nosotras. Tenía una voz suave, pero no era tímida. Nos preguntábamos por qué su amante, el padre de Max, que solía estar borracho, había empezado a golpearla. Pero los hombres no siempre necesitan un pretexto para su violencia.

Al llegar al final de su embarazo, Émilie lo había organizado todo para que todo saliera de maravilla. Dos de nosotras, Lison y Jeanne, que ya habíamos dado a luz, íbamos a

ayudarla. El médico de expresión sombría solo sería llamado como refuerzo en caso de complicaciones. Para su segundo parto, Émilie esperaba con confianza el inminente acontecimiento. Había elegido un nombre de niño y uno de niña, practicado ejercicios de respiración y vigilado las contracciones. Habíamos negociado con el segundo médico un lugar en la enfermería y abundante agua caliente. Pero cada parto es diferente.

Esa mañana, una densa niebla se asentó alrededor del barco e incluso sobre la cubierta. Estábamos cruzando latitudes extremas, los Cuarenta Rugientes. Tuvimos que reducir la velocidad, hacer sonar la sirena, un gemido siniestro que acentuó la ansiedad a bordo de un barco que se había convertido en un fantasma. Alrededor del mediodía, la niebla se disipó, atravesada por un sol brillante. Poco a poco, el azul intenso del cielo iluminó las tranquilas aguas. Navegamos en una dichosa soledad.

Emilie yacía en la enfermería, con Lison y Jeanne a su lado, monitoreando las primeras contracciones. Apenas se inmutó al verlas acercarse. Había agua caliente en la estufa; los pañales estaban hervidos. En cubierta, tras la puerta de la enfermería, los niños jugaban a la rayuela. Todos esperábamos con ellos, sin mucha ansiedad, listos ya para descorchar nuestra última botella de vino dulce. A través de una pequeña ventana, podíamos observar lo que sucedía dentro sin molestarlos. Tres fragatas sobrenavegaban el palo mayor como para celebrar el feliz acontecimiento. Se habían

hecho apuestas; quienes decían que sería niña eran la mayoría. Pero Emilie se negó a revelar el nombre.

Después de las 12:00, justo a las 3:00 p.m., el tiempo empezó a pasar lentamente. Una brisa ligera, un cielo despejado. A medida que la espera continuaba, la gente se preocupaba, haciendo gestos a través del cristal de la ventana. Émilie tenía la cara hinchada; se resistía. Lison le tomó la mano y Jeanne se inclinó entre sus piernas. La puerta se entreabrió y pidieron que llamaran al médico. ¿Sería un parto de nalgas? ¿Adónde estaba el cordón umbilical? ¿Se estrangularía el bebé?

El médico empieza lavándose bien las manos, parece inquieto y abre su bisturí. Desde detrás del cristal, observamos cómo se desarrolla la escena; las cosas van mal. Lison viene a decirnos que primero debemos pensar en la supervivencia de la madre. Lo entendemos e intentamos explicárselo a los niños, que han dejado de jugar: el niño, completamente azul, nunca respirará.

El clima refresca, el sol brilla rojizo en el horizonte. Hay malva, amarillo oscuro y un azul cada vez más intenso con las primeras estrellas. Entramos en la enfermería uno a uno para abrazar a Émilie, quien está visiblemente inquieta. Su rostro se ha vuelto repentinamente demacrado, su palidez nos asusta. Habla incoherentemente, la noche se alarga, la niebla se espesa de nuevo y debemos soportar una vez más el gemido de la sirena. Al amanecer, Émilie nos deja...

No era la primera vez que nuestro barco se deshacía de un cadáver. Tres prisioneros y siete pasajeros ya habían sido enviados al fondo. El procedimiento era familiar: el cuerpo envuelto en una sábana, colocado sobre una tabla, lastrado con una barra de plomo. El capitán lee la biografía del difunto, un clérigo invoca al Cielo y luego la tabla gira. Esta vez había dos cadáveres en el bulto que debía ser volcado. Como Émilie era librepensadora, no queríamos que el sacerdote de Haute-Saône se involucrara. Varios de nosotros nos reunimos para escribir unas líneas que Mathilde leyó en voz alta a los pasajeros reunidos. No «Querida Émilie, adiós al paraíso». Sino simplemente: «Merecías ver la Patagonia; nos llevaremos tu recuerdo con nosotros».

En el último momento, el sacerdote, que no tenía por qué hacerlo, sugirió rezar el Padrenuestro; lo rechazamos. El comandante Launay leyó la biografía antes de dar la señal. Bajo la sábana blanca, Émilie y su pequeño estaban atados con un pañuelo bordado de rosas. Sustituía las flores que no teníamos. Cuando el marinero giró la tabla, no oímos inmediatamente el chapoteo. Pareció durar una eternidad. Hasta entonces, habíamos contenido las lágrimas, y ahora la respiración. Un silencio profundo, un cielo azul claro, la sensación de estar abandonados, y finalmente: chapoteo.

Émilie, con su sonrisa pícaro que la hacía perdonar cualquier cosa, su forma de dorar las patatas a pesar del estado de nuestras provisiones. Otra cosa que echaríamos

en falta: sus mejillas redondas y sonrosadas, como las de una suizo-alemana viviendo al aire libre. No le gustaba que la llamaran campesina alemánica: «Soy del Jura, una humilde sombrerera de profesión».

Nos dejó al pequeño Max y una cebolla del número 20. La cuidaba tan bien que se la regalamos. Todas las noches, antes de dormirse, le contaba su día como si, durante la noche, el reloj le transmitiera los problemas de su hijo a su madre. Otras veces, cuando el niño se dejaba llevar por un juego, sacaba la cebolla del bolsillo y le explicaba por qué estaba enfadado. ¿Le habría enseñado Émilie esta forma de manejar la ira?

Tras este duelo, del que nos costó recuperarnos, Louise Michel nos envió una nota. Palabras de consuelo, sin alusión al Cielo ni al Infierno, sino al coraje que necesitábamos encontrar para no cambiar de planes. Terminaba con: «No es necesario triunfar para mantener viva la esperanza». Ella, que se marchaba a la colonia penitenciaria, debió pensar lo mismo. Gracias a un guardia cuyo padre, un soldado suizo, había luchado por el rey de Francia antes de casarse con una bretona, pudimos hacerle llegar una nota. Decirle que veníamos de Saint-Imier la intrigó: conocía a Bakunin, Élisée Reclus y Benjamin.

El día que le permitieron subir a cubierta, por fin oímos su voz. Una mujer de cuarenta y tres años, con el pelo recogido hasta los hombros, dejando al descubierto una frente

amplia. No ofreció consejos ni se jactó de sus hazañas comuneras. De sus ojos claros, su sonrisa y todo su ser emanaba una bondad decidida. Nos explicó su antimilitarismo. Respecto a los gobiernos y las jerarquías del *Virginie*, dijo: «El poder vuelve estúpidos a los hombres». Nos habló de otros dos deportados a bordo: Nathalie Le Mel, una valiente alborotadora, y Henri Rochefort, periodista de *Le Figaro*, que más tarde escaparía de la colonia penal de Numea.

Louise, a quien Mathilde le había prestado el *Emilio* de Rousseau, dijo que con educación se podía mejorar la vida de todos. Sus palabras se hicieron eco de las de los miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores. Nuestros hijos vivirán mejor que nosotros, dijo. (Pensé que sonaba como el pastor de Saint-Imier). Los demás admiraban su bondad natural y discutían sus ideas: nada de vanguardismo, abolir todos los poderes, la democracia no se trata de votar sino de buscar el consenso. Blandine incluso sugirió continuar con Louise hasta Numea en lugar de desembarcar por el Estrecho de Magallanes. (No entendía el entusiasmo de mi hermana; solo le agradecía a esta mujer sencilla una cosa: la canción "Diez negritos" que había aprendido de un comunero que había regresado de Estados Unidos).

Tras el Trópico de Capricornio, dada la altura de las olas, el naufragio era una posibilidad real. Uno o dos de nosotros habíamos cedido a las insinuaciones de un marinero para olvidar el mareo. Una mañana, encontramos los obenques y

las cuerdas cubiertos de hielo. Tras ver a Louise Michel descalza, el comandante Launay le envió un par de zapatos. Al día siguiente, seguía descalza, tras haberle dado los zapatos a alguien más desafortunado que ella. Blandine había comentado: «Le daría la anarquía sin confesión».

(Por mi parte, seguía pensando que esta Louise no era una santa, pero sí reconocía que tenía una mirada muy dulce, a diferencia de la de los demás comuneros).

Frente a la costa de las Malvinas, las troneras permanecieron cerradas, y la temperatura en las literas de los prisioneros no superó los cuatro grados centígrados. Teníamos una estufa para cocinar y calentarnos. El médico informó que 54 deportados sufrían de escorbuto. Les estaba sacando los dientes.

Tras cuatro meses en el mar, siete mujeres y sus hijos avistaron el estrecho. Tres siglos y medio antes, Magallanes se había encontrado allí con nativos de rostros pintados de rojo, ojos enmarcados por un negro y un corazón dibujado en cada mejilla. Mucho después de él, pero medio siglo antes que nosotros, Charles Darwin, de paso, había publicado su opinión sobre la región en un libro que una pasajera se había llevado consigo. Nada tranquilizador. Copiamos esta frase en la seguridad del cuaderno verde: «Aquí, en estas tristes soledades, la muerte, en lugar de la vida, parece reinar suprema».

Nos habían advertido, pero demasiado tarde porque ya habíamos abordado el barco, sobre lo que nos esperaba en Punta Arenas: una colonia penal y un puesto del ejército chileno. El capataz en la bodega nos contó la historia: mujeres de mala reputación son enviadas a Punta Arenas para casarse con los soldados de la guarnición. El lugar es sucio y pobre, y los gobernadores son asesinados a menudo. El penúltimo no pudo sofocar el motín de su teniente, quien unió a soldados y convictos. Durante cinco semanas, Punta Arenas fue incendiada, saqueada y luego abandonada por los insurgentes, quienes capturaron dos barcos. Más tarde, se pelearon, entregaron a sus líderes y al teniente a un buque de guerra británico, que los trasladó a Chile. El teniente fue ejecutado en el acto. El siguiente gobernador, un alemán que llegó con ochenta soldados, reconstruyó el puesto de guarnición. Fue asesinado, según dijo el capataz, a los dos meses. No parecía prometedor, pero no íbamos a cambiar de planes.

En Sandy Beach, que los chilenos llaman Punta Arenas, nos despedimos de los pasajeros que continuaban hacia Noumea. Saludamos a los deportados, incluida a Louise Michel. Luego vinieron las formalidades, los saludos del comandante. Finalmente, una lancha nos dejó en un muelle ruinoso donde nuestros hijos casi se ahogan debido a los numerosos agujeros y tablones derrumbados. El pueblo comenzaba con una hilera de miserables chozas de madera. A pesar del cielo despejado, el viento soplaba racheado. No

había nadie allí para recibirnos; no vimos otros seres vivos excepto enormes patos de patas largas, como avestruces. A ambos lados de la única calle corría una acera de madera sobre pilotes, debido al lodo profundo durante la temporada de lluvias. Junto a cada casa había escasos jardines cercados por vallas para proteger unas cuantas coles, lechugas y patatas. ¿De los animales salvajes?

Mathilde dijo que habíamos caído en un agujero. Todas fingimos que era exagerado, pero nos sentíamos perdidas, en el fin del mundo.

Capítulo IV

EN LA PATAGONIA

Donde Jeanne y los emigrantes construyen casas de madera, una panadería y una relojería en la Patagonia, a pesar del viento de las tierras extremas.

Nos recibió el gobernador de Punta Arenas, un hombre bajo y panzón con tres medallas en el pecho. Le costaba comprender que no estábamos allí para encontrar marido, para hacer el papel de hijas de soldados ni para servir de criadas. Tanteando el terreno, primero sugirió que nos quedáramos con los frailes salesianos, o en el cuartel, o que nos dividiéramos entre los hombres solteros. Cuando nos negamos, no insistió y nos dio un breve discurso que nos

pareció original, pero que repetía cada vez que llegaban los colonos.

El Estrecho de Magallanes, dijo, no pertenece ni a los españoles, ni a los ingleses, ni a los argentinos, sino al pueblo chileno, que estableció allí una presencia militar en 1843 gracias a un capitán inglés –sí, pero pagado por el gobierno chileno–. Él y sus tropas construyeron inicialmente un fuerte para protegerse de los indígenas. Pero como el lugar era insalubre, decidieron asentarse aquí. Nuestro pueblo, fíjense, tiene casi quinientos habitantes, incluyendo la guarnición y los prisioneros que nos envió el gobierno de Santiago.

Con aire de suma solemnidad, el gobernador explicó que, dado que todos sus antiguos colegas habían sido asesinados, no pretendía correr la misma suerte. Por eso no dudaba en juzgar a las personas por su apariencia, y en encarcelarlas ante la menor sospecha. Finalmente, nos pidió nuestros nombres y los tradujo: Matilda en lugar de Mathilde, Blandina en lugar de Blandine, Lisa en lugar de Lison, Tina en lugar de Valentine. (Pensé que era una estupidez, así que se lo dije).

Nos ofrecieron una copa amistosa entre chilenos y suizos antes de empezar con el asunto: la asignación de tierras. El contrato estipulaba que cada familia recibiría treinta hectáreas. Con el pretexto de la ausencia del jefe de familia, dado que éramos mujeres, el gobernador dijo que no

tendríamos derecho a ellas. Nos pusimos muy nerviosas. Como *el Virginia* seguía fondeado cargando agua dulce y carbón, consideramos irnos y no echar raíces entre tramposos. Ante estas palabras, el gobernador, haciendo uso de su autoridad, propuso un acuerdo: diez hectáreas cada una, el resto después. Dijimos: quince, nada menos. Estuvo de acuerdo con nosotras e hizo preparar las escrituras mientras terminábamos nuestras bebidas y una excelente carne salada.

Después de la ceremonia, esperábamos que nos alojaran. Los hombres presentes se hicieron gestos entre sí y a nosotros. Dijeron que no habría lugar para dormir, salvo en sus propias camas. Incluso nos propusieron matrimonio a dos de nosotras en el acto. Si no cumplíamos sus deseos, pasaríamos la noche a la intemperie. El gobernador había desaparecido, nuestros pesados baúles estaban apilados en el muelle y *el Virginia* acababa de zarpar.

Blandine (a quien cada vez le tenía menos cariño) sugirió que durmiéramos en la playa. Con el viento patagónico soplando implacablemente, no habríamos podido mantener una fogata encendida. Adèle se sintió lo suficientemente sabia como para llamar a todas las puertas pidiendo ayuda. Al final, decidimos ocupar la habitación donde nos había recibido el gobernador. Solo que, alrededor de la medianoche, los hombres de la guarnición, unos veinte tipos corpulentos, vinieron a desalojarnos. ¡Menuda bienvenida! Nos instalamos en la pasarela de madera de la calle principal,

apenas resguardadas del viento. Cuando Adèle y las niñas empezaron a llorar, fue imposible consolarlas; estábamos bañadas en lágrimas, sobre todo Germaine, que lloraba con facilidad. Quizás fuera por la fuerza del viento.

Esa noche, tarde, los hombres que creíamos que habían regresado rondaron nuestro campamento. Cuatro de ellos querían suavizar las cosas: un alemán exiliado aquí desde 1848, un suizo de Lucerna cuya esposa había fallecido durante el viaje, un hombre de Friburgo que buscaba a una mujer católica y un proscrito de la Comuna. Todos dijeron que el gobernador les había prometido mujeres jóvenes para casarse. Se alegraron e hicieron sitio en sus camas. Habían esperado tanto tiempo...

Los echamos. Pero Jeanne, cuyo esposo había fallecido en un accidente de tren, habló con el comunero y se fue con él. Al regresar, mientras amanecía un día sombrío que no daba señales de mejorar, nos dijo que lo había arreglado todo. El comunero, Baier, nos ofrecía un granero con heno para albergarnos a nosotras y a nuestros baúles. ¿Cuál era la compensación? Dijo que ella se encargaría y que él no era un mal hombre.

Nos organizamos para estar resguardadas antes de que llegara el invierno en abril; nos quedaban cuatro meses. Empezaríamos alquilando el granero de Baier, que convertiríamos en dormitorio. Antes de que llegara el frío, construiríamos cuatro casas de cuatro habitaciones.

En medio de toda la animada actividad de las mujeres recién llegadas, había un problema, y uno que había sido acordado. Las parcelas de tierra que el gobernador nos había asignado no estaban en Punta Arenas, sino lejos del embarcadero, a dos horas de caminata sin caballo. No estábamos muy seguras de cómo construir casas aisladas allí. Afortunadamente, el comunero, carpintero de profesión, se ofreció a ayudar. Decidimos que Jeanne, Lison y Adèle, mientras cuidaban a los niños, administrarían la obra. Baier hizo que trajeran vigas y tablones, marcándolos para que las mujeres pudieran serrarlos. No le gustaba mucho ensuciarse las manos. Aprendieron a manejar martillos pesados, cinceles y cepillos, todo lo contrario a lo que estaban acostumbradas sus manos de relojas. También prepararon tantos huertos como pudieron para sembrar lo que crecía localmente, que no era mucho aparte de coles, papas y centeno. Todo debía ser cercado para protegerlo de los animales salvajes y de los indígenas, quienes, poco acostumbrados a la propiedad privada, dijo el gobernador, tenían la costumbre de apropiarse de ella por la noche.

Las otras cuatro –Mathilde, Germaine y nosotras, las hermanas Grimm– buscábamos trabajo en la calle principal, acercándonos a la gente y explicándoles nuestra situación. Todavía no hablábamos inglés ni español. Nos comunicábamos con gestos, indicando el salario con los dedos. Como no habíamos venido al otro lado del mundo a

pelar verduras ni a trabajar de criadas y ganar la mitad, estábamos dispuestas a trabajar como hombres siempre que nos pagaran lo mismo. En ese punto, todas estábamos de acuerdo.

Mathilde fue contratada por un personaje sospechoso especializado en rescatar naufragios. En el Estrecho de Magallanes, de 500 kilómetros de longitud, los vientos violentos son tan impredecibles como las mareas. Llegan tanto del Pacífico como del Atlántico. Cada mes, al menos un barco que cruzaba de un océano a otro se encontraba en apuros, encallando en un banco de arena o hundido. A veces se podía reflotar. A menudo, solo quedaba la carga por rescatar, e incluso entonces, era una lucha constante. Se necesitaban varios viajes en chalupa para traer de vuelta a puerto lo que se pudiera salvar. El acuerdo con el capitán del naufragio era algo así como una división del valor recuperado al 50%. Podría ser un buen negocio, pero no para Mathilde, empleada de este estafador.

Nosotras, las hermanas Grimm, al darnos cuenta de que las habilidades de los carpinteros, toneleros y aserradores eran tan rudimentarias como las nuestras, comenzamos a cortar tablones y a fabricar barriles con aros. La necesidad de ruedas para carros y carretas era tan apremiante que tuvieron que tallarse en madera maciza como si aún no se hubieran inventado los ejes y los radios. Se desgastaban rápidamente y se agrietaban.

Germaine, reguladora de relojes de profesión, encontró trabajo en relojería: un golpe de suerte. Conocía todos los componentes de un reloj y el orden correcto para ensamblarlos. Reguladora era el puesto más especializado que los jefes de Vallon estaban dispuestos a dar a una mujer. Mucho mejor que un relojero-centrador, que es, en esencia, solo una parte de la relojería. Un regulador, por otro lado, debe saber cómo colocar el espiral en la férula, luego equilibrar el volante, determinar el punto de ajuste y finalmente unir el espiral al perno. El nuevo jefe de Germaine, un oficial naval, estaba construyendo un reloj de cuatro esferas en la entrada del puerto para mostrar la hora exacta en Punta Arenas para aquellos que desembarcaban. La columna de vidrio revelaría en un lado la fina artesanía del mecanismo. Los otros tres lados mostrarían el reloj en sí, un termómetro, un higrómetro, un barómetro y un calendario lunar para calcular las mareas. Trabajo de muchos meses: Germaine iba a fabricar, en los confines del mundo, el mismo instrumento de precisión que se encontraba en la plaza del mercado de Saint-Imier. Dos años después, en la inauguración del monumento, el gobernador, condecorado con numerosas medallas, se olvidaría de felicitar a la valiente relojera.

Trabajábamos siete días a la semana, con paga diaria. El sacerdote local, un salesiano asqueroso cuyo último baño había sido en Marsella, nos amenazó con el infierno si no le ayudábamos a construir su capilla al borde de la plaza de

armas. Lo asustamos, diciendo que éramos protestantes, anarquistas y brujas.

Tal como estaba previsto, al llegar los breves días del invierno austral, Lison, Adèle, Jeanne y Baier habían terminado las cuatro casas de cuatro habitaciones, cada una adornada con un pequeño abeto, como era costumbre en el Vallon, y adornada con una cinta roja. Cuatro hermosas estructuras de madera, no de troncos como las que se usaban en la región del Valais. La fachada principal, con dos ventanas, daba al norte, a plena luz del sol. La entrada daba a un pasillo que conducía a una puerta trasera y daba acceso a las habitaciones. Una, calentada por una estufa, servía de cocina; las demás, amuebladas con colchones de paja –aún no camas–, recordaban a la *Virginie*.

Nuestras viudas del ferrocarril se instalaron con sus hijos en las dos casas con vistas al mar. Detrás de ellas, tres compartíamos una casa y dos niños en la otra: Clémence y el pequeño Max, quien seguía contándole a su madre cómo había sido su día cada noche. También habíamos construido un cobertizo para poder cenar juntos cada dos noches, turnándonos por igual en la cocina. Los niños aprendieron rápidamente a hablar español mejor que nosotros. Teníamos visitas: Baier para Jeanne, los compañeros de juego de los niños, curiosos, vecinos y compatriotas.

Escribimos a nuestros amigos, quienes se imaginaban que estábamos participando en una fiebre del oro. No podíamos

contarles todo lo malo que nos había pasado: el dinero que nos habían estafado, la tristeza, el anillo que tuvimos que empeñar. Así que hablamos de las bellezas de la naturaleza, árboles raros, volcanes nevados, planes para construir un ferrocarril. Teníamos algunas dudas: no queríamos atraer a más gente, solo para causarles los problemas que les ocultábamos.

A principios del invierno, llegó un grupo de gente esperanzada de Friburgo, con nombres de su ciudad natal: Davet, Fonjallaz, Maréchaux. Alguien les había dicho que en Magallanes podían dejar a sus vacas al aire libre todo el año, con un clima más suave que al pie del Moléson, y que el queso Gruyère se vendía a precios exorbitantes. Habían traído consigo unos valiosos calderos de cobre. En ese momento, no tenían vacas, ni estaban acostumbrados a que oscureciera a las tres de la tarde. Tuvieron que vender sus calderos. Lo último que supimos es que no amasaron una fortuna.

Nuestro primer invierno patagónico fue decepcionante. Nos encantaba la nieve del Jura, que suaviza las formas, como un edredón ligero en la cama de una abuela. Tuvimos que conformarnos con nieve sucia y lúgubre. El aire marino no favorece la calma del deslizamiento de los copos de nieve. En Vallon, cuando llegaron las primeras nevadas, todos se prepararon para las festividades. Temprano por la mañana, el sonido de las palas abriendo camino a través de la alfombra blanca resonaba alegremente de un extremo a otro

de nuestros pueblos. Solo de pensarlo, casi se podía oír el nítido tintineo de la rasqueta. En Punta Arenas, se unió la lluvia, luego el hielo y el viento. Nunca la blancura del Jura que contrasta con el cielo azul, ni la alegría de una guerra de bolas de nieve. Por aquí, en cuanto nuestros hijos salían, estaban con los zapatos de cuero empapados. El invierno patagónico no es más que noche, viento y charcos por todas partes. Los copos de nieve pierden su brillo antes de tocar el suelo.

Arenas encontramos una versión similar, aunque más limitada, de lo que existía en Vallon. Todos se conocían y el apoyo mutuo se reducía al mínimo indispensable. No habíamos venido aquí para eso: para establecernos, valernos por nosotras mismas, sobrevivir. Nuestro sueño de una vida diferente se desvanecía.

Después de dos años, el gobernador vino a verificar que la tierra que nos habían asignado estuviera debidamente cultivada, que tuviéramos casas reales y que no hubiera disputas con los habitantes de Punta Arenas. Tras esto, recibimos nuestros títulos de propiedad, un caballo y la promesa de obtener la ciudadanía chilena ocho años después.

Durante las comidas con nuestros nueve hijos, que ya estaban creciendo, las conversaciones giraban en torno a

todo tipo de proyectos, sobre la valentía que nos faltaba. Nos hacíamos innumerables preguntas sobre la naturaleza humana, la crueldad de algunos, la pobreza de nuestras interacciones. ¿Cuándo llegaría el momento en que este mundo se derrumbaría, en que se revelaría su otra cara, su verdadera cara? Así lo decía Mathilde, y Blandine lo embellecía. A algunas nos parecía ridículo el fervor de quienes soñaban con una gran conmoción, con pocas víctimas, pero solo entre los canallas, algunos contratiempos, pero todos rápidamente perdonados, con el objetivo a la vista. Basta de cobardías mezquinas. Adelante, hacia un mundo verdaderamente nuevo. ¡Las Américas libertarias, allá vamos! ¡Sí, claro!

Durante uno de estos arrebatos de entusiasmo, surgió la idea de un nuevo emprendimiento. Cuando los barcos paraban en alta mar para reabastecerse de provisiones, carbón y agua fresca, los onas les vendían carne seca de vicuña. Pero los marineros también necesitaban pan que durara mucho tiempo, que no se pusiera duro tan rápido como la baguette parisina. Mathilde, propuso abrir una panadería que tuviera un local fijo y uno móvil. Sería una cooperativa, siguiendo el modelo de la Sociedad de Panadería de Saint-Imier.

Así que visitamos a familias de la zona para ver si estaban dispuestas a invertir en pan fresco todos los días, sin tener que encender sus hornos. Un tercio de los contactados accedió a una prueba: eso fue suficiente para empezar con

unos cuarenta hogares. Construimos un horno de verdad y un carrito impermeable con estantes, y lo pintamos de azul: *Panadería. Panadería Universal*. Todos los días, antes del amanecer, se horneaba la masa en el horno doble. Con el caballo enjaezado, hacían la ronda entre los cooperativistas. Alrededor de las ocho, al terminar la jornada de la panadería, se instalaban en un rincón de la plaza de armas. El carro servía de almacén hasta el mediodía.

La Panadería Universal hacía tan buenos panes, trenzas y croissants que, poco a poco, todas las familias de Punta Arenas dejaron de encender sus hornos. Cuando los barcos que pasaban necesitaban abastecerse, horneaban pan de centeno solo para ellos, lo que podía durar meses. El negocio iba viento en popa, y cuatro de nosotras pudimos dejar nuestros otros trabajos. Mathilde nos enseñó el oficio. Teníamos que seguir la receta que nos daba. (Pensándome ingeniosa, arruiné una hornada entera de panes que se endurecieron como piedras). Una vez, Blandine usó la levadura equivocada. Nuestros clientes estaban furiosos, pero no tanto como el día que el pequeño Max mezcló yeso con la harina.

Nos turnábamos para cuidar a los niños. (Habiendo jurado no tener hijos propios, quería aún más a los hijos de otros). Crecían, jugaban y rebosaban de alegría. Practicábamos con ellos un ejercicio que consistía en imaginar, con el mayor detalle posible, una comida de la región del Jura. Uno de nosotros decía: «*Cervelas*». Una sola palabra, y el siguiente

reapasaba: «Tienes que encontrar una ramita de avellano que no sea ni demasiado flexible ni demasiado rígida, y cortarle una punta fina. Con el palillo, pincha la salchicha por la mitad sin pelarla. Haz un corte en cruz en cada extremo, acerca las cervelas preparadas al fuego, presenta un extremo y luego el otro, y gira el palillo sobre las llamas hasta que las ranuras de ambos extremos se separen y la salchicha forme dos grupos de cuatro pétalos que se hayan abierto con el calor. Continúa hasta que los jugos corran por las llamas antes de que la doble flor se marchite. Con una segunda brocheta o un tenedor, desmolda las cervelas asadas y colócalas sobre una rebanada de pan negro. En este punto de la receta, otra mujer, con la boca hecha agua, añadió: "¡Y la mostaza, no olviden lo mejor!". Pero otra intervino: "¡Uf, la mostaza lo arruina todo! No sean como un suizo alemán que come cervelas frías en ensalada con mostaza". Y mientras cada uno masticaba diligentemente su salchicha imaginaria, alguien sugirió terminar con una tableta de chocolate con avellanas.

Mathilde, que entonces tenía veintiún años, llevaba cinco años carteándose con Benjamin. Nos leyó un extracto de una carta que este había enviado por correo a Locarno, Suiza. Tras visitar a Bakunin, cuya salud se deterioraba, este le relató episodios de su turbulenta vida. De camino a Bolonia, donde se planeaba una insurrección, Benjamin fue arrestado, encarcelado durante cincuenta y seis días y liberado sin juicio. Luego, mientras viajaba a España para organizar la siguiente revuelta, estuvo en prisión desde junio

de 1874 hasta enero de 1875. Más tarde, en Trani, con otros camaradas, experimentó la prisión por tercera vez, aprovechando la oportunidad para escribir algunos panfletos, hasta el juicio, que congregó a una gran multitud.

En su carta, copiada en el cuaderno verde, citó las palabras del fiscal al dirigirse a un jurado de ricos terratenientes: «Si no declaran culpables a los acusados, pronto vendrán y secuestrarán a sus esposas, violarán a sus hijas, robarán sus propiedades, destruirán el fruto de su trabajo, y quedarán arruinados, miserables y deshonorados». Dado que todos los acusados fueron absueltos, Benjamin concluyó: «Si el gobierno celebrara más juicios como este, a algunos nos costaría algunos años de prisión, pero realmente beneficiaría nuestra causa». Añadió que, incluso en los confines de la tierra, incluso azotados por el viento patagónico, no hay que perder la esperanza en una revolución social.

Dos años después, animados por el éxito de la Panadería Universal, consideramos un nuevo proyecto. La relojería era lo que sabíamos hacer. Los marineros que pasaban por el Estrecho de Magallanes sentían una verdadera pasión por los relojes de precisión que necesitaban para la navegación. Cambiamos nuestras cuatro casas y el edificio anexo, ubicado lejos del pueblo, por un terreno que bordeaba el patio de armas frente a la oficina del gobernador. Esta vez, solicitamos la ayuda de carpinteros y un albañil para construir una gran casa de dos pisos. El piso superior tenía

unas quince habitaciones, una para cada uno de nosotros, el resto para los niños que ahora asistían a la escuela, dirigida por salesianos disidentes. El piso inferior era compartido: cocina, panadería y relojería. Empeñamos nuestros 20 ariarios, incluido el de la pobre Emilie. Con el dinero, compramos algunos relojes suizos baratos a un vendedor ambulante. La entrada estaba decorada con un letrero gigantesco: *Relojería Black Sheep, ventas y reparaciones esmeradas*.

El 1 de mayo, en pleno otoño chileno, inauguramos nuestra tienda con un baile público. Esta vez, el gobernador, presente, no pudo hablar. Jugueteeó con sus medallas, escuchando a nuestra socia mayor, Blandine, quien tuvo la tarea de expresar lo que todos pensaban: La Brebis Noire (La Oveja Negra) sería un taller, una tienda, una panadería y un lugar acogedor, todo a la vez. Se planeó una habitación con cuatro camas para nuestros huéspedes; cualquiera que llegara de Europa podría alojarse aquí, para que nunca más se vieran obligados a dormir a la intemperie, como nos ocurría a las mujeres de la región del Jura. El gobernador fingió aplaudir, pero no se quedó a bailar. Al día siguiente, los lugareños vinieron a reparar sus relojes.

Gracias a un amigo bien informado de Baier, nos enteramos de lo que ocurría en la penitenciaría de mujeres. Las prisioneras llegaban de Santiago tras un viaje de dos mil kilómetros en un barco prisión. Las que sobrevivían eran hacinadas en celdas infestadas de alimañas y sin calefacción.

La comida era tan escasa que, tras dos inviernos, la mayoría moría allí. Sus cadáveres permanecían en la celda durante tres días para animar a las demás prisioneras a devorarlos. Los guardias eran soldados deportados por mala conducta. Una vez al año, el gobernador, condecorado con sus insignias patrióticas, inspeccionaba la cárcel de mujeres y, en un gesto de interés propio, concedía el indulto a alguna de las mujeres.

El enterarnos de que había estallado una revuelta en la penitenciaría, no nos sorprendió demasiado. En principio, nos habríamos aliado con los insurgentes, pero como no sabíamos quién luchaba contra quién, nos quedamos en casa. Sobre todo, porque habíamos renunciado a tener armas. En cuestión de horas, la situación cambió drásticamente. Jinetes enmascarados cruzaron la plaza de armas, disparando a otros jinetes idénticos a ellos. Los prisioneros habían sido liberados por los amotinados, quienes inmediatamente atacaron las casas de los colonos contra los que tenían agravios. Nosotras, atrincheradas en la Oveja Negra, permanecemos tranquilas.

No comprendíamos las implicaciones, pero cuatro meses después, dos suizos acusados de ayudar a los amotinados fueron condenados a muerte. Eran compatriotas, de quienes los municipios suizos se habían librado pagándoles el pasaje, pero negándoles el derecho a regresar a casa. Para la ejecución, el gobernador, ahora con dos medallas más, decidió que se llevaría a cabo en el patio de armas. Mandó

erigir una horca doble frente a la estatua de la Oveja Negra, y un sargento leyó una proclama: «Por la Nación, quien alce la voz para implorar clemencia a los que enfrentan juicio será pasado a cuchillo». Tras las ventanas cerradas, era imposible apartar la mirada de los niños que observaban los preparativos, aterrorizados por esta barbarie, incapaces de apartar la vista. Los ahorcados hicieron un último movimiento, casi espasmódico, un grito que parecía llamarnos en su ayuda. Los soldados colocaron los cuerpos en los ataúdes, con los pies fuera, hasta que llegó el carcelero a limar los grilletes. Durante días, nuestros hijos temblaron al recordarlo. (Aún hoy no puedo decir que esta escena inspire fe en la humanidad. Es como si el mal engendrara mal.)

Recibíamos noticias por cartas del Valle. En la capital suiza, el domingo 18 de marzo de 1877, la policía, con el sable desenvainado, había atacado por primera vez una manifestación anarquista. Los manifestantes se defendieron con bastones. En la prensa libertaria, clandestina o no, fueron tratados como héroes. Esta escaramuza, que debería haber sido considerada menor, se vio como la primera aplicación práctica de la *propaganda por los hechos*. La Federación Anarquista del Jura recomendó este enfoque a sus miembros. En nuestro pacífico Saint-Imier, la idea insensata de la violencia había surgido y se había extendido rápidamente por todo el mundo. En menos de un año, todas las cabezas coronadas de Europa se vieron amenazadas.

Pero ¿qué pensábamos nosotras, al otro lado del mundo, ocupadas en la creación de nuestras empresas cooperativas, de la propaganda por los hechos? Blandine dijo que todo dependía de las circunstancias. (No me gustaron las apasionadas declaraciones de mi hermana; no estábamos en un servicio religioso).

A través de Benjamin, supimos que la internacional antiautoritaria había adoptado resoluciones relativas a la alianza de todos los revolucionarios, no solo obreros, sino también campesinos. Decidido a poner en práctica sus ideas, Benjamin había organizado una reunión secreta en el sur de Italia con el objetivo de establecer una comuna. Relató que, traicionado por uno de los suyos, arrestado y amenazado por la justicia militar –lo que significaba la pena de muerte–, esperaba un juicio civil. Desde su celda, nos informó de la muerte de Bakunin y describió su primer encuentro en Zúrich, cuando tenía dieciocho años: «Tras recibirme, Bakunin me preparó una cama, me invitó a acostarme y me rodeó con todas las mantas que pudo encontrar, todo con una atención y una ternura paternal que me conmovieron». También me preguntó por noticias de la Patagonia. ¿Encontraron oro? ¿Son ricos ahora? ¿Han encontrado lo que anhelaban? Quisiera conocer las Américas, recorrer el mundo de la Humanidad, en quien tengo una fe inagotable. Ojalá pudiéramos abolir este sistema donde se explota al hombre en lugar de ser solidarios. Que los lobos se devoren entre sí, pero no los humanos que, aunque solo sea por

egoísmo, tienen interés en unir sus fuerzas. El resto de la carta no era para las bellezas despreocupadas, como nos llamaba, sino solo para Mathilde, quien sabiamente se abstuvo de leérnosla.

Los niños crecieron sin darnos verdaderas preocupaciones. El clima les incomodaba menos que a nosotros, que soñábamos con inviernos auténticos y veranos sin vendavales. Inventaban juegos para burlarse del viento: cometas multicolores que volaban sobre las casas y señalaban la playa por donde corrían. Les hablábamos en francés, ellos respondían en español. Orgullosos de no tener religión, le dijeron al sacerdote marsellés que intentaba adoctrinarlos: «En el Jura no hay ni dios, ni amo, ni marido».

En cuanto a las aventuras amorosas, cada mujer vivía la suya, en la plaza pública o en su habitación. Era libre de invitar a un hombre o una mujer, ya fuera de paso o con planes. Algunas, como Lison, contaban sus aventuras antes de empezar, mientras que otras hacían todo lo posible por ocultar sus gustos, queriendo solo sus diarios como confidentes. ¿Verdad, Germaine? Baier, a quien conocimos el día que llegamos, ahora formaba parte de nuestra pequeña tribu, cuidando de los tres hijos de Jeanne y enseñándoles las canciones que se cantaban en las barricadas.

Cuando Adèle, la pelirroja, veía a un hombre que le gustaba, era obvio de inmediato. Entrecerraba los ojos de

una manera que aún no revelaba sus sentimientos, solo que estaba libre, dispuesta a una aventura. Una más, una de esas que fingía no superar, pero que sabíamos por costumbre que olvidaría rápidamente. Había concebido a Clémence con un medio hermano, lo cual nos encantó a todos. Desde que Émilie murió al dar a luz en *La Virginie*, esperábamos la venganza de la vida. Cuando nació Paul, por fin otro varón entre tantas mujeres, celebramos su nacimiento con el padre, un joven chileno, la última conquista de la madre. Nos besamos, bebimos vino y mezclamos nanas del Jura con canciones para beber. Este niño chileno fue recibido como el primer paso exitoso de nuestra emigración.

En cuanto a mis amoríos particulares, no se pueden describir con detalle. Aún añoraba a mi marinero bretón. Además, lo considero demasiado insignificante para incluirlo en esta historia, que relata principalmente una experiencia colectiva, el desarrollo de una hermosa idea y las dificultades de su realización, para que no se convierta en una utopía. Os dejo a vosotros el juicio, vosotros que seguramente habéis conocido los dolores de la verdadera pasión, frente a los cuales mis desgracias no merecen mención. Mi soledad, ya que eso es lo que es, solo me pesaba en las noches de luna llena, cuando oía la risa clara de Adèle en los brazos de su último amante.

El gran edificio junto a la Oveja Negra parecía un grabado antiguo: columnas, tres balcones, un óculo sobre la entrada; todo para replicar un palacio florentino. Claire Zaccaria lo

mandó construir a un gran costo. Esta mujer, con demasiado maquillaje, afirmaba haber nacido en un barrio pobre de Florencia. Huérfana a temprana edad, había trabajado como lavandera para un conde que le predijo un futuro como prostituta. A la primera oportunidad, se unió a un grupo de inmigrantes italianos. Diez años atrás, había llegado a Punta Arenas, decidida a convertirse en lo que querían que fuera: una prostituta. Había manejado su negocio con tanto éxito, vendiendo sus encantos solo a precios exorbitantes, que había podido mandar construir este palacio florentino solo para ella. Un día, dijo Claire, regresaría a Florencia triunfal y arruinaría al conde y su reputación.

(Claire se había ofrecido a hacerme socia; ella me enseñaría el oficio. Pero, como sabéis, yo estaba esperando al Príncipe Azul. Claire respondió que lo comprendía, pero que mientras tanto... Nos habíamos hecho amigas, nos confiábamos la una a la otra. Así que sabía de sus clientes y de las tristes historias de amor. Cuando llegue el momento de irnos de Punta Arenas, será a Claire a quien le venderemos La Brebis Noire.)

A veces nos preguntábamos si las condiciones soportadas aquí habrían sido aceptables en Saint-Imier. Sin agua cerca de la casa, basura por todas partes, aceras inestables, un embarcadero ruinoso. Si alguna vez vinieran otras mujeres de Saint-Imier, primero tendrían que acostumbrarse a esta

incomodidad y al viento patagónico. El patio de armas de Punta Arenas nunca tendría la apariencia elegante de la plaza del mercado de Saint-Imier. Germaine, la maquinista que no había podido casarse con el hijo del lechero, dijo que si se hubiera quedado en Vallon, podría haberlo visto cada mañana transfiriendo los bidones de leche. Nuestras viudas ferroviarias se preocupaban por quién colocaba flores en las tumbas de sus maridos en la ladera de Envers. Nuestras hijas extrañaban a sus abuelos, a quienes apenas recordaban, y nuestros hijos estaban interesados en la marina, soñando con regresar a *La Virginie*.

Respecto al pueblo ona, los primeros habitantes de la región, los aldeanos de Punta Arenas contaban historias espantosas. Decían que eran tan crueles que se comían a sus enemigos, tan perezosos que no vestían, tan ladrones que se llevaban a los hijos de los blancos al bosque, tan sucios que estaban cubiertos de costras. En realidad, rara vez se los veía. Habían sido expulsados de las orillas del estrecho. Cuando un barco anclaba en alta mar, los ona se acercaban en sus canoas, ofreciendo a los marineros pieles y carne salada. A cambio, compraban cartuchos para sus rifles, alcohol y baratijas, y luego desaparecían en los bosques de las islas circundantes. Sabíamos que eran una comunidad sin Estado, lo que nos hacía sentir más solidarias con ellos.

Una tarde de diciembre, después de las once, antes de que se pusiera el sol, mientras terminábamos de cenar juntas, tres jóvenes onas, sin decir palabra, se acercaron a nuestra

larga mesa bajo el toldo. Les hicimos un gesto amistoso para que se unieran. No dijeron nada, se mantuvieron en silencio, con las manos cruzadas. Vestían solo taparrabos de lana basta, tenían entre quince y veinticinco años, con hermosos pechos desnudos a pesar de sus ojos fríos y almendrados, pómulos altos y suaves, y cabello negro hasta los hombros. Las tres eran bastante altas, de piel bronceada y músculos bien desarrollados. Lo más llamativo: pequeñas manchas de pintura blanca, alineadas horizontalmente a la altura de los hombros y verticalmente en sus brazos y torsos, incluyendo los pechos. Nos miraron con una media sonrisa fija, las manos entrelazadas, como si nunca las usaran. Por un momento permanecieron allí, hombro con hombro, como si estuvieran visitando un paisaje pintoresco, un establo, un zoológico. Guardamos silencio por si hacían algún ruido. Nuestros hijos se escondieron debajo de la mesa. Nos miraron en silencio un rato más, luego regresaron al bosque, por donde habían venido, acurrucadas, con las manos entrelazadas.

Nos llevó un rato reanudar la conversación. Nos parecieron misteriosas, conmovedoras. Quizás esperaban que las siguiéramos, que habían venido a invitarnos. Se rumoreaba que las mujeres onas se retiraban al bosque para ayunar y que practicaban ceremonias extrañas. De ahí la hermosa pintura blanca que llevaban en el cuerpo, expuestas al frío patagónico. Alguien contó que los onas decían: «Haz de todo tu cuerpo una cara». Como la cara descubierta soportaba el

frío, había que acostumbrar todo el cuerpo desnudo al aire gélido.

Al día siguiente, nuestros hijos aceptaron vivir desnudos. Los dejamos, pero no duró mucho. El salvajismo es un arte difícil; podríamos aprender mucho de los onas. Se alimentan de guanacos, que cazan con arcos pequeños y flechas con punta de piedra, y comen muchos hongos, pingüinos y cetáceos, moluscos y cormoranes. Acusados de no respetar la propiedad privada, están en peligro de extinción y a menudo son asesinados.

A pesar de los ataques de melancolía, nuestra Oveja Negra prosperaba. La Panadería Universal nos daba trabajo a Mathilde y a todos nosotros cada vez que un barco fondeaba y cargaba pan. Habíamos saldado nuestras deudas y recuperado nuestras cebollas de 20A. De vez en cuando, un capitán se compraba un buen reloj, y esa misma noche celebrábamos con una o dos copas de vino chileno en casa de Claire Zaccaria, quien cerraba su establecimiento para la ocasión. En lugar de la bandera rosa que ondeaba en el balcón central de su palacio florentino, desplegaba una negra para que ninguno de sus clientes nos molestara. Amaba a los niños y les encargaba los mejores pasteles del pastelero de Zúrich en Punta Arenas. Se había ofrecido a comprarnos las ocho cebollas a la vez: demostraba que era

rica, que pronto podría vengarse del conde florentino, pero no nos deshicimos de nuestro dinero.

Un día, un cliente llegó a La Brebis Noire con un reloj 20A para que lo revisaran. Nos causó una sensación extraña tener ese modelo en nuestras manos. Fue aún más impactante cuando descubrimos la marca en la tapa trasera, una marca que conocíamos bien porque la habíamos grabado nosotras mismas. Este reloj había pertenecido a Colette o Juliette. Cuando su dueño fue a recogerlo, Germaine, la encargada de la tienda, lo interrogó. Dijo ser el segundo oficial de un barco mercante que prolongaba su escala en Punta Arenas antes de regresar a Argentina. Por curiosidad, había asistido a una subasta en la casa de empeños de Talcahuano. Los artículos vendidos allí alcanzaron sumas considerables. Cuando llegó el momento de adquirir este reloj, nadie había pujado. El subastador insistió y luego bajó la oferta. El cliente dijo: «Es como si este reloj estuviera maldito; lo conseguí por casi nada».

Hablamos de la subasta. Talcahuano fue donde Colette y Juliette habían muerto. Por estrangulación, según la carta del cónsul. Y nadie toca las pertenencias de un ahorcado. Por eso el marinero lo había conseguido a bajo precio. Decididas a recomprárselo, lo buscamos por todas partes, incluso en casa de Claire, donde solían reunirse los marineros, pero él acababa de zarpar. Sin embargo, aunque había dicho que salía para Buenos Aires, su barco había zarpado hacia Talcahuano, en dirección contraria.

Más tarde, supimos que nunca se había celebrado una subasta en Talcahuano. Esta sería una razón más para vengar a nuestras dos rematadoras de agujas. Hablamos mucho entre nosotras sobre ir allí a averiguar qué había sucedido. Mathilde, que admiraba la audacia de los primeros emigrantes, dijo que quería saber la verdad y que iría. Sopesamos con ella la ventaja de saberlo y la desventaja de no poder resucitar a los muertos. Decidió no hacerlo.

Una carta de Benjamin llegó, mucho más tarde de lo esperado, desde una prisión egipcia. Tras ser expulsado de Lugano, en el sur de Suiza, había intentado construir una federación anarquista a orillas del Nilo. Nos escribió sobre la muerte de Garibaldi: «En el pasado, estaba convencido de que mientras Garibaldi permaneciera en el poder, el socialismo en Italia seguiría siendo pura retórica vacía. Lo combatí con sentido del deber, quizás incluso con la exageración de un novato y la intransigencia de un sureño. Era audaz en la guerra, pero tímido en política. Ahora que me entero de su muerte, me siento abatido. Siento el mismo dolor que me embargó cuando aún era estudiante en Nápoles, al enterarme de la muerte de ese otro gran italiano, Giuseppe Mazzini. Sin embargo, no compartía su programa».

Benjamin no se quejó; se arriesgó, considerando la prisión como un paso para aclarar sus ideas. Las discutimos entre nosotros, evaluando el coraje que requeriría compartirlas. Por ejemplo, respecto a la abolición de la autoridad, a no permitirnos más estar sujetos a leyes injustas, razonamos

como Benjamin. (Yo seguía cuestionando estas certezas, burlándome de ellas: Una mañana me despierto y el gobierno ya no existe; ¿sigo preparando el desayuno?)

En respuesta a la última carta de Benjamin, admitimos que nuestro gran proyecto de construir aquí los inicios de otro mundo se desvanecía poco a poco. La Panadería Universal y nuestra relojería apenas nos mantenían a flote. Cada una había encontrado un poco de calor en su cama; algunas, como Jeanne, para siempre, otras mientras esperaban el amor verdadero. (De mis desilusiones, culpé al viento patagónico).

¡Ah, el viento patagónico! Apenas se abría la ventana, inundaba la habitación. Salíamos y nos doblaba. En la plaza de armas, nos empujaba hacia atrás. Se colaba por debajo de las puertas, se deslizaba por las paredes, silbaba entre las tablas del suelo. En lugar de amainar al mediodía, continuaba con mayor fuerza hasta la tarde, y durante toda la noche. Nos volvería locos, a menos que abandonáramos esta región hostil. Para una migración exitosa, la naturaleza debe cooperar: un poco de calor para las plantas, sol para los animales, cielos azules para los humanos. No solo estos chaparrones intermitentes entre cielos donde las nubes frenéticas se empujan entre sí.

En un día muy ventoso, para el décimo cumpleaños de Max, se organiza un picnic en la plaza de armas frente a la Oveja Negra. Se extiende un mantel con piedrecitas. Los niños del barrio están invitados a merendar: pan, mermelada y sirope. Hay juegos, pero las ráfagas son tan fuertes que los tejos del cementerio pierden el equilibrio. Todos están cansados, así que Mathilde sugiere que todos se recuesten boca arriba y observen dos grandes cúmulos a lo lejos, impulsados por la furia del viento patagónico. Un niño pregunta quién decide la forma de las nubes. ¿Es Dios? Mathilde cita la última carta de Benjamin, que habla de religión: «Toda autoridad, incluso la divina, es la negación de la libertad».

Es demasiado fácil decir que Dios solo existe para ser la autoridad, dice Max, quien pregunta adónde fue su madre después de morir. ¿Y dónde estaba él antes de nacer? Empieza a hacerse preguntas reales, Max lo hace. Le responden lo mejor que pueden. Alguien sugiere: No hay ningún misterio, las nubes simplemente están ahí de repente. Max responde: Pero ¿qué causa su movimiento? El viento, dices, pero ¿qué hace que el viento se mueva?

A Max le dicen que más tarde lo entenderá, que la ciencia lo explicará, como una gota de jarabe en un vaso de agua. Max insiste; a los diez años, tiene derecho a saber, si no, dice, Dios tiene razón. No, Max, te equivocas, la religión no explica

nada. Ciertamente no las nubes, ni siquiera el nacimiento de los niños. Luchamos por convencerlo, todavía tumbado boca arriba, contemplando las criaturas del cielo. Las masas de nubes se encuentran, formando cadenas en movimiento. El sol se refleja en ellas, dándoles tonos de azul. Parecen criaturas marinas, fantasmas en mangas de camisa, cortinas rasgadas, pompas de jabón. Y la nieve que se esconde en las nubes, pregunta Max, ¿no es esa prueba de la existencia de Dios?

Un cúmulo hinchado, de un blanco deslumbrante, se traga a otro, gris y despeinado, como si huyera. Mucho más arriba, fuera de su alcance, un pequeño cirro inmóvil. Max, ya ves, dice Mathilde, la belleza, como Dios, sigue siendo inalcanzable.

Con nuestras primeras canas, pudimos ver cómo se nos escapaban los años. La rutina se instaló, con sus altibajos. (Aún no había encontrado al hombre de mis sueños). Un día, un amigo de Saint-Imier nos envió un recorte del periódico del *Jura bernés* sobre un suizo que vivía en una isla frente a la costa de Chile, la misma región donde vivió Robinson Crusoe: «Ahora se dice que es el dueño absoluto de la isla, donde ocupa cargos legislativos, judiciales y administrativos. Un monarca afortunado que puede gobernar a sus súbditos en paz, sin constitución ni parlamento, al abrigo de las miserias de referendos e interpelaciones». El periódico

añadía que, durante un tiempo, se creyó que su isla había desaparecido, sumergida por un terremoto. Un capitán que debía descargar mercancías allí se había equivocado de rumbo y, al no encontrar la isla, había denunciado su desaparición.

Tan pronto como supimos que la isla de Robinson Crusoe realmente existía, que un suizo era su rey, o al menos su subprefecto, y que buscaba compatriotas para desarrollarla, preferiblemente mujeres, celebramos una reunión en el cobertizo.

Quienes leyeron *Robinson Crusoe* quedaron fascinados con esta historia de un joven de buena familia cuyo padre le ofrece una vida honesta y sencilla. Él decide desobedecer, navegando por océanos lejanos donde el mar es cruel. Atrapado en una tormenta, el barco de Robinson se hunde, y el hijo descarriado se encuentra solo en una isla. Soledad, como en un prado alpino, pero sin vacas, sin siquiera una Suze para el aperitivo, abandonado por el mundo. Después de veinte años, un hombre negro caníbal se une a él; lo llama Viernes, como un día sin carne. El salvaje se convierte en esclavo de Robinson, trabaja para él y se convierte al cristianismo. Pero un verdadero colono no se rinde fácilmente. De casi nada y siendo esclavo, reconstruye la civilización, amasando riqueza. Finalmente, un barco lo rescata; es un héroe.

Sabíamos que entre la ficción y la verdad caben muchas mentiras. Nos aseguramos de que el clima de la isla fuera propicio no solo para la agricultura, sino también para la vida de las mujeres de la región del Jura, amantes de la naturaleza. Vendiendo la Panadería Universal y la Oveja Negra, tendríamos lo suficiente para reanudar nuestra emigración. No olvidábamos que Colette y Juliette habían muerto en Talcahuano. Como estaríamos de paso antes de embarcar hacia la isla, intentaríamos obtener una explicación.

La carta del gobernador suizo de la isla, Alfredo de Rodt, tardó varios meses en llegarnos. Parecía serio, nos instó a unirnos a él y dijo que un barco salía de Talcahuano cada dos o tres meses. Como también le habíamos informado a Benjamin de nuestro proyecto, nos envió un largo artículo, publicado en un periódico anarquista italiano, sobre nuestra isla, Juan Fernández:

"Hemos decidido intentar un experimento de anarquismo libre. A pesar del poder de los capitalistas, a pesar de la opresión gubernamental, junto a la sociedad burguesa basada sobre la base del poder soberano del dinero, queremos crear un entorno libre donde los camaradas que han solicitado unirse puedan vivir la vida que elijan. En resumen, queremos establecer una colonia libertaria; queremos demostrar con el ejemplo, mediante la aplicación práctica de nuestras ideas en una sociedad autoritaria, que la felicidad individual debe

buscarse en el anarquismo libre. Hacemos un llamamiento a todos los pensadores para que nos ayuden a llevar a cabo este experimento de anarquismo y armonía."

¡Increíble coincidencia! Pero Benjamin no opinaba. Escribimos a los firmantes del manifiesto para explicarles quiénes éramos y nuestros deseos insatisfechos. Su respuesta tardó tres meses, y estaba repleta de declaraciones entusiastas. Se instalarían allí a principios de enero del año siguiente y nos invitaron a unirnos a ellos en septiembre. Su carta terminaba con una lista de las veinte personas que conformarían el primer equipo: un instructor de equitación de Milán, un carpintero de Florencia, un maestro de escuela de Ruán, cinco amigos de La Chapelle-Gaugain (un labrador, un cantero, un tonelero y sus dos hermanas lavanderas), un contable de Carrara, un escribano de Buzardo, cuatro personas de las Ardenas, lectores de *Lo Sperimentale*, dos antiguos marineros españoles, un tornero de Cinque Terre con su esposa y dos hijas pequeñas, y un encargado de taller de Turín.

Pasamos más tiempo que nunca hablando entre nosotras. Por una vez, las hermanas Grimm estaban entusiasmadas y unidas. Ambas queríamos irnos de Punta Arenas a una isla tan famosa. Al final, decidimos probar el experimento de la colonia libertaria. Solo una de nosotras decidió quedarse en Punta Arenas. Jeanne, la que había perdido a su marido aplastado por las vías del tren y había criado a sus tres hijos

con el comunero. No sentía la necesidad de empezar de cero. Decidimos venderle nuestra gran casa en la plaza principal a Claire para que pudiera ampliar su burdel. Jeanne encontró un lugar para vivir no muy lejos de allí con sus hijos y Baier.

Una última vez, nos vimos las siete, sin los niños, para no separarnos mal. Jeanne nos reprochaba que siempre habláramos de la Comuna, de esto y de lo otro, como si fuera una gran celebración, cuando todo había terminado en masacre, penas de muerte, encarcelamientos y destierros. Su amante comunero la estaba poniendo en contra de nuestras ideas. Estaba aburrido de París y sus cafés al aire libre. Baier no entendía por qué lo habían condenado al exilio cuando había defendido a su país del invasor. El pobre creía en la vía parlamentaria, en la socialdemocracia. Jeanne nos deseó buena suerte, nos ofreció su cebolla en memoria de nuestra querida amiga y dijo que nunca había conocido a un hombre cuyas caricias la llevaran tan lejos. Así que se quedaba.

Mathilde mencionó el chucrut *para que* pudiéramos disfrutar de una última nostalgia culinaria, describiendo cómo prepararlo con bayas de enebro, tocino y salchichas. No funcionó; a nadie le interesó. Es difícil reírse cuando hay que despedirse. Cada uno cerró con llave su baúl, el mismo que habíamos usado diez años antes. Los niños llevaban mochilas militares, forradas de piel de vaca, compradas a un compatriota.

(En el último momento, dudé. Claire Zaccaria sugirió que me quedara, luego iríamos juntas a Florencia. Pasamos una noche entera discutiendo cosas. No me gustaba la idea de involucrarme con extraños, incluso en una isla tan romántica. Y además, desconfiaba de la utopía y las teorías que la acompañan. Temprano en la mañana, Mathilde vino a buscarme y me convenció: Si no te gusta la isla, siempre puedes volver a casa de Claire.)

Como adorábamos a Jeanne, se nos saltaron las lágrimas cuando el barco zarpó. ¡Adiós, Jeanne Jeanrenaud, la hermosa quebequense! Solo quedamos seis: seis mujeres, ocho cebollas, dos niños y cinco niñas. Nuestra hija mayor, Albertine, tenía dieciséis años y una figura encantadora.

Capítulo V

UNA ISLA DEL PACÍFICO

Donde Lison, al igual que los emigrantes, se alegra de llegar a una isla en el Pacífico y por qué, a pesar de un amante nativo y cuatro hijos que la aman, su hermoso plan se hará añicos en un instante.

Nuestro barco, *el Esperanza*, siguió el Estrecho de Magallanes hacia el Pacífico. Durante más de un mes de mal tiempo, navegó junto a glaciares que se hunden en el océano. Cada día, las seis hacíamos balance: era demasiado pronto para renunciar a vivir según nuestras convicciones, solo porque no habíamos podido soportar las duras condiciones en los confines del mundo. Nos armábamos de valor, pensando en lo que serían capaces unas cuantas mujeres despreocupadas, pero exigentes. Nuestro barco

tenía que navegar hacia el norte a lo largo de la mitad de los 6.400 km de costa chilena hasta Talcahuano. El sol sería más suave, suponiendo que simplemente fuera cuestión de clima. Nos dijimos a nosotros mismos que no nos habíamos equivocado de camino, solo que habíamos evitado algunos desvíos y que nos había faltado un poco de audacia: deberíamos haber dejado la Patagonia antes.

La esperanza regresaba. No solo un pensamiento fugaz por aquí, una conversación por allá, sino una energía completamente nueva. Sin embargo, aún quedaban muchas preguntas: ¿quiénes eran estos veinte compañeros que compartirían la experiencia? ¿Qué pasaría en caso de desacuerdo allí, perdidos en una isla, aún más lejos de tierra habitada que en la Patagonia? ¿Y qué clase de extraño futuro les estábamos preparando a nuestros hijos? Preguntas, sin respuestas por el momento, pero con un tremendo deseo de intentarlo.

Anclamos en Talcahuano, un puerto soleado. Ya no había vientos patagónicos, por fin podíamos respirar. Pero no había nadie para recibirnos; el barco a la isla Juan Fernández acababa de zarpar. El siguiente no saldría hasta dentro de dos meses. En la posada donde nos alojamos, los hombres nos miraban con extrañeza. Nosotras, las hermanas Grimm, encontramos trabajo temporal como lavanderas; no había sitio para las demás. Alquilamos un cobertizo, sin pensar en quedarnos, solo esperando un barco a la isla.

Comprendimos rápidamente la historia con la que nos habíamos topado. Antes de la llegada de los españoles, el pueblo mapuche habitaba estas costas. Poco a poco, fueron empujados hacia el sur para dar paso a los chilenos, quienes los exterminaban. Durante los últimos diez años, el ejército chileno había librado una supuesta guerra de pacificación, trazando una nueva frontera al sur de Talcahuano, donde los mapuche estaban confinados. Sus tierras habían sido distribuidas a colonos europeos, quienes desconocían lo que les aguardaba.

Alemanes, franceses y más de tres mil suizos querían creer que estas tierras, donadas por el gobierno chileno, eran territorio virgen. Tras un viaje agotador, ya no tenían fuerzas para irse. Quemaron las chozas mapuche, arrancaron sus cultivos, desbrozaron el terreno y reconstruyeron granjas a su manera. Los mapuche, ociosos, hambrientos y perseguidos por los soldados, vagaban por el bosque con sus familias. Para las labores agrícolas, los colonos habían contratado a unos pocos mapuche, desconfiaban de todos y los mantenían a raya con disparos de fusil, primero al aire y luego a la cabeza, que no valía nada. Se jactaban en voz alta de este juego de matanza.

Tras presenciar cómo los amables emigrantes podían convertirse en desagradables colonos, estábamos deseando partir. En el cobertizo, nuestro campamento se parecía al que habíamos tenido al principio de nuestra estancia en Punta Arenas. Pero el clima era templado, como el verano

en el Vallon, con cielos despejados, hermosos abetos y campos de hortalizas y trigo. Las vacas importadas de Europa disfrutaban de los tiernos pastos. Los domingos, seis mujeres emigrantes iban a un claro como brujas, asaban carne, bebían cerveza de una cervecería alemana, cantaban canciones de la Comuna y bailaban con sus hijos.

Empecé a reflexionar sobre la brecha entre nuestros ideales y mi comportamiento. Tomemos el amor, por ejemplo: quería que fuera romántico sin ser absorbente, apasionado pero contenido, alegre y serio a la vez, pero nunca pude comprometerme con él en el momento adecuado. Varias veces fui víctima de mis dudas. En Brest, creí haber encontrado el amor perfecto en un marinero que conocí. Pero solo ocurrió en mi cabeza, en fantasías. *El Virginie* partió del puerto sin que pasara nada con el marinero. Desde ese día, lo he extrañado en silencio como si hubiera sido el hombre de mi vida. Era consciente de esta dificultad; lo había hablado con Mathilde, luego con Germaine. Ambas comprendieron, me dieron consejos, pero en vano. En ese momento, tanto el amor como la anarquía parecían inalcanzables para mí.

Mientras esperábamos el barco a la isla Juan Fernández, investigamos la muerte de Colette y Juliette. Nosotras, las hermanas Grimm, fuimos a ver al cónsul suizo. El que estaba en el cargo al momento de la tragedia había sido transferido. Su reemplazo nos remitió a las autoridades chilenas. El capitán de policía de Talcahuano, a quien otras dos mujeres

fueron a ver en su oficina, se limitó a encogerse de hombros, insinuando que a veces los colonos se tomaban la justicia por su mano para ahuyentar a las mujeres de mala reputación. Este oficial tenía un bigote puntiagudo y rizado, una mirada lasciva y dos revólveres Colt con los que jugueteaba. Pronto sabríamos más sobre él. Se negó a responder más preguntas, añadiendo con picardía: «Las mujeres que viven solas nunca tienen buena reputación».

Un domingo, al regresar de nuestro desmonte, nos encontramos con unas mujeres indígenas que huían despavoridas. Acababan de descubrir las tumbas abiertas de sus antepasados. Los mapuche tienen la costumbre de enterrar a sus muertos en troncos de árboles ahuecados. Los caciques araucanos, es decir, los jefes mapuche, son enterrados allí con sus joyas. Los colonos habían profanado estas tumbas en busca de oro y esmeraldas. Los troncos y los esqueletos yacían dispersos por todas partes. Las mujeres indígenas huían porque los saqueadores habían puesto perros tras su rastro.

El domingo siguiente, gracias a la llegada de un barco desde Argentina, finalmente recibimos noticias de Benjamin. Estaba en Buenos Aires, donde acababa de fundar un círculo anarquista. Aprobó nuestra elección de un clima más agradable, como si, según él, en ciertas condiciones donde la naturaleza es demasiado dura, los humanos se olvidaran de

ayudarse mutuamente, cada uno preocupado por su propia supervivencia. En nuestro lugar, sin embargo, él habría preferido la ciudad, Buenos Aires, por ejemplo. «Tengo grandes esperanzas en el desarrollo de la industria, que debería permitir a todos establecerse en cualquier lugar del mundo, recurriendo a inventos para protegerse del frío o del calor excesivo». Adjuntó a su carta un recorte de un periódico libertario italiano sobre las colonias que estaban estableciendo los emigrantes anarquistas en Australia, América y África. Esperaba que esta vez fuera la vencida para nosotros, que encontráramos lo que buscábamos.

Buen punto, Benjamin. ¿Qué buscábamos exactamente al cambiar el clima, imaginando que podríamos empezar de cero con pocos ahorros e ilusiones igualitarias? Mientras tanto, habíamos recibido más detalles sobre la futura colonia. Se llamaría «*El Experimento*», y todo estaba aún por inventar. Los colonos nos pedían que firmáramos un compromiso:

Reconozco que me incorporo a la colonia por voluntad propia. Partidario del principio de libertad absoluta, reconociéndome lo suficientemente desarrollado como para no recurrir jamás a la violencia contra ninguno de mis compañeros en una sociedad libre, reconociendo que no se necesita la fuerza para imponer trabajo a las personas, que ellas mismas lo realizarán libremente, viajaré a la colonia por mi cuenta, y si deseo abandonar la sociedad, esta me repatriará a mi lugar de origen a su

propio costo. Esto es para no verme obligado, por falta de recursos, a vivir en un entorno contra mi voluntad, con el riesgo de causar una perturbación perjudicial para *el Experimento*.

(Me pareció ridícula esta preocupación por el procedimiento. Como tú, sabía perfectamente que cuando las cosas se ponen feas, los acuerdos escritos no sirven de nada). Al final, todos firmamos. El barco llegaría pronto. Y entonces, la tragedia...

Lo que le pasó a Lison, no pudimos explicárselo a la elegida. Sin embargo, era una mujer de carácter fuerte, nada ingenua. Por la noche, era ella quien cerraba el granero; se había hecho un rincón, separada de sus cuatro hijas por una cortina. Una de ellas ganaba un poco de dinero pastoreando vacas para un compatriota. Por suerte, no fueron las niñas quienes descubrieron el cuerpo de su madre en el pequeño bosque detrás del granero. La puerta no había sido forzada, así que alguien debió de haber engañado a Lison para que se fuera.

Mientras pastoreaba sus cabras temprano por la mañana, el vecino, un hombre tímido y amable de Appenzell, deportado por su municipio suizo, la encontró. Cuando llegamos, el cuerpo ya había sido llevado a la morgue y el capitán de policía estaba realizando la investigación. Interrogó a las niñas y al vecino de forma muy desagradable. Quería que las chicas confesaran que su madre tenía

amantes. Asustadas y confundidas, dieron nombres que el capitán anotó. Uno de los pandilleros, uno de los que nos habían estado acosando, dijo en voz alta: «Eso es lo que pasa cuando las mujeres se niegan a volver a casarse». Mathilde lo calificó como un tipo desagradable. Nunca volvimos a hablar con él.

La única certeza era que Lison había sido violada y estrangulada. El capitán de policía no dirigió una sola palabra de consuelo a las niñas, insinuando simplemente que su madre era demasiado complaciente con los nativos; debería haber sido más cautelosa. El asesino debía estar entre ellas. La mayor de las cuatro niñas, Albertine, tan rebelde como Lison, respondió al capitán con orgullo. A lo que el otro, queriendo imponer su autoridad, dijo: «Las voy a enviar a un orfanato para huérfanas insolentes». Y Albertine replicó: «Mi madre tenía razón al desconfiar de ustedes más que de los mapuche».

Ese capitán de policía de bigote puntiagudo, al que ya conocíamos, al que volveríamos a conocer, del que deberíamos habernos preocupado, creyó prudente echar mano de sus dos Colts como si fuera a usarlos. Volviéndolos a amartillar, siseó entre dientes, llamándonos putas. ¿Y qué era, ese canalla? Decidimos investigar por nuestra cuenta y visitar a cada uno de nuestros compatriotas. Todos, menos el de Appenzell, mantuvieron la misma actitud, como si supieran algo que nosotros nunca descubriríamos: «Ah, has venido por Lison, pobrecita, pero...». Y en ese «*pero*» había

un reproche. En resumen, se lo había buscado. ¿Se lo había buscado? ¿Que la mataran?

Como ella aún creía en un poder superior, el pastor Grin, que había venido a visitar a sus conciudadanos, pronunció un sermón ante su tumba. Se le aconsejó anunciar que la justicia divina se haría cargo de sus asesinos. Prefirió proclamar que el Reino de Dios acoge a todas las ovejas descarriadas, poniendo a la víctima y a los perpetradores al mismo nivel. La pequeña multitud reunida en el cementerio no lo apreció.

Lison Gigon, una mujer de carácter fuerte, se comportaba con la misma rigidez que sus convicciones. Doradora, se había casado con un compañero dorador, el mismo que había sido atropellado por un tren. Su oficio consistía en recubrir las platinas, los puentes de volante y otras partes de los relojes con una amalgama de oro. Sabía calentar los componentes para eliminar el mercurio. Su cabello negro, largo y ondulado, casi encrespado, estaba recogido con cintas, cada día de un color diferente. Sus comentarios mordaces eran temidos. ¿Se debía a su dolor? Cuando hablaba de su marido, que la había dejado con cuatro hijos, le guardaba rencor: "¡Ah, ese!". Y ahora, cuando hablábamos de ella, el comentario era: "¡Ah, esa!". Esta ironía nos permitía asimilar nuestro dolor. Blandine se había atrevido a decir en el mismo tono: "¡Ah, esa, qué feas eran sus piernas!". Pero eso era caer en la risa maliciosa. ¿Cómo

puedo dejar de imaginar la escena: la violación, el estrangulamiento y todos llegando demasiado tarde?

Buscaron por todas partes la cebolla que llevaba en su corpiño, incluso de noche. Las cuatro hijas de Lison imitaron el juego del hijo de Emilie con el reloj de su madre. Pero como la cebolla de Lison había desaparecido, hablaron con una muñeca mapuche que había recibido su madre.

Tras un mes de luto y rabia, recibimos la visita de un joven indígena al que habíamos visto un par de veces mientras hablábamos con Lison. Nos dejó claro que había sido su amante desde el día en que llegaron. Increíble. Les preguntamos a las niñas, quienes confirmaron que su madre se reunía con él todas las noches y regresaba al amanecer. Llamaba Viernes a este mapuche, como si hubiera querido llevarlo a la isla de *Robinson Crusoe*. Reconocimos la ironía de Lison. Las niñas adoraban a Viernes y no habían comprendido su desaparición tras la tragedia, por eso les contaban a sus muñecas cómo habían sido sus días. Confiábamos en Viernes; él tampoco tenía ni idea del asesinato. Esa noche, Lison no había ido a su choza.

Cuando supo que estábamos a punto de partir hacia la isla Juan Fernández, nos rogó que lo lleváramos. Él cuidaría de las hijas de Lison y del hijo de Emilie. Teníamos la impresión de que se sentía amenazado. ¿Un hombre con nosotros? No estábamos seguras. Dejamos que los niños decidieran; estaban encantados. Nunca nos arrepentiremos de tenerlo

con nosotros. Sin él, habría sido difícil establecernos en la isla. Conocía las plantas, los animales y cocinaba con hierbas silvestres. Más tarde, en Tahití, cuando nos dejó, admitimos que todos habíamos sentido una extraña mezcla de amor maternal y ternura, lo que nos había impedido intentar conquistarlo.

Al enterarse de la muerte de Lison, su madre nos escribió desde Saint-Imier para contarnos que su hija le había enviado una carta anunciándole que estaba tras la pista de los relojes de Colette y Juliette. ¿Habíamos oído algo sobre las cebollas? La carta pasó por Talcahuano y nos llegó mucho más tarde, en la isla. Esto no hizo más que reforzar nuestra intuición: Lison había descubierto algo. Para estas tres mujeres estranguladas, existía un misterio que algún día se resolvería. Cuando llegue ese día tan esperado, no dudaremos en señalarlo con una bandera negra.

Capítulo VI

UNA COMUNIDAD ANARQUISTA

Donde Adèle y los emigrantes encuentran finalmente una comunidad anarquista y un lugar donde el paraíso estaría a la vista si un triste compatriota no les bloqueara el camino.

(Al principio pensé en titular esta historia *Las diez cebollitas*, pero eso sólo habría gustado a los relojeros y no a todo el mundo, como pretendía. En el siguiente capítulo, la cebolla juega un papel menor que la mujer que la llevaba, Adèle, que nos dejará después de Lison y sobre la que debo decir algunas palabras.)

Había sido roladora de pivotes en Édouard Heuer y era igualmente experta en pulir pivotes estándar y cónicos. Cada una de nosotras tenía una anécdota sobre ella, pero juntas

no bastaban para un retrato completo. Persistía una sombra sobre el método de Adèle para tener hijos y conquistar a un hombre antes de descartarlo. Había dejado el Vallon con su hija Clémence, ya adulta, hermosa y rubia como su madre. El padre lloró en la Place Neuve: "¡Adèle, no me dejes!". En Punta Arenas, tuvo su segundo hijo, Paul, con un joven chileno locamente enamorado de ella, tanto que se temía que se suicidara cuando ella le prohibió seguirla a Talcahuano.

Cabe decir que poseía una belleza salvaje e imponente, como la de una ballena. Un perfil afable, una boca con comisuras que se movían constantemente, como las de los sureños. Pero su frente y el rubio de su cabello la hacían parecer nórdica. Pronto nos cansaríamos de sus cambios de humor. Pero por el momento, seguía con nosotras.

En Talcahuano, quedó embarazada de su tercer hijo. Esta vez, el hombre, veinte años mayor que ella, había abandonado a su familia para establecerse cerca de nuestro granero. La colmó de regalos y le escribía cartas escondidas en ramos de lilas. Al marcharnos, ella le dijo delante de nosotras: «Hay cosas que entenderás más adelante». Nos preguntábamos qué. Más tarde, como veremos, tuvo su cuarto hijo, Romeo, con un joven pescador de langostas.

A finales de noviembre de 1883, el barco con destino a la isla Juan Fernández embarcó a las cinco jóvenes –cuatro relojas y una panadera–, sin contar a Viernes, el mapuche,

y a siete niños. Trece en total, y siete cebollas en nuestro equipaje. Tuvimos suerte: durante la semana que tardamos en llegar a la isla, situada a 560 kilómetros de la costa, cerca de Santiago de Chile, el océano Pacífico solo produjo una escasa cresta blanca, y los vientos soplaban casi en la dirección correcta. El barco se dirigía a la isla a buscar madera tropical, langostas y grasa de lobo marino. Llevaban un gran cargamento: «Veinte barriles de galletas, diez medios barriles de cerveza, velas, café, chocolate, queso, frijoles, lentejas, manzanas secas, arroz, sardinas, manteca de cerdo, salchichas, dos barriles de vino y 136 litros de whisky, suficiente para unos meses. Sin mencionar un pequeño molino, aperos de labranza y material de escritura». Y otras cosas cuyo listado falta en el cuaderno verde.

Nuestro capitán, un inglés apasionado por la historia, estaba interesado en la relojería y conocía las marcas Saint-Imier, Blancpain, Heuer, Longines y Breitling. Le mostramos nuestros relojes; era un experto y podía nombrar los diferentes movimientos. Presentó su proyecto: un reloj sin corona. El mecanismo simplemente almacenaría su energía mediante las acciones del usuario. Nos contó la historia del archipiélago de Juan Fernández.

En el siglo XVI, este joven capitán español la descubrió y le puso su nombre. Regresó con pescadores y cazó a los leones marinos que la habitaban por millones, sí, por millones. Una tormenta destruyó su flota. Arruinado, regresó a tierra firme

y murió en su cama a los ochenta años. Dejó cuatro cabras en la isla, que se multiplicarían por miles.

En febrero de 1704, Alexander Selkirk, de veintisiete años, piloto de un barco corsario inglés, tras una disputa con su capitán, pidió quedarse en la isla para vivir lo más cerca posible de la naturaleza, con un rifle, una Biblia y municiones. Durante los primeros dieciocho meses, estuvo deprimido, antes de desarrollar el gusto por la soledad.

Cuatro años después, unos corsarios que desembarcaron por casualidad se asombraron al encontrar a un compatriota vestido con pieles de animales. Selkirk había perdido el habla y se comunicaba con gruñidos. El capitán trajo de vuelta a Londres al hombre que había matado quinientas cabras para sobrevivir en una isla desierta. El escritor Daniel Defoe encontró a Selkirk, trasladó su aventura a las Indias Occidentales, añadió la historia de un naufrago negro, lo reunió, prolongó el naufrago unos veinte años y le dio a su héroe un nombre que lo identificaba como el hijo de Robin Hood. Fue un éxito inmediato: *Robinson Crusoe* tiene cincuenta y seis versiones diferentes.

Más tarde, los españoles construyeron un campamento en la isla principal para prisioneros políticos de toda Sudamérica. Siete cuevas infames, tan estrechas que era imposible mantenerse en pie, fueron excavadas en la roca. Se sucedieron revueltas, motines de la guarnición y otros incidentes hasta que una flota peruana llegó a liberar a los

prisioneros en 1837. Desde entonces, solo treinta y siete habitantes permanecieron en la isla, a los que se unió en 1877 el barón de Rodt, un suizo con el título de subprefecto.

Fue lamentable saber que el personaje de Robinson Crusoe se alejaba tanto de la verdad. Una vez más, quedó claro que a los escritores les encanta embellecer para complacer a sus lectores. Pero el archipiélago de Juan Fernández sí existe, con sus tres islas.

Varias veces, desde la cubierta del barco, creímos vislumbrar una montaña en el horizonte. Blandine, siempre desconfiada, se preguntaba en voz alta cómo podíamos confiar en este capitán de palabras suaves. Quizás este archipiélago era solo la invención de un novelista; el capitán nos llevaba con caníbales, para vendernos como esclavos en mercados tropicales. Le dijimos que si solo intentaba asustarnos, debería dejar de molestarnos y regresar al Valle. Blandine replicó que su hermana aún no había dicho adónde iba el blanco cuando se derretía la nieve. (La situación se estaba poniendo tensa entre nosotras, las hermanas Grimm).

Después de una semana, apareció a la vista una forma escarpada con altas montañas puntiagudas, donde se aferraban enormes cúmulos. El barco se acercaba a una ensenada salpicada de chozas de paja: la Bahía de los Ángeles. A la izquierda, una intrigante estructura de estilo militar. Mientras se botaba el primer bote, nos dieron

detalles sobre el estado actual de la isla Juan Fernández, la única isla habitada del archipiélago.

La chalupa regresó a buscarnos; el mar era como un cristal. Si dejábamos de lado la fortaleza y las cuevas que habían servido de prisión, la isla parecía un paraíso. Inclinas sobre el agua, admirábamos el fondo marino transparente y violáceo. Más allá de la arena blanca, como telón de fondo de la playa: palmeras, helechos y exuberante vegetación. Así que aquí era donde el Saint–Preux de Rousseau había venido a olvidar a Julia.

Don Alfredo de Rodt envió a tres porteadores harapientos para escoltarnos hasta su fortaleza. Nos esperaba en una armería, con las ventanas cubiertas solo de telarañas, amueblada con una gran mesa de guarnición y bancos a lo largo de las paredes. Nos hizo un gesto para que tomáramos asiento, se aclaró la garganta y nos habló en francés con un ligero acento alemán.

Lo encontraron confundido, teatral y vestido con ropas de otra época. Hablaba de la isla como si fuera su pequeño reino y de los pescadores como si fueran su gente. Incluso dijo: «Mis súbditos».

De piernas cortas, jorobado, rostro demacrado, sin afeitar y bastante sucio, cojeaba de un lado a otro, intentando recuperar la confianza que le faltaba. El resultado de esta ceremonia de bienvenida fue que podíamos instalarnos en

cualquier lugar, pero lejos del embarcadero de los pescadores. Podíamos construir chozas o palacios, cultivar verduras o flores, criar animales o niños; a él le importaba poco. La única tarea era proporcionarle suficiente leña para que se abrigara durante los escasos meses de invierno. Además, si queríamos comprarle vacas, participar en la caza de cabras o leones marinos, él se encargaría de todo comercialmente. Entonces sacó un gran libro de contabilidad donde anotó nuestros nombres y fechas de nacimiento. No le preguntó a Viernes su nombre, considerándolo parte de nuestro equipaje. Con expresión hosca, nos informó que estaba redactando reglamentos y leyes que se aplicarían a las tres islas, pero que primero tenía que escribir sus memorias. Nos confesó que su vida había sido muy importante.

Cuando le preguntamos por noticias de la *colonia "Experiencia"*, cambió de tono y programó una reunión para el día siguiente para, según dijo, concretar algunos detalles relacionados con sus tareas. Mientras tanto, podríamos instalarnos en una cueva. Con una sonrisa burlona dirigida a Viernes, dijo: "Pueden alojar a ese en mis establos". No respondimos, solo le sonreímos a Viernes para demostrarle nuestra confianza.

Explorando los alrededores, nos encontramos con unos hijos de pescadores descalzos en la playa, quienes nos explicaron que *La Experiencia* se encontraba cerca, en otra cala, Puerto Francés, accesible solo por mar. Un simple bote

de remos era suficiente para llegar. Decidimos no esperar hasta el día siguiente; un pescador aceptó llevarnos a cambio de una libra de arroz. Confiamos en él y dejamos nuestra preciada carga a salvo en una cueva. Al atardecer, desembarcamos en la playa, donde los colonos anarquistas se habían reunido para darnos la bienvenida. Cantaban un himno que pronto nos sabríamos de memoria:

Te dejo, Europa, tierra de ladrones,
Con mis compañeros me voy al exilio
Y todos unidos en el trabajo
Formaremos la colonia social
Y vosotros, burgueses, sufrís las consecuencias:
Todo se derrumba, rey, papa y dios.
Y la anarquía, fuerte y gloriosa.
Y la anarquía triunfará.

Un primer encuentro cálido, con un toque de reserva. De un lado, adolescentes, cinco mujeres y Viernes. Del otro, un pequeño grupo de catorce hombres barbudos, cuatro mujeres bastante jóvenes y dos niñas pequeñas, todos vestidos con pieles de cabra y ropas andrajosas. Las presentaciones en español se acompañan de apretones de manos y algunos puños en alto. Italianos, españoles, franceses, pero todos internacionales. Hay una bebida amistosa. Inmediatamente después, una asamblea democrática con decisiones tomadas por consenso en la noche tropical. Luego las primeras conexiones, afinidades, intimidades. Todo esto en la arena blanca, a la luz de un

fuego de palma moribundo. Una jarra de ron pasa de boca en boca, y a dormir bajo las estrellas. Germaine, como siempre, elige al hombre más guapo y se deshace de él en un instante. Al amanecer, todos duermen, cuando tres cabras blancas vienen a lamer el fondo de una olla fría.

Regresamos a recoger nuestra carga de los pescadores a quienes llamábamos los Robinsons. Como teníamos provisiones para dos meses, no había prisa. Era primavera, y los colonos de *L'Expérience*, que llevaban allí seis meses, habían construido una gran cabaña de paja que servía de cocina y sala común. A su alrededor, cada persona, según sus gustos, había construido una cabaña, un refugio o un chalet con la ayuda de todos; nada estaba realmente terminado. Era un espectáculo encantador, desordenado y prometedor. La vida se desarrollaba amistosamente.

Después de una semana, Mathilde regresó conmigo para visitar a las familias de la isla, presentándose e intentando interesarlas en nuestro proyecto, aún incierto: transformar *L'Expérience* en una empresa social, con la ayuda de quienes quisieran establecerse allí. Pescadores de langostas y leones marinos, descendientes de prisioneros o guardias, los robinsonianos vivían frugalmente y se ayudaban mutuamente. Nos recibieron con poco más que curiosidad. Una de sus mujeres nos mostró el interior, las colinas volcánicas, las calas, los arroyos, las laderas donde se escondían las cabras salvajes. Habíamos perdido nuestra cita con el subprefecto, de quien todos hablaban con una sonrisa

irónica que delataba temor a la autoridad arbitraria. No presentarse cuando él decidía podía acarrear un sinfín de problemas.

Tras nuestras desventuras en Talcahuano, nos sentimos renacidos. Viernes nos reveló los secretos de la naturaleza como si fuera un lugareño. Los hijos de los colonos nos mostraron un mundo encantado, y los adultos compartieron sus historias de vida. Poco a poco, esta pequeña comunidad se unió y compartimos las comidas. Construimos dos grandes cabañas de paja con un estilo que recordaba a la región del Jura: un techo a dos aguas y una pendiente detrás, como un puente de granero. Una se bautizó como *Le Droit (Lo Correcto)* y la otra, *L'Envers (Lo Incorrecto)*. Más entusiasmados que nunca desde que dejamos Vallon, nos sentíamos como si estuviéramos en un matrimonio concertado a distancia, pero exitoso. Nos estábamos conociendo, cada uno compartiendo sus historias de vida, ya sea en público o en privado.

Nuestra primera carta enviada a Saint-Imier, se puede leer en el cuaderno verde: «Imaginen un pequeño pueblo de toscas chozas que sirven de vivienda, dispersas aquí y allá, sin pretender formar calles. Las chozas están cubiertas de hierba, con suelo de tierra batida, persianas en lugar de ventanas, sin muebles llamativos ni electrodomésticos modernos. Imaginen también un edificio largo parecido a los establos de nuestras granjas, con paredes y suelos de tablones. Este es nuestro comedor, el lugar donde

celebramos nuestras reuniones y veladas. No tiene mesas ni sillas, sino bancos toscos y tabloncillos colocados sobre caballetes. Todo esto es temporal; pronto mejoraremos».

En nuestra colonia, casi nunca llovía, mientras que en la parte trasera de la escarpada cordillera, las nubes caían a cántaros a diario. Un privilegio de las islas: una brisa constante refrescaba el aire. Habíamos establecido un estilo de vida satisfactorio, o casi satisfactorio. Porque sabemos muy bien que un espacio liberado solo puede ser temporal. Mientras la anarquía forme solo una pequeña comunidad, el mundo circundante seguirá siendo amenazante. Pero como el poder estaba distante, fingimos olvidarlo. En la Bahía de los Ángeles, los Robinson vivían en grupos familiares, separados, pero muy cariñosos. Cazaban leones marinos para vender su grasa y piel a Don Alfredo de Rodt a cambio de bienes del continente. Ahorraban dinero para algún día abandonar la isla que consideraban una prisión. Pero sus ahorros nunca fueron suficientes para escapar. Para ellos, perpetuamente insatisfechos, nuestro estilo de vida era como una provocación, ya que descuidábamos acumular dinero para empezar de nuevo.

Poco a poco, la gente se enteró de quién era este de Rodt. Nacido en una familia adinerada de la capital suiza, su padre pastor, estudió agronomía antes de unirse al ejército austriaco. Herido en el campo de batalla contra los prusianos, lo que lo dejó cojo, se dedicó a viajar y recibió del gobierno chileno el derecho a explotar el archipiélago de

Juan Fernández por 1.500 dólares al año. Planeaba construir un negocio que prosperaría con la tala de maderas raras, la pesca de langostas, la cría de ganado vacuno y equino, y la venta de pieles de leones marinos y cabras. La isla principal albergaba ahora a 7.000 de ellos. Con los 20.000 dólares que esperaba ganar cada año, compró barcos a crédito para transportar su mercancía hasta las regiones peruana y boliviana. Pero la Guerra del Pacífico, de chilenos contra peruanos, lo arruinó. En lugar de atender a su negocio, se dedicó a meditar en su biblioteca, rodeado de Shakespeare, Dickens, Goethe y un piano. Sus parientes en Berna, los von Graffenried, le enviaban dinero para al menos pagar lo que debía al gobierno chileno. Tenía tres hijos con una joven de la isla que administraba su casa lo mejor que podía. Estaba deprimido. Sus súbditos lo respetaban lo justo como para venderle sus productos, ganando cada vez menos a cambio.

Unos meses después de nuestra llegada, escribimos nuestra primera respuesta a quienes nos preguntaron si podían unirse a nosotros: «El clima es bastante bueno; no hay ni el calor tropical ni el frío siberiano. En verano, el termómetro marca treinta grados al sol al mediodía, pero por la noche baja a diez, lo que proporciona suficiente frescor. Aquí no se propagan las enfermedades contagiosas; de hecho, todos gozan de buena salud y muy buen apetito, lo que nos hace encontrar muy sabrosa la comida ordinaria que estamos obligados a comer hasta que aumenten nuestros recursos... Cada uno trabaja según sus capacidades,

impulsado únicamente por el deseo de hacer el bien, y, como pueden ver, la observación de nuestros adversarios cuando dicen que en la Anarquía nadie trabaja se desvanece por sí sola... Por el momento, no podíamos aceptar más compañeros que un herrero, con o sin familia. Es posible producir cosechas de todo tipo en cualquier estación». Los principales cultivos son la caña de azúcar, el algodón, el maíz, el café, la yuca, la uva, el tabaco, los melocotones, las naranjas, los limones y muchos tipos de verduras. Sin olvidarnos de las patatas para elaborar nuestros róstis.

En cuanto a lo que no llamábamos *instrucción*, sino *el libre desarrollo* de nuestros hijos, a veces uno u otro adoptábamos una perspectiva autoritaria y nos ponían en su lugar. Niñas y niños recibían la misma educación: los mismos juegos, los mismos privilegios, las mismas tareas. La maestra de Rouen impartía clase todas las mañanas sin restricciones ni horarios fijos. Los niños mayores cocinaban como todos los demás, turnándose para preparar la comida del final del día. Habíamos optado por la antiteología: sin instrucción religiosa, sin miedo al infierno ni esperanza del cielo, sin un niño Jesús que nos salvara el alma.

Nuestras reuniones solían celebrarse al final de una buena comida. Hablábamos de semillas, barbechos, cosechas, pero también del riego de huertos, la reparación de techos y la limpieza de playas. Empezábamos por sorteo para elegir un

facilitador (moderador de la discusión), usando una técnica prestada de los cuáqueros. Alguien proponía un plan de acción, luego el facilitador preguntaba si había alguna aclaración o comentario. A continuación, venían las enmiendas constructivas. Medimos el ambiente, evitamos votar a toda costa, debatimos, preguntamos si había un veto o un punto muerto, y luego volvimos a debatir. Nuestra técnica de reunión mejoraba con cada reunión.

Es difícil relatar nuestra vida en la isla: la felicidad no necesita narrativa, y las anécdotas que inspira se desvanecen o se vuelven ridículas con el paso del tiempo. Es una pena que el diario de Mathilde permaneciera en la isla cuando tuvimos que irnos tan abruptamente. Para registrar los detalles de nuestros días, habríamos necesitado algo más que un simple cuaderno verde. Esto es lo que Blandine, como siempre, con entusiasmo, anotó en él:

Nos negamos unánimemente a establecer la más mínima organización económica: ninguna jerarquía, ninguna gestión, ninguna especialización de tareas. Vivimos sin pacto, sin normas laborales, sin código moral. El primero que se despierta sacude a los demás; solo el apetito nos llama al comedor, la pasión al trabajo, el sueño al descanso. Es pura anarquía. Todos, por solidaridad, intentamos vivir lo más frugalmente posible, evitando todo consumo innecesario. A veces, debatimos libremente el trabajo del día siguiente y dividimos las tareas según la fuerza o la capacidad. Uno de nosotros,

un italiano de Carrara, es un holgazán. Bromeamos un poco con este parásito feliz sin forzarlo jamás. Viendo la bandera negra ondear al viento, atada a la copa de una palmera alta, nos decimos que solo necesitamos un poco de polenta y un poco de idealismo para vivir.

(Puede que me critiques por no poner suficiente de mis propios sentimientos, como suele ocurrir cuando alguien relata su vida. Lo cierto es que, en este caso, no elegí ser la narradora, y ofrecer una perspectiva demasiado personal perjudicaría la causa que defiendo, a pesar de todo. Como ya he insinuado, cuando un hombre me hacía un cumplido, en lugar de aceptarlo, decía algo banal para hacerle sentir mal, para demostrar que no me engañaba. Luego, demasiado tarde, la posibilidad de un encuentro se desvanecía, y esa noche, deshaciéndome las trenzas frente a mi pequeño espejo, le sacaba la lengua a mi reflejo, una forma de prometerme que la próxima vez armaría menos alboroto.)

Así me pasó con el carpintero de Florence, un amigo servicial y alegre: me había contado sobre su vida como forajido, su entusiasmo al escuchar los discursos de Benjamin durante sus años en prisión. Una noche, mientras soñaba despierto solo en la playa, vino y se sentó a mi lado sin decir palabra, y me tomó la mano. La retiré. En lugar de dejarlo ahí, pensé que sería mejor añadir una explicación enrevesada sobre por qué no podía comprometerme en ese momento, que tal vez más tarde... como si el pobre

Florentino tuviera que respetar una fecha límite secreta, cuya duración no le revelé.

Otra noche, en el mismo lugar donde solía ver las últimas nubes desvanecerse en rosa, Viernes se me acercó y me pidió permiso para hacerme una pregunta. Con cautela, le dije: "¿Quieres hablarme de amor?". Viernes rió, casi burlonamente. "No, de política. Me gustaría saber qué no te gusta de la anarquía". Di un salto, me sonrojé y tartamudeé. "Es que", dije, "no me gustan las palabras que terminan en ' -ismo' ". Viernes respondió: "No dije anarquismo, sino anarquía". No sabía qué decir. Y ya que hablamos de mí, puedo decirte que esa noche, mientras el rosa se volvía malva y las últimas nubes se disipaban para dar paso a las estrellas, creí sentir una oleada irreprimible en el estómago. No dije nada; con gusto le habría dado la mano a Viernes, imaginando que nos meteríamos al agua vestidos. Entonces, apretados uno contra el otro, nos habríamos quedado inmóviles y sin hacer preguntas. Pero no pasó nada. Finalmente dijo: «Yo tampoco, no sé si moriría por la anarquía. Los mapuche nunca hemos necesitado un Estado; la república es una idea importada por los colonos». No volví a hablar, esperando a que sugiriera que nos metiéramos al agua vestidos; un sueño.

Me sentí culpable por envejecer después de haber sido niña sin haber llegado a la edad adulta. Esa noche, por primera vez, pensé que una mujer que llega a los cuarenta sin hijos puede sentirse vieja de repente. Una sensación

extraña, y tuvo que ser Viernes quien me la hizo sentir. Nos habríamos dado un baño por la noche, y yo habría tenido el valor de hacerle preguntas íntimas como: "¿Me encuentras anticuada o guapa, intelectual o hermosa?". Y él me habría colmado de besos.

La vida cotidiana –la jardinería, la tala de árboles, la lectura de Rousseau– nos ocupaba tanto que las discusiones sobre principios a veces se resintieron. Las cartas, que llegaban en barco cada dos meses, nos traían susurros de un mundo menos alegre. Percibimos la irritación de Benjamin cuando nos llamaba sus queridos despreocupados que querían reconstruirlo todo desde cero, como en la Abadía de Thélème: la anarquía no se trataba de eso. También cuestionaba esta extraña conexión que nos unía a un subprefecto caprichoso: «Nosotros, los anarquistas, porque queremos lo mejor para la humanidad, sabemos que tendremos que inventar todo tipo de organizaciones sociales para encontrar las que sean adecuadas para una vida digna y feliz para todos».

Benjamin, celoso de nuestra idílica vida rural, se encontró en Tierra del Fuego con buscadores de oro. Esperaba amasar una fortuna para financiar la Revolución Universal. Desafortunadamente, se encontró con gente deshonesto. No dijo mucho más, pero su decepción era palpable. Nos habló de Rousseau porque el ginebrino, como nosotros,

tenía parientes en el sector relojero. Nos sugirió releer *El Contrato Social*, que demostraba claramente que Jean-Jacques aceptaba el Estado solo como un mal necesario. Ahora teníamos que ir un paso más allá, inventar un mundo sin Estado. Nos recordó que Saint-Preux, para olvidar a Julie, viaja a Juan Fernández, pero regresa a Suiza.

Nuestra tristeza por no haber emigrado a la Patagonia se desvaneció, pues aquí todo marchaba bien. Habíamos establecido una Zona Autónoma Temporal, como una sociedad pirata. Nos perdimos en la contemplación de un hermoso árbol, un atardecer rosado, una deliciosa ensoñación. Embelesados por la dulzura del presente, saboreamos la felicidad en esta naturaleza acogedora. Si Jean-Jacques hubiera estado allí, nos habría acompañado a dar un paseo. ¿No nos aburriríamos con el tiempo? Incluso en el paraíso, habría trabajos de mantenimiento: una puerta que engrasar, un mueble que repintar, patatas que trasplantar. Nos turnaríamos, cada uno según nuestras capacidades.

Una mañana, cuando nadie lo esperaba, descubrimos que la cima de la montaña más alta de la isla había estado nevada durante la noche. Como era la primera vez, varios estábamos ansiosos por subir y experimentar esa fugaz blancura en primera persona.

Así que, es el comienzo de una hermosa mañana cuando un grupo pequeño, mal equipado pero alegre y bastante disperso, parte hacia la cima. Viernes lidera la marcha como si conociera la ruta. Algunos van descalzos, otros con el tipo de calzado que fabricamos nosotros mismos. Tenemos que alcanzar los 1600 metros, la altitud de nuestro Chasseraï sobre Saint-Imier. Salvo que partimos desde el nivel del mar; serán horas de caminata a través de pedregales, barrancos, bosques y matorrales, sin senderos señalizados, salvo los senderos de cabras que terminan abruptamente.

En la parte habitada de la isla, la de pendiente más suave, ni una sola niebla ni una nube a la vista, el aire tan suave como el de Jean-Jacques Rousseau. Algunos de nosotros, de la región del Jura, miembros de *L'Expérience*, cantamos canciones anarquistas, probamos el eco y nos detenemos en manantiales. Ante un precipicio, retrocedemos varias veces, avanzamos a tientas por una cresta y descendemos a un desfiladero. Alrededor del mediodía, solo estábamos a mitad de camino. Nos acomodamos con un puñado de plátanos secos y rodajas de cabrito ahumado.

Compartimos recuerdos de nieve e infancia, como si la altitud despertara recuerdos enterrados de inviernos lejanos. Una evoca los Apeninos, donde su abuelo tenía una granja; otro, el Puy de Dôme, que ofrecía la misma dulce forma cónica. Una mujer de la región del Jura relata sus domingos, cuando, como otros niños, se resistía pasivamente al paseo familiar. Viernes cuenta la leyenda de

la llama, tan ingenua que se pierde en los Andes y espera a que vuelva la nieve, creyendo que allí encontrará su rastro. Nada de nostalgia, solo apego a paisajes que no hemos visto desde entonces.

Antes de reanudar la ascensión, evaluamos las posibles rutas para salir de la vegetación y alcanzar los prados de altura. Tres horas después, por fin llegamos a la nieve, de apenas diez centímetros de espesor, ya derretida. La lamemos, nos revolcamos en ella y provocamos pequeñas avalanchas. Una alegría infantil nos lleva a la cima, donde el viento se ha llevado la nieve.

A nuestros pies, tres calas habitadas: la más grande pertenece al subprefecto, la más pequeña a los pescadores de langostas, y luego las cabañas dispersas de nuestro asentamiento. Y todo lo demás se pierde en la variedad de verdes. Vegetación tropical, verde oscuro abajo, más claro arriba, un mosaico de matorrales y prados. En la ladera deshabitada, un mundo diferente se despliega, en tonos de marrón volcánico. Cada día, las nubes se aferran a ella, la lluvia lava los escarpados acantilados hasta el océano. Nada crece realmente: algunos mechones de hierba en las cornisas, el resto, espinoso, gris, polvoriento, guijarros, arroyos fangosos. Decenas de cabras vagan por allí; las vemos saltar donde nadie las molestará. Más abajo, bandadas de pájaros en las grietas de las rocas. En las laderas de color claro, vemos puntos negros: leones marinos tomando el sol. Un banco de niebla flota a media altura, los

cormoranes se hunden en él como en algodón absorbente. Majestad de los planeadores.

Alrededor de File, la infinita extensión de un océano más oscuro que el suave azul del cielo. Desde aquí arriba, las olas no son más que un lienzo iridiscente, un tono que tiende al verde donde el agua está más tranquila y a un gris espejado donde el sol se refleja. Lejos, al oeste, una procesión de cirros moteados a gran altura, inmóviles, sin intención de perturbar el equilibrio de las nubes. Alguien comenta que estas formaciones de nubes en el cielo solo pueden provenir de la evaporación del océano. (Aprovecho para preguntar: Pero el blanco de la nieve, ¿está oculto entre las nubes? Nadie se atreve a responderme).

Con la brisa de la cima, una botella de licor de melocotón pasa de boca en boca. Sin afán de lirismo, solo de dejarse acariciar por la belleza del mundo. Uno se quedaría con gusto observando el movimiento del sol hasta que se pusiera. Uno se olvidaría de sí mismo, soñadores y soñadoras, como si el tiempo en File se hubiera detenido, y la historia misma también...

"¿Nos vamos?", dijo alguien. Empezamos el descenso. Al caer la noche, llegamos a *La Experiencia*. Era difícil decirles a los demás que habíamos tocado el paraíso. A la mañana siguiente, la cresta blanca se había derretido. Como la llama, tendríamos que esperar a que volviera la nieve para encontrar nuestras huellas.

En ciertos detalles de la sociedad futura, a veces discrepábamos. Nuestra maestra consideraba dejar de comer conejos para que ellos también disfrutaran de la novedad. El contable de Carrara habría preferido que las gallinas se quedaran con sus huevos. En cuanto a la educación de los niños, el currículo no estaba fijado más allá del principio de libertad de conciencia y de movimiento. Cuando nuestros jóvenes compañeros se volvían insoportables, les hablábamos como si vivieran en la época de la Comuna: «Si no eres bueno con tu hermana, llamaré a las tropas de Versalles y te colgarán de los pies. Si no terminas la sopa, mala suerte, pero no tendrás fuerzas para subir a las barricadas cuando llegue el momento de desmantelar el Estado».

(Sentí unas ganas locas de distanciarme cuando oí a otros decir que, allá en el continente, abrirían las cárceles. Para evitar que hicieran daño, ¿no deberíamos, por un tiempo, encerrar a los tiranos en sus palacios y a los banqueros en sus bóvedas?) En cuanto a las iglesias, un camarada español propuso convertirlas en teatros para el pueblo. Las estatuas de los santos se vestirían con túnicas multicolores, las velas se fundirían para iluminar las avenidas. ¿Y los órganos? Solo los nativos tendrían el privilegio de tocarlos para que sus patéticos llamados a la sumisión nunca más se escucharan.

Benjamin nos había escrito: «La solidaridad sigue siendo una teoría mientras un hombre vea a su esposa e hijos por un lado, y a la humanidad por el otro». La familia estrecha no era la solución; el matrimonio no podía ser el único camino abierto a las relaciones románticas. Se produjeron varias discusiones animadas sobre este tema en la sala principal de *L'Expérience*. Los más recalcitrantes, en particular el maestro francés, citaron los panfletos de Louise Michel: «Contra los charlatanes de la moral, los impostores de la religión, los mentirosos del arte, los cretinos de la escuela, aspiro a la destrucción de la familia. Si me dieran a elegir entre destruir una de las mayores plagas de la humanidad: la religión o las langostas, la propiedad privada o el cólera, la guerra o los mosquitos, el gobierno o el granizo, la patria o la malaria, elegiría sin dudarlo destruir la familia». (En cuanto a mí, lo que más me molestaba de la familia era que producía hermanas y hermanos).

Las opiniones se enfrentaron. Reemplazar una doctrina por otra era impensable. Hubo frustración, acalorados debates y recriminaciones. Al final, el principio que obtuvo mayor apoyo fue el que se copió en el cuaderno verde: «En materia de sexo y amor, reinará el régimen absoluto de libertad, y las parejas unidas antes de su estancia en el territorio del *Experimento* podrán continuar con su misma existencia. En resumen, cada mujer será libre como le plazca, sin que nadie pueda jamás vulnerar su libertad. Los niños serán criados en comunidad a expensas de la comunidad y no trabajarán. No

se separarán las parejas, ni se impondrá la poligamia ni la homosexualidad, pero tampoco se les opondrá».

Los barcos que pasaban nos traían noticias de todo el mundo. En Alemania, dos intentos fallidos de asesinato casi le costaron la vida al emperador Guillermo. En España, un trabajador intentó asesinar al rey. En Italia, el cocinero Passamante apuñaló al soberano. La prensa libertaria nunca condenó estos asesinatos, que se consideraban gratuitos. No deseaban seguir los pasos de la violencia ciega.

Benjamin también dudó: «Sabemos que lo esencial, lo innegablemente útil si alguna vez lo hubo, no es matar la persona de un rey, sino matar a todos los reyes, los de las cortes, los de los parlamentos, los de las fábricas, en los corazones y en las mentes de los pueblos, para erradicar la fe en el principio de autoridad al que una gran parte del pueblo dedica culto».

Se propuso reunir a todos los residentes de *L'Expérience* para debatirlo. El plan era llegar a un acuerdo paso a paso, como si se estuviera compilando un diccionario. Empezaron con la palabra "*autoridad*", y Mathilde fue la encargada de presentar el tema. Pero desde el principio de la velada, cuando intentó explicar "Ni Dios, ni patrón, ni marido", el contable de Carrara la llamó socialista, el mayor insulto a sus ojos. Uno de los marineros españoles intervino: "¡Proudhoniana, marxista, hegeliana de derechas!".

Viernes interrumpió el debate, que amenazaba con ponerse feo, sugiriendo que nos sentáramos a comer. En el último minuto, añadió unos deliciosos champiñones a la ensalada, olvidándose de mencionar que eran alucinógenos. El ambiente se relajó de repente. El rosa estaba por todas partes, arcoíris entre los platos. Nos hizo abandonar la confrontación teórica. Coincidimos en el aspecto práctico; con eso bastaba. Todos nos partimos de risa.

¿Quién sabe cómo habría evolucionado nuestra cooperación si Don Alfredo de Rodt, nuestro subprefecto fantasma, no hubiera empezado a acosarnos? Al principio, solo fueron pequeñas molestias: alegó que la colonia contribuyera a la reparación del embarcadero, ya que se beneficiaba de la llegada de ciertas mercancías. *El Experimento* funcionó allí durante dos meses. Insistió en que se izara la bandera suiza, no la de nuestra orgullosa Oveja Negra. Mathilde se negó. Ordenó que le entregaran los troncos de nuestra tribu cortados en tres pedazos. La colonia expresó su desacuerdo. Los troncos se entregaron sin cortar.

El día que decidió imponer un impuesto anual de doscientos dólares a todos los habitantes de File, incluyendo a los niños, decidimos no cumplir. Entonces el señor feudal se enfadó y nos entregó un documento oficial, cubierto de todo tipo de sellos, con la intención de impresionarnos. Germaine empezó a cantar una vieja canción contra los berneses. Se remontaba a la época en que nuestros padres luchaban contra el prefecto Lombach.

Nos importan un bledo, Rodt,
tus grilletes, tus mazmorras
o la espada del verdugo,
pues este valle es un nido
de hombres valientes.
Deja que la espada duerma en su vaina,
Zinzin, rantanplan.
¡Vivan los rojos, abajo los blancos!

Nos recordó cuando, de niñas, nos subíamos a los hombros de nuestros padres mientras defendían al bueno del Dr. Basswitz. Recuerdos extraños. Ahora bien, ¿podría este pequeño rey que escribía sus memorias tener algo que ver con las tropas de ocupación bernesas?

Entonces, una de las niñas mayores, Alphonsine, contó que lo había encontrado cerca de su lúgubre palacio, siempre gruñón. Él le había preguntado de dónde venían en Suiza. Cuando mencionó el valle, el pequeño rey juró en alemán, golpeó el suelo con su bastón y se burló de ella: «Saint-Imier, lo sé». ¿Había formado parte de las fuerzas de ocupación? Eso explicaría su comportamiento. Para llegar al fondo del asunto, solo tenía que interrogarlo. Era simple, pero una mala idea. Mathilde se encargó de hacerlo. Una semana después, tras solicitar una audiencia, se inclinó ante él, señalando que era la hija huérfana del buen Dr. Basswitz, el refugiado judío en Saint-Imier. La provocación surtió efecto: juró en alemán, blandió su bastón y luego se retiró a su

ruinosa fortaleza. A partir de ese día, dejó de comunicarse con sus súbditos.

Como Mathilde le había contado la escena a Benjamin, este respondió desde Buenos Aires, donde había fundado un sindicato de panaderos. Nos instó a que fuéramos a buscarlo, diciéndonos a sus despreocupados amigos que lo que nos estaba sucediendo no le sorprendía en lo más mínimo. Por todo lo que le contamos, solo nos quedaba una cosa por hacer: hacer las maletas y regresar al continente, a la tierra de la gente razonable. Nos contó que él también se había enfrentado al poder arbitrario de los que mandaban: «Acabábamos de llegar a Tierra del Fuego en busca de oro cuando llegó un hombre que decía representar a una empresa dueña de los yacimientos auríferos. El gobierno argentino había vendido el monopolio minero a capitalistas que querían imponer sus propias reglas. Así que no tuvimos más remedio que abandonar ese país desolado y gélido. Para irnos, tuvimos que esperar al barco del gobierno, el único que atraca en Cabo Vírgenes cada pocos meses». La ruta terrestre que los separaba de los países habitados era un vasto desierto imposible de cruzar sin caballo y provisiones. Benjamin enfatizó la similitud entre nuestra situación y la suya: «La vida no puede estar separada; debe ser una lucha contra el estado actual del mundo. Este estado se encuentra

en su forma más aguda en las grandes ciudades, ya sea en Europa o en América».

Durante varios meses, no supimos nada más de nuestro pequeño rey, Alfredo I. Como aún contaba con apoyo en Santiago, hizo lo que hacen los militares cuando sienten amenazada su autoridad: presentó un informe denunciando la subversión que amenazaba la isla. Un grupo de terroristas se había infiltrado en el país, y él, el leal subprefecto, había proclamado el estado de emergencia y la nación estaba en peligro. Gracias a una familia de pescadores de langostas con quienes *L'Expérience* convivía, supimos lo que nuestro compatriota feudal le había contado a Valparaíso. Se estaba preparando una expedición militar para desalojar, encarcelar y masacrar nuestra colonia. Parecía increíble; ¿realmente tenía De Rodt tanto poder? Era demasiado tarde para que cualquiera de nosotros fuera al continente a aclarar las cosas. El subprefecto ya no abandonaba su fortaleza; teníamos que huir o resistir.

Los primeros en llegar a la isla, especialmente los italianos, favorecían la resistencia militar: secuestrar a Su Majestad, asediar. Pero ¿para defender qué? ¿Nuestras cosechas de cereales, nuestros huertos? ¿Un sueño isleño? ¿Propiedad colectiva? En algunas situaciones, el roble se quiebra cuando la caña se dobla. Otros miembros de la colonia creían que todo podía resolverse amistosamente. Izaríamos una bandera blanca y exigiríamos la destitución del subprefecto. No se trataba de votar; había que llegar a un consenso. Al

final, proclamamos que nuestro intento solo tenía posibilidades en el marco de un movimiento con apoyo global; daríamos un paso atrás para dar dos pasos adelante. ¡En el próximo barco, abandonemos la isla!

Adèle, su amante y sus cuatro hijos decidieron quedarse allí, protegidos entre los pescadores al estilo Robinson Crusoe.

La cooperativa, *L'Expérience*, les devolvió el favor mediante una escritura que todos firmaron, por si los tribunales llegaban a juzgar al tirano. Adèle nos dejó su cebolla. Por un golpe de suerte digno de Robinson Crusoe, un barco mercante acababa de fondear en la Bahía de los Ángeles para reparar la hélice; estaba a punto de zarpar hacia Tahití, un viaje que duraría más de un mes. Mathilde, la más astuta de nosotros, fue la encargada de negociar con el capitán. Exigió un precio razonable. Esa misma noche, con todo lo que podíamos llevar para semejante partida, subimos a bordo.

Mientras el pequeño rey se acurrucaba en su fortaleza en ruinas, probablemente solo se dio cuenta de que lo habían engañado a la mañana siguiente, cuando sacó su catalejo al pasar el barco. Recibió una señal desde la cubierta de popa, con nuestro orgulloso estandarte de la Oveja Negra ondeando. Imaginamos la llegada de los soldados, quienes le exigirían una explicación sobre la nación en peligro.

Tras dejar a Adèle Bourquin tan abruptamente, recordamos ahora lo que más nos importaba de ella: su belleza salvaje, su gusto por los hombres, sus dos partos en la isla donde solo quiso como partera a la esposa de un pescador. Más tarde, la pregunta volvería: allí, en la isla de Robinson, ¿había vuelto Adèle a cambiar de hombre?

En el barco, afortunadamente éramos más numerosos que los marineros irlandeses, quienes inicialmente se alegraron ante la perspectiva de tener algunas mujeres a su disposición. Las cuatro hijas de Lison, hermosas jóvenes de entre dieciocho y veintiún años, parecían presa fácil. Rápidamente les hicimos cambiar de opinión. Después de unas noches, quienes estaban interesados tomaron sus decisiones con libertad.

Todos los días en cubierta, nos reuníamos para interminables debates. «Una visión utópica volcada hacia el pasado, que nos convertiría en agricultores», decía Mathilde, «no queremos eso. Tenemos oficios; pasamos años aprendiendo las técnicas precisas, el saber hacer». Cada una en su esquina, sería incapaz de fabricar un reloj, lo que demuestra que para una sociedad futura será necesario dividir el trabajo, aprovechar la tecnología, los descubrimientos científicos.

Por centésima vez, estábamos teniendo la misma discusión entre quienes decían que, en la anarquía, solo necesitaríamos cubrir las necesidades básicas –comida y

ropa— y quienes (como yo, por ejemplo) querían que no renunciáramos a ninguna comodidad, que tuviéramos porcelana fina, máquinas de vapor, enaguas bordadas, hornos industriales y cocina gourmet. No íbamos a luchar para volver al estado de campesinos harapientos; lo queríamos todo, ya. A lo que los campesinos utópicos respondieron que ya no necesitaríamos muchas de esas cosas; nos daríamos un capricho con hierbas, bailaríamos descalzos. (¡Qué horror!, dije. Con esa actitud, ya ni siquiera sabremos hacer un reloj; tendremos que volver al reloj de arena. ¿Y qué?, dijeron los demás. Viviremos sin horario, todo el día para nosotros).

Una vez más, cada uno de nosotros tuvo que replantearse su vida. Al acercarse la siguiente escala en Papeete, la capital de Tahití, tuvimos que decidir: ¿continuar hacia Australia, regresar a Sudamérica, regresar a Europa? ¿O dejarnos llevar por la casualidad, dar tres vueltas al mundo para finalmente encontrar la panadería universal que hornearía el pan del paraíso en la Tierra? Nadie había renunciado a sus ideales, pero cada uno de nosotros llevaba dentro esta especie de alegre ansiedad en forma de pregunta: ¿seríamos testigos de la gran conmoción mundial en nuestra vida? (En cuanto a mí, solo yo mantuve la compostura notablemente fría, conteniendo mi entusiasmo).

Nuestros amigos colonos se decidieron por Australia, excepto el contador de Carrara, que quería seguir a Germaine, y el carpintero de Florencia (quien, tras

cortejarme, cortejaba a Blandine, y luego a mí otra vez, sin ninguna posibilidad de éxito). Viernes, por su parte, decidió establecerse en Tahití. Lo extrañaríamos mucho, sobre todo a las cuatro hijas de Lison.

Así que quedábamos tres relojas, una panadera, dos pretendientes italianos, cuatro jóvenes y el hijo de Emilie. Todo este grupo decidió esperar un barco a la región argentina, programado para dos semanas después. Cabe mencionar que Mathilde, que soñaba con volver a ver a su Benjamin, nos animó con descripciones líricas a poner rumbo a Buenos Aires.

Capítulo VII

HACIA BUENOS AIRES

Donde Blandine, después de seguir a los emigrantes hasta Buenos Aires, encuentra un pretexto para dejarlos y regresar a su país sin que su partida constituya una pérdida muy grande.

Así que era 1888, y llevábamos quince años viajando por el mundo. Mathilde, la más joven, tenía treinta y dos años; Blandine, la mayor, cuarenta y cinco; Germaine, cuarenta y uno; y yo, Valentine, cuarenta y tres. En la siguiente generación, Max y las cuatro chicas Gigon estaban en la edad de sus primeras pasiones políticas y románticas.

Tuvimos que enfrentarnos una vez más a las latitudes extremas, donde los océanos se enfurecen. (Ya no recuerdo el nombre de nuestro barco; solo recuerdo que el capitán era alemán). Un mes después de dejar la nueva colonia francesa de Tahití, cruzamos de nuevo el Estrecho de Magallanes. Navegando frente a Punta Arenas, nos topamos de nuevo con los vientos patagónicos y una ciudad próspera que había crecido en cinco años. Nuestro barco no atracó en ningún puerto. ¿Pero cómo estaba Jeanne? Noches enteras sin dormir: el aleteo de las velas como el relincho exhausto de un caballo insomne, las escotas silbando con el viento que arrecia al amanecer. Dejamos el océano Pacífico para dirigirnos al Atlántico.

En el sur de la Patagonia argentina, pasamos tres días atracados en Río Gallegos. Conocimos a dos familias de compatriotas, arruinadas por la industria lanera. Dos padres, dos madres y dos grupos de cinco hijos se preparaban para regresar a Suiza, diciendo que la relojería prosperaba allí y que los sindicatos florecían. Mucho después, supimos que su regreso había terminado trágicamente: todos se ahogaron en las Azores.

Tras unas semanas más navegando por la costa argentina en un barco cargado de diversas mercancías y con marineros bebiendo a escondidas, llegamos al Río de la Plata. El tráfico marítimo era tan intenso que nos llevó varios días encontrar un amarre en los muelles de Buenos Aires. Estábamos ansiosos por desembarcar, decididos a encontrar lo

suficiente para comer y construir una vida que finalmente nos permitiera escribir una carta a la gente de Saint-Imier, terminando con: «Todo bien, vengan pronto».

Nos maravilló ver barcos de todos los rincones del mundo descargando su carga: azúcar, especias, cacao, piedras medicinales, pieles curtidas, plumas exóticas. Nos asombraron los fardos de resina de látex, el crujido de los granos o el café en los sacos, y los mayoristas y transportistas, que no paraban de hablar de negocios.

Finalmente desembarcamos y nos llevaron al Hotel de Inmigrantes, un enorme edificio a la salida del puerto. Era imposible salir sin el patrocinio de un familiar o conocido que informara a los agentes de aduanas. Pasamos tres semanas allí entre cientos de inmigrantes, procedentes de Polonia, Alemania y, sobre todo, Italia, cargados con bebés y equipaje, vestidos para el invierno, temblando de fiebre en pleno verano y sin entender ni una palabra de español.

Aquí, Europa expulsaba a su excedente de indigentes. Construyó ferrocarriles en su territorio, desarrolló sus puertos, expandió sus barrios adinerados y estableció fábricas para atraer a viticultores, pastores y pequeños agricultores, mientras que al excedente, a los pobres, a los marginados, los enviaba a buscar fortuna en el extranjero, descargándolos en los puertos de América. Diariamente, desembarcaban en masa de barcos que perpetuaban las clases sociales: la primera, distinguida; la segunda, apenas

mimada; la tercera, repleta y pestilente. El pastor Grin se había referido a ella como el remanente de la ira divina, escupida en los muelles de Buenos Aires.

Escuchando a un empleado pronunciar el nombre de Errico Malatesta, nos pusimos alerta. Era nada menos que nuestro querido corresponsal, Benjamin. En Buenos Aires, este camarada, admirado por todos, organizaba el sindicato de panaderos, lo que hizo temblar a la burguesía y enfureció a la policía. Como no queríamos dejarnos engañar por organizaciones benéficas francesas o suizas, que nos habrían convertido en empleadas domésticas en los barrios ricos, le enviamos dinero a Benjamin para que nos ayudara a salir de ese hotel mugriento, infestado de alimañas en los colchones.

Dos días después, el supervisor de piso nos citó en su oficina. Muy amable, selló nuestros documentos, nos dio la bienvenida a su país y luego nos confió a un joven italiano para que nos llevara al distrito de San Telmo a ver un apartamento grande y vacío. Con aire conspirador, este joven explicó que era para nosotros. La sugerencia había venido de Errico. Los propietarios, como todas las personas adineradas del barrio, se habían mudado a varios kilómetros de distancia, hacia Palermo. Temían, con razón como veríamos, las epidemias de cólera que azotaban las estrechas calles del puerto, y preferían administrar sus asuntos desde su elegante retiro, sin bajar más a cobrar las rentas de sus propiedades ocupadas. Nos instalamos en amplias habitaciones con vistas a un patio lleno de flores,

con la sensación de ser huéspedes en la casa de los ricos, a pesar de que el agua corriente había sido cortada.

Mathilde era la más decidida de nosotras, la de ideas más claras, pero la que llevaba una vida más modesta. Los porteños, los habitantes de Buenos Aires, se giraban para mirarla a su paso. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, buscaban su mirada. Una mañana, gracias a su sonrisa, encontró trabajo en una panadería industrial. Si el jefe hubiera sabido que al día siguiente estaría distribuyendo volantes sindicales a escondidas...

Germaine se asoció con una vendedora ambulante de verduras. Se levantaba a las tres y media de la mañana para comprar sus productos en el mercado, recorriendo las calles con su carrito de dos ruedas, gritando a gritos los precios de sus calabacines, tomates, berenjenas y zanahorias en italiano, francés y español. En cuanto a Blandine y a mí, ya acostumbradas a todo tipo de trabajos, solo tardamos unos días en encontrar trabajo: ella con un yesero y yo con un relojero.

El hijo de Emilie, Max Ketterer, de dieciocho años, encontró trabajo en el puerto. Una hora antes del amanecer, se presentaba en una plaza donde los capataces venían a reclutar para la jornada, siempre que uno tuviera fuerzas. Lo contrataban siempre. De vez en cuando, traía una bolsa de café o azúcar de regalo, sobrante de algún cargamento. Aprovechábamos al máximo el excedente. Albertine,

Alphonsine, Anna y Alice, a quienes llamábamos las chicas Gigon, ayudaban a los pescadores cuando llegaban los barcos y les pagaban en pescado. Al cabo de un mes, perdimos al carpintero de Florencia y al contable de Carrara. La gran ciudad no les convenía. Se tapaban los oídos con algodones. Más tarde, embarcaban hacia Génova, aprovechándose de un capitán que simpatizaba con nuestra causa anarquista.

Nos turnábamos para encontrar comida para cada noche y pan y sopa para cada mañana. Los domingos íbamos a la reunión política. Allí afianzamos nuestra convicción de que la utopía capitalista, costosa y dañina, era la peor de todas. No queríamos ser terratenientes en América ni feos como un jefe de Longines. Aspirábamos a la belleza, a una vida libre y digna. Una vez más, mirábamos al futuro con una amplia sonrisa. Mathilde había encontrado a Benjamin, que se escondía en la ciudad, buscado por la policía por delitos que no había cometido. Planeamos invitarlo en secreto para discutir todas las ideas de sus cartas. Preparamos nuestros argumentos y lo esperábamos con gran expectación.

Un día, Mathilde llegó a casa muy triste y nos avisó que no veríamos a Benjamin. Rodeado por los secuaces de Falcón, el jefe de policía, solo tuvo tiempo de subirse de noche al bote de un amigo pescador para cruzar el Río de la Plata, de unos cuarenta kilómetros de ancho. Más tarde, desde Montevideo, viajaría a Europa: Niza, Londres, España. Aún perseguido, sería capturado y deportado a la isla de

Lampedusa, desde donde escaparía a Túnez, Malta, Cuba y Nueva York. Su siguiente carta, triunfante sobre el desarrollo del anarquismo, nos llegaría desde Londres.

Como Germaine sabía reparar relojes, Benjamin pensó que sabría cómo arreglar su máquina de escribir, dos de cuyos ejes estaban rotos por el uso excesivo: el que formaba la letra E y el que marcaba el punto. Aun así, se podía leer, añadiendo los puntos y las E a mano. Esto permitía que todos, incluidos los secuaces, supieran qué máquina de escribir se había usado. Germaine la restauró; Benjamin nunca la recuperará. Nos había aconsejado que cuidáramos su Remington, con permiso para usarla, pero solo para textos políticos. La usaremos para artículos en un periódico bastante anarquista y para contarles nuestras aventuras.

Nunca supimos, ni intentamos averiguarlo, de quien se había quedado embarazada Mathilde en ese momento. Repetía una y otra vez lo que Benjamin nos había escrito una vez sobre su vida como revolucionario: «Tenemos hijos cuyo padre desconocemos, y no importa». Una amiga partera vino a nuestro encantador apartamento para asistir en el nacimiento de la niña, a la que llamamos Louise en recuerdo de nuestro encuentro con Louise Michel en *La Virginie*. La heroína de Blandine había regresado a Francia, tras haber ayudado a los canacos de Nueva Caledonia en su lucha por la independencia.

Benjamin, en una carta excesivamente cariñosa, nos felicitó por la elección del nombre, y pensamos que podría haber influido en el embarazo de Mathilde. Cuando amamantaba a la pequeña Louise, sus compañeros argentinos, avergonzados, apartaron la mirada. Louise caminó a los once meses, habló a los veinte y aprendió a leer y contar a los cuatro años. Pronto habló francés, español e inglés gracias a una amiga de la escuela pública de la que se hizo inseparable. Cantó "*La Rouge*", "*Diez Pequeños Indios*" y también:

¡Levantaos, levantaos, compañeros de miserias!

¡Ha llegado la hora, debemos rebelarnos!

¡Que la sangre corra y enrojezca la tierra!

¡Pero que sea por nuestra libertad!

¡Estar parados es retroceder!

Nos quedamos parados por filosofar demasiado
(*solisofar, decía la pequeña Luisa*).

¡Levántate, levántate, viejo revolucionario!

Y la anarquía finalmente triunfará.

Para el vigésimo cumpleaños de Max en 1890, organizamos un picnic en un embarcadero que se adentraba en el mar a la salida del puerto comercial. Recordamos el décimo cumpleaños de Max, el picnic en el césped de Punta Arenas, cuando solía burlarse de nosotros por no saber de dónde vienen los niños ni adónde van las nubes.

Una tarde en el hemisferio sur. Algunas nubes, abandonadas por el sol ya gris, otras iluminadas en tonos rosados y morados. Unas cuantas columnas de humo rebeldes se recortan contra la hermosa línea horizontal que forma la parte inferior de una nube estrato lejana y coloreada. El Río de la Plata presenta un mar sin espuma, solo un suave oleaje contra el malecón. Estamos en fila, en fila, con los pies colgando en el aire. Los amigos de Max, unos diez, han abierto un barril de cerveza y brindan por la salud de la revolución social. Nosotros, los de la otra generación, brindamos por la agonía de la burguesía. Somos unos cuarenta en total, pasando vasos y platos. De mano en mano, pan, queso, salchicha. Euforia de sábado por la noche, un sentimiento de unidad, de fuerza, chistes fáciles sobre nuestro tema favorito: la liquidación. Liquidación de la sociedad patriarcal, su policía, su ejército, liquidación de nuestras deudas, del trabajo asalariado, de la renta, de nuestras costumbres esclavistas.

La luz se desvanece y la hilera de farolas ilumina gradualmente el contorno del puerto. En las aguas oscuras, pequeñas embarcaciones se apresuran entre las siluetas achaparradas de los barcos que esperan ser cargados o descargados. Las golondrinas rozan la superficie del agua, ahuyentando a los últimos mosquitos.

"Liquids clearance" (liquidación de líquidos), anuncia Mathilde, alzando su copa antes de leernos un extracto de la última carta de Benjamin. Estaba en plena forma: "Ser

gobernado es ser, en cada operación, cada transacción, cada movimiento, anotado, registrado, contado, tasado, sellado, medido, patentado, licenciado, autorizado, apostillado, amonestado, prevenido, reformado, rectificado, corregido". Brindamos por la salud de nuestro eterno fugitivo.

Al final del embarcadero, el faro giratorio se enciende; las gaviotas duermen, o al menos han dejado de llorar. Los barcos solo se vislumbran gracias a los faroles que cuelgan de los mástiles y de la cubierta. Estrellas lejanas, faros o luciérnagas: todo se funde. La brisa terrestre refresca la suave tarde.

Max, quien se había convertido en la brújula moral de nuestras conversaciones, señaló que la liquidación por sí sola no nos llevaría muy lejos; aún necesitábamos discutir los medios, cómo arrebatarse el poder a las autoridades. Otra ronda de cerveza, algunas exclamaciones sobre la belleza de la velada, el placer de celebrar y estar juntos con ideas compartidas.

Entonces, ¿cómo logramos la liquidación? Blandine cree poder ofrecernos el credo libertario: para preparar la liquidación, necesitamos una conspiración. Sí, dice Max, pero una conspiración a plena luz del día. Aplausos. Así nació esta idea. Más tarde, cuando el coronel Falcon nos acuse de conspiradores, responderemos: Conspiradores, ni que decir tiene, pero a plena luz del día.

Hacia el final de aquella fiesta de cumpleaños, bailaba con un joven que debía de ser al menos veinte años menor que yo. Nuestra noche continuó con una visita a un pequeño bar en el puerto, y luego a una habitación de estudiantes donde despertar era agradable. Me invadía una felicidad sencilla, muy alejada de todas las expectativas que depositaba en mí misma en cada encuentro. El joven, de espíritu libre y originario de Montenegro, no me prometió nada, solo sugirió que nos volviéramos a ver. Para tranquilizarme, imaginé que se parecía al hombre del que me había enamorado en el puerto de Brest. Seguimos viéndonos, normalmente los sábados por la noche; no pedí nada más. Como buenos bailarines, solo íbamos a su casa cuando estábamos completamente exhaustos.

Cuando lo llamaron al servicio militar, me dijo que desertaría, que huiría a Estados Unidos. Apenas me sentí triste en nuestra última noche juntos, susurrándole al oído unas palabras que no repetiré aquí. Mi aflicción –mi incapacidad para amar– se curó. Tras unas semanas sin él, sentí la necesidad de volver a enamorarme. Esta vez, no se lo debería al capricho de un marinero bretón. Ahora me encontraba capaz de apreciar tanto la soledad como los nuevos encuentros, el amor y un toque de anarquía.

Sobre este tema, quisiera recordarles que en el amor no se puede mandar, o al menos, una vez que se arraiga, actúa a su antojo. Lo experimenté en carne propia, habiendo cultivado la soledad y romances fugaces hasta casi los

cuarenta, solo para encontrarme un día atrapada por una pasión devastadora. Dos años después del incidente del desertor montenegrino conocí, en un mitin en la plaza Lorea, al hombre que cambiaría mi vida para siempre. Llevaba una gorra roja, un pañuelo negro y un chaleco bordado al estilo de los judíos ucranianos. En lugar de mirar al estrado, miraba constantemente hacia el cielo despejado, apenas perturbado por algunas nubes. Su comportamiento me intrigaba. ¿Qué buscaba?

Al notar que lo observaba, sonrió y, como disculpándose, dijo: «Es mi trabajo». Fingí no entender que me hablaba a mí. Pero continuó: «Es mi trabajo, sí. ¿Ves esa línea de nubes ondulantes y peinadas a gran altura? Es la señal del pampero, el viento que nos llega de la pampa. En quince minutos bajará la temperatura; tendremos que resguardarnos de la borrasca». No respondí. Fingí interés en el orador que gesticulaba. Sigilosamente, seguí observando a ese extraño sujeto que miraba al cielo. Quince minutos después, el aire se volvió repentinamente frío, el cielo se oscureció, una terrible ráfaga de viento azotó la plaza y la lluvia, y luego el granizo, interrumpieron la reunión.

Por pura suerte, me encontré con el observador de nubes bajo una puerta y le dije: «Entonces, tu profesión es bastante útil». Se presentó: «Me llamo Arsène y trabajo para el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, en la sección de nefología, la ciencia de las nubes». Mientras el granizo rebotaba en la acera, tuvimos que apretujarnos.

Arsène olía agradable, como a ropa lavada al sol, y tenía una sonrisa pícaro y una sencillez encantadora. Le dije cuánto admiraba su pericia. Charlamos sin apartar la vista el uno del otro, mientras el cielo caía a cántaros, manteniendo a todos ocupados. Quince minutos después, me explicaba la nueva distribución de las masas de nubes que aparecería una vez que pasara la borrasca. En pocas frases, comprendí que su pericia no era magia. Me señaló que existía una clasificación de las nubes según su altitud, forma y color, y también me habló de la sudestada, otro viento cuyos efectos en Buenos Aires sabía predecir.

Pensé: «Prácticamente lo estoy devorando con la mirada; debe pensar que soy ridícula». Lo que pensaba lo supe más tarde, cuando nuestra relación se volvió seria. Arsène me dijo entonces: «Te amé a primera vista». Pero aún no habíamos llegado a ese punto. Nuestra conversación se interrumpió cuando le pregunté: «¿Entiendes adónde va el blanco de la nieve derretida?». Respondió que nunca había visto nieve en su vida. Me rodeó los hombros con el brazo para ayudarme a recostarme y a volver a ver el cielo, sus nubes y el placer de nuestro encuentro.

No te lo voy a explicar. Durante una semana entera, solo me preocupé por Arsène, por él. Políticamente, decía no tener opinión, lo cual suele ser una característica burguesa, según Mathilde. Pero no importaba, era tan encantador. Se había criado en Francia, emigrado con su familia a San Francisco y se había especializado en esta nueva ciencia: el

estudio de las nubes, desde su nacimiento hasta su desaparición. Cabello rojo, ojos azul profundo, pecas en una nariz ligeramente respingada, manos bonitas, una mirada un poco perdida... en las nubes. Me encantaba mirar con él en la misma dirección. Incluso me sentí un poco sentimental. El colmo de la ironía, ¿verdad?

Nueve días y nueve noches después de nuestro encuentro, Arsène tuvo que embarcarse para continuar su misión de observación. Planeaba regresar a Buenos Aires dos meses después. Cuando leí en el periódico que, frente a las Islas Malvinas, una misión meteorológica estadounidense se había acercado demasiado a una ola sin dejar sobrevivientes, me embargó una risa terrible que se convirtió en sollozos y luego en lágrimas. El pampero, como ven, es ciego, como la injusticia.

En las calles y cafés de Buenos Aires, la libertad de las mujeres estaba severamente restringida. Las únicas que podían andar libremente eran las prostitutas. Pero queríamos acabar con eso, poder salir sin ser molestadas, incluso con un cigarrillo en la boca. Nos había llegado un periódico de Saint-Imier que decía cosas similares: "*L'Exploitée*", *el periódico de las mujeres que trabajaban en fábricas, talleres y hogares*. Nuestros amoríos no se mantenían en secreto ni se exhibían públicamente. Cierta grado de discreción se consideraba esencial para la libertad

de cada mujer. Germaine no ocultaba que se quedaba fuera toda la noche por un bailarín de tango. Le encantaban esos ritmos frenéticos, el roce de las faldas y ser zarandeada, sostenida por su pareja.

En el barrio de San Telmo hicimos muchos amigos nuevos. Compartían ideas con nosotros, como las de Benjamin. El mundo, tal como era, con sus especuladores y estafadores, estaba a punto de derrumbarse. Los domingos, en la reunión, alguien gritaba: "¡Jefes, burgueses, solo unos meses más!". La asamblea se unía al coro. Con estos inmigrantes de todo el mundo que llegaban a diario, nos sentíamos increíblemente poderosos. Ahora, gracias al privilegio de vivir en la ciudad, teníamos tanto vida social como nuestros propios espacios privados. Blandine a veces pasaba una noche fuera, nuestras hijas se sonrojaban cuando mencionábamos a sus bailarines de tango, y Mathilde se encerraba por las noches para escribir largas cartas, sin duda a Benjamin. Cada uno de nosotros tenía derecho a su privacidad, incluso si eso significaba decir pequeñas mentiras para protegerla.

Alrededor de la mesa, en nuestro amplio apartamento burgués, manteníamos discusiones acaloradas sobre todo tipo de propuestas para el futuro. ¿Cómo serían los hospitales, las escuelas y la agricultura? ¿Quién decidiría qué? ¿No habría gobierno alguno, o solo unas pocas loterías? ¿Quién se encargaría del mantenimiento de las carreteras, de la entrada de barcos al puerto y de alinear las tumbas en

los cementerios? Alinearlas, ¿por qué? Al hablar de nuestras otras vidas, en Punta Arenas, en Talcahuano, en la isla, reconocimos que esta, por fin, nos convenía.

El debate entre el pacifismo y la acción violenta seguía sin resolverse. No había consenso en nuestras asambleas locales. Cuando Ravachol, quien había colocado bombas en el rellano de las habitaciones de sus jueces burgueses, fue capturado y guillotinado, una extraña solidaridad lo transformó en un mártir que había sacrificado su vida por el bien común. En Rusia, se habían reivindicado más de dos mil asesinatos políticos. ¿Debíamos justificar este movimiento, apoyarlo, imitarlo?

(No estaba de acuerdo con la postura de Mathilde, que menospreciaba la vida de los políticos, diciendo que a ellos mismos no les importan mucho nuestras vidas. Hacer que prevalezca la justicia, alejar al enemigo es una cosa, pero matarlo es otra. Incluso hoy tengo escrúpulos, como veremos más adelante.)

En contacto con la gran ciudad, nos radicalizamos, lo que literalmente significa *ir a la raíz del problema*. Desde el primer número de enero de 1896, en *La Voz de la Mujer*, proclamamos "Nuestras Propuestas". Queríamos "nuestra parte de los placeres en el banquete de la vida". Y además: "Ni Dios, ni jefe, ni marido". Nos encontramos junto a las judías españolas, italianas y rusas, doblemente marginadas, por ser mujeres y por ser anarquistas. Adoptamos un

nombre que enfureció incluso a nuestras compañeras más fieles: "Unas Pocas Mujeres Despreocupadas". Solo que, decían, deberíamos habernos preocupado por los niños, las tareas del hogar y vestirnos bien antes de ir a bailar tango con ellas los domingos por la tarde.

Nos reunimos para escribir, para expresar lo que teníamos en la mente y no solo lo que sentíamos por dentro. Mathilde tenía las ideas claras: «Solo la revolución social es capaz de barrer con el clero, el gobierno, la autoridad, el capitalismo, los códigos, las leyes, el poder judicial y todos esos holgazanes inútiles que no producen nada y se lucran de todo a nuestra costa». (A lo que recuerdo haber añadido, con cierta grandilocuencia: «Tomar la pluma, qué difícil tarea es para nosotros, que nunca hemos pisado un aula universitaria y que somos simplemente proletarios».)

Nuestras hijas sentían debilidad por los hombres del Tesino, quizá porque eran tan guapos como los italianos, solo que menos bulliciosos. O quizá porque sabían algo de francés y hablaban del mismo país. El suyo, sin embargo, es más agreste que el Jura y huele intensamente a castaño. Eran más socialistas que anarquistas –la perfección no es de este mundo–, pero afirmaban que en menos de un siglo las mujeres tendrían derecho al voto, incluso en Suiza. A nosotras no nos importaba el derecho al voto, pues éramos todas antiparlamentarias.

Entre los hombres del Ticino, no especialmente reacios a las mujeres, nuestras hijas cortejaron a un apuesto joven. Nacido en lo profundo de un valle escarpado, era el decimoctavo y último hijo de una familia que ya había perdido seis hijos para cuando él nació. Por lo tanto, era solo el duodécimo; su padre tenía cincuenta y cuatro años, su madre cuarenta y tres. No eran pobres; los dos primeros hijos de la familia habían estudiado ingeniería. Antonio tenía quince años cuando murió su padre. Unos años más tarde, se encontró huérfano con un tremendo deseo de viajar. Anhelaba conocer la India, China y Japón, pero su tutor decidió lo contrario. Como la familia tenía un tío en América que había amasado una fortuna, debía reunirse con él.

Por lo tanto, Antonio ofreció sus servicios a este pariente que había comprado quinientas mil hectáreas en la pampa y otras tierras vírgenes en las afueras de Buenos Aires, apostando a que algún día la capital federal se extendería hasta allí. Había bautizado las urbanizaciones que revendió a sus compatriotas como Villa Lugano.

Cuando Alice, la menor, se casó con el joven del Tesino, se unió a él en Villa Lugano, se estableció y se hizo burguesa. Convertida rápidamente en dama, afirmó ser argentina. Se puso de moda hacer el chiste: las francesas descienden de los galos, las suizas de los helvéticos y las argentinas del barco. Las mujeres del Jura lamentaban que su hija menor hubiera elegido esa vida. Mathilde estaba furiosa, diciendo que la pobre Lison jamás lo habría tolerado. Las cuatro

hermanas menores nos reprochábamos no haber compartido nuestro anhelo de una vida diferente. El estilo de vida burgués había seducido a Alice. Aun así, todas fuimos a su boda, como para despedirnos: «Ven a vernos cuando quieras». Se percibe cierta incomodidad en la fotografía tomada ese día.

Para las demás chicas, las cosas fueron más sencillas. Alphonsine y Anna tuvieron hijos sin preocuparse por los lazos del matrimonio. Albertine permaneció sola, un poco como yo a su edad.

Por aquella época, las relaciones entre anarquistas y socialistas se tensaron. Un día, cuando fuimos a escuchar a un orador alemán en un club socialista, dijo que en su país ya no era aceptable permitir que los anarquistas participaran en sus reuniones. En ese momento, una voz clara y fuerte, la de Mathilde, empezó a cantar "*Hijos del Pueblo*", nuestro himno libertario con su letra vibrante y provocadora. Hubo insultos y amenazas. Se hablaba alemán, español, italiano y francés. La policía salió corriendo a la calle, disparó al aire y arrestó a unas diez personas que no corrieron lo suficientemente rápido. Al día siguiente, los lectores de la prensa sensacionalista se enteraron de que en Buenos Aires, anarquistas y socialistas se enfrentaban. Más tarde, la división se completó. Se centró en el reconocimiento del concepto de patria. Para los anarquistas, la organización se

basaba en la región: la región argentina o chilena, y no Argentina o Chile como patria.

Un día, en 1901, Blandine recibió malas noticias de Saint-Imier. Papá Grimm había fallecido, siguiendo a su esposa, y si quería ver a nuestra última hermana, con quien mantenía correspondencia regular, tendría que cruzar el Atlántico. Ahora, con la comodidad de la segunda clase, incluso podía esperar evitar el mareo durante todo el viaje. La animamos. Llevaría noticias nuestras y volvería para contarnos cómo era la vida en el valle. La convencimos, nos regaló su cebolla y, al marcharse, nos dijo que Bram, un yesero socialista belga, la acompañaba. Eran amantes y pasaban mucho tiempo bebiendo.

Puse freno a mi hermana mayor. Entre las hermanas Grimm, no todo era color de rosa, como sabéis. Discutíamos. Siempre empezaba con comentarios de Blandine, quien, aprovechándose de su edad, esperaba que siguiera sus consejos. Esto podía llevar a peleas serias. El problema de tener una hermana mayor: no había manera de alcanzarla y algún día ser la mayor en su lugar. Siempre estábamos celosas la una de la otra, como si nuestra madre aún viviera para arreglar las cosas entre nosotras, cada una afirmando tener razón en detalles triviales. Las peleas nunca duraron, salvo aquella famosa vez en que Blandine bebió demasiado y defendió la agenda política de su pareja, que buscaba tomar el poder en lugar de destruirlo.

Dos meses después de su partida, Blandine y Bram enviaron noticias. Tras llegar a París en el nuevo tren desde Le Havre, se enteraron de la muerte de nuestra hermanita. Se preguntaban si valía la pena ir hasta Vallon, que, en esa época del año, seguramente estaría cubierto de nieve. Su larga carta terminaba con comentarios sorprendentes. Querían ir a Bélgica, donde Bram pretendía presentarse como candidato en una lista socialista patriótica. Esperábamos que hubieran bebido demasiado como para escribirnos semejantes disparates.

(Fue entonces cuando un día me informaron que Arsène estaba vivo, pero atrapado en el puerto en cuarentena. La misión en la que había participado no era la de las Malvinas. Había seguido una corriente marina hacia el norte, hasta la latitud de Canadá. Su barco había quedado atrapado en el hielo, de ahí su larguísima ausencia.

El reencuentro tras la cuarentena fue mágico. Arsène regresó encantado de haber visto nuevas nubes, como un explorador que hubiera descubierto una nueva especie de loro. Ofreció descripciones entusiastas: Era justo mediodía y apareció una nube, redonda como la luna; bueno, exagero.

Estaba relatando la aurora boreal que había presenciado al otro lado del mundo. Describió con detalle los filamentos plateados, el brillo en plena noche, como fuegos fatuos en

un cementerio. Al pensarlo, dijo, qué armoniosa puede ser la naturaleza, ¿por qué no los humanos? En sus brazos me sentí segura, feliz.

Cuando se fue, me sentí triste, pero confiada: volvería, lo necesitaba ahora.)

Capítulo VIII

DE AMOR Y DE MUERTE

Donde Germaine, una relojera amenazada por el cólera, revela a sus entristecidos amigos que el amor de juventud que llevaba en su corazón solo morirá con ella.

Germaine fue la primera de nosotras en llevar el pelo corto. Lo dejaba justo para recogerlo y lo recogía cuando quería una mirada severa. Por lo demás, lo dejaba suelto, cortándosele si le caía en los ojos. Su nariz ligeramente respingada le daba un aire travieso que había cautivado a muchos hombres, pero no dejaba entrever las lágrimas que le brotaban con facilidad: sopa de calabaza quemada, un gato perdido, la mera mención de una injusticia. No lloraba por sí misma, sino por las emociones abrumadoras que

experimentaba a pesar suyo. Se le veían los ojos llenos de lágrimas y escondía su bonita nariz en un pañuelo. Todo lo contrario de la risa estruendosa de Jeanne, que perdimos. Aun así, su infelicidad nunca duró.

Tenía la costumbre de responder a las insinuaciones de cualquier hombre que la mirara. Se veía cómo se le nublaban los ojos, cuánto cambiaba su voz. "¿Otro?", decía. Y respondía: "¿Por qué debería negarme?". A veces también decía que todo se explicaba por su trabajo como reguladora de relojes. Implicaba cuidar cada parte del reloj, desde el volante hasta la espiral. Decía: "Regulo mi vida; pruebo a todos los hombres".

En relojería, ella era la más hábil entre nosotras, practicando su oficio con el orgullo de una mujer trabajadora. Para ella, un reloj de cebolla no era solo un tesoro, sino el resultado de la experiencia colectiva. Ninguna de nosotras podría fabricarla sola. Nuestras habilidades combinadas, decía, son complementarias; el regulador es solo un eslabón de la cadena. La relojería, bien entendida, solo puede ser anarquista, porque requiere que todos seamos libres y unidos. Así que, seamos claros: los camaradas marxistas son renegados.

En Europa, los anarquistas habían sido expulsados de la Internacional por la coalición de secuaces de Karl Marx. Karl Kautsky, Jean Jaurès, Paul Lafargue, Auguste Bebel y Rosa Luxemburg habían obligado a personas como Benjamin a

escuchar la terrible declaración: «Solo quienes declaran y reconocen la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria pueden ser miembros de la Internacional. En consecuencia, los anarquistas están excluidos». Así, los burócratas del socialismo se unieron a la vieja maquinaria burguesa. Benjamin terminó su última carta con amargura: «En la topografía, uno no va adonde quiere ir, sino adonde lleva el camino que ha elegido».

Quedamos tres orgullosas anarquistas. (Acepté que me llamaran así en cuanto mi hermana ya no estuvo). Éramos solo tres, pero mil mujeres de la ciudad se parecían a nosotras, con un pañuelo negro, no en la cabeza, sino alrededor del cuello.

Como Germaine, la relojera, estaba aburrida de su trabajo, la ayudamos a montar un taller de reparación de relojes, al que llamó, por supuesto, la Oveja Negra. Solo un banco de trabajo y una caja fuerte bien sellada, en el límite de los barrios burgueses que serían su clientela. Guardamos bajo llave nuestro tesoro de guerra: siete relojes. Faltaban los de Colette, Juliette y Lison. Nos sentíamos agobiadas por esta riqueza, guardada para una gran ocasión: la experiencia definitiva. ¿La reconoceríamos siquiera cuando llegara? ¿Llevada en alas de la insurrección o por el regreso de Benjamin? ¿Seguirían siendo necesarios los relojes después, cuando la historia, la gran narrativa, fluyera en una dirección más favorable para las aves migratorias?

Estas eran las preguntas que nos planteábamos cuando surgió un nuevo enigma. Un buen día en el Black Sheep, un caballero elegante, sin duda atraído por nuestro cartel: «*Reparación de relojes suizos y franceses*», sacó un estuche de su bolsillo. Germaine lo abrió, ¿y qué vio? La famosa marca que significaba «algunas mujeres despreocupadas» y una segunda marca, un arañazo en el sello que identificaba el objeto como perteneciente a Lison, estrangulada en Talcahuano. Le informaron al dueño que su reloj necesitaría una revisión completa; que podría volver en dos semanas a recogerlo. Pero ¿dónde lo había comprado? No dudó en decir que fue un golpe de suerte. Su amigo tenía dos modelos idénticos y le había regalado este. ¿Y quién era este amigo coleccionista? Ante estas palabras, el cliente dijo: «No, eso no es asunto suyo».

Este comportamiento nos puso en alerta. Alguien tenía dos relojes 20A, uno de los cuales había pertenecido a Lison. ¿Y el otro? Germaine lo desarmó, lo limpió, lo engrasó, lo ajustó y lo volvió a armar. Cuando su dueño vino a recogerlo, le preguntó si no lo vendería o lo cambiaría. Fue inútil; estaba decidido a quedárselo. Mathilde, que estaba en la tienda, siguió al cliente hasta la calle. Más tarde, dijo haberlo visto entrar en la comisaría. El guardia se puso firme, como es costumbre en una persona importante. No nos llevó muy lejos.

Una noche, nos dimos cuenta de que Mathilde no estaba por ningún lado. Como había organizado una huelga de panaderos, esperábamos con impaciencia su aparición. Pero durante la noche, sus compañeros vinieron a preguntar dónde podría estar. Al día siguiente, al amanecer, la llevaron de vuelta al apartamento en San Telmo, escoltada por cuatro gendarmes, para registrarla. Incluso después de abrir nuestros colchones, no encontraron nada. Se la llevaron de nuevo sin dejarnos hablar con ella. La esperamos dos días. Sus compañeros dijeron que lo estaba pasando muy mal.

Al final, tuvimos que ser valientes. Germaine y yo fuimos a la comisaría central: queríamos ver a Mathilde, saber si estaba viva. Un hombre arrogante nos hizo registrar la entrada. Por suerte, no llevábamos nada encima. "¿Qué quieren con Mathilde Basswitz?", preguntamos. "Queremos saber por qué la han arrestado".

El tipo no respondió, salió de la habitación y nos dejó esperando una buena hora antes de regresar con su jefe. Este hombre, que se presentó como el coronel Falcon, se parecía exactamente al capitán de policía que conocimos en Talcahuano cuando murió Lison: la misma altura, el mismo bigote puntiagudo, la misma arrogancia. Por un momento, pensamos que todos los policías del mundo eran iguales. ¿Y qué quieren de Mathilde Basswitz?

«Solo queremos saber si la torturaron». Salen de la habitación. En el patio, oímos a Falcón decirle a su ayudante de campo: «Esas dos están listas para la Recoleta». Como no queríamos quedarnos en prisión, salimos corriendo a la calle por otra puerta que estaba abierta. Cuando recuperamos el aliento, tres avenidas más allá, nos llamamos tontas: acabamos de escapar de las garras del coronel Falcón.

Tres días después, Mathilde fue liberada sin juicio, con hematomas por todo el cuerpo. Su único delito fue convocar una huelga de panaderos.

En las cartas de Benjamin, o mejor dicho, en la parte que Mathilde nos transmitió, relataba su fascinación por la tecnología. En su taller de mecánica y electricidad en Londres, había desarrollado una incubadora para pollitos y una máquina de escribir ultraligera. Pero su nueva pasión era el velocípedo. Nos contó su admiración por el joven ciclista francés Maurice Garin, a quien había conocido. Por ello, había diseñado un odómetro de cable para equipar los velocípedos que construía. Estaban pintados de rojo brillante, con "MALATESTA" en blanco en el cuadro y la "A" de Anarquía en el sillín.

Cuando Louise cumplió dieciséis años, fascinada por los múltiples talentos profesionales de Benjamin, decidió ir a Londres a conocerlo. Solo había visto algunos velocípedos

exhibidos por los burgueses residentes del barrio de Palermo y quería aprender a construirlos. Lloró al subir a bordo de un barco de vapor cuyas flamantes bocinas pronto resonarían entre la niebla del Támesis.

Desde Londres, Louise nos contó sobre sus días en el taller de fabricación de bicicletas, la admiración que recibía Benjamin, pero también las críticas que lo lastimaban. Cuando los jóvenes lo acusaron de ser un autoritario de 1848 que ya no entendía las nuevas aspiraciones, se defendió bastante mal.

El clima político era a la vez muy favorable a los anarquistas, que eran mayoría en todas partes, y extremadamente peligroso porque se había otorgado nuevos poderes a la policía, los guardias penitenciarios e incluso a los bomberos, que ahora estaban armados con fusiles. En los últimos veinte años, la población de Buenos Aires se había duplicado, superando el millón de habitantes, y no todos contaban con vivienda. Atrás quedaron los días de las mansiones burguesas abandonadas. Las familias obreras vivían de seis a ocho personas en una sola habitación donde tenían que comer y dormir. Los terratenientes acordaron subir los alquileres, que ahora representaban un tercio o más del salario de una persona.

Germaine y algunas otras mujeres despreocupadas decidieron entonces hacer una huelga de alquileres hasta que los caseros aceptaran una reducción sustancial. La huelga, que comenzó en San Telmo, se extendió de edificio en edificio. Incluso personas que no pertenecían a la clase trabajadora se unieron. La policía reaccionó de inmediato, aplicando la nueva ley de residencia, que condenaba a cualquier rebelde a la deportación a Europa.

Para desalojar a los inquilinos en huelga, intervino el cuerpo de bomberos, armado con fusiles Mauser. Su método: apuntar a los residentes con pistolas e inundar sus apartamentos con mangueras, destruyendo muebles y pertenencias. El jefe de policía, el coronel Falcon, inspeccionó personalmente los edificios que se inundarían. Le molestó ver a Germaine y a nuestros amigos siguiéndolo a todas partes. Los sindicatos de resistencia anarquista tardaron un tiempo en apoyar el movimiento. "Un asunto de mujeres", llegó a decir un compañero. Finalmente, se convocó una huelga general en apoyo de los inquilinos. Pero el día antes de este importante evento, la policía, acompañada de periodistas, allanó la sede del sindicato y descubrió equipo para fabricar bombas. Una trampa de Falcon. Los inquilinos se asustaron, la huelga no se llevó a cabo y se volvieron a pagar los alquileres. Germaine estaba desesperada.

Durante el allanamiento de las oficinas del sindicato donde se imprimía el diario anarquista *La Protesta*, Max fue

arrestado junto con varios tipógrafos. Los liberaron, pero a él no. Lo buscaban por todas partes. Falcon emitió un comunicado diciendo que todos los sospechosos habían sido liberados y que la investigación continuaba. Pero ¿qué pasó con Max? Esto es lo que sucedió. Tras quince días en prisión, compareció ante un juez que ordenó su liberación. La policía lo dejó ir. A solo cien metros de la prisión, fue atacado por desconocidos que afirmaron haberlos atacado.

Arrestado de nuevo, pasó cuatro días en régimen de aislamiento sin comparecer ante un juez. Inició una huelga de hambre. Tras tres días, con fiebre alta, fue trasladado a un hospital militar y puesto en aislamiento. La policía podía avisar a cualquiera que lo buscara que no estaba en casa. Una semana después, Max fue trasladado de este hospital a otro, donde permaneció confinado en la sala de enfermedades venéreas contagiosas. Más tarde, un médico determinó que estaba debilitado por la huelga de hambre, pero que no estaba enfermo. Fue llevado ante un juez que ordenó su liberación. Su cautiverio había durado cuarenta días.

En nuestro barrio de San Telmo, una terrible epidemia de cólera asolaba a los pobres. Una vez que el cólico se instalaba, el enfermo perdía líquidos en cuestión de horas; la enfermedad era prácticamente incurable. ¿Por qué Germaine tuvo que sucumbir a ella? En Vallon, jamás habría

sucedido, pero aquí, desde los primeros síntomas, supimos que las lágrimas serían inútiles.

En los últimos días de la vida de Germaine Nussbaum, a sus cincuenta y ocho años, nos sorprendió su comportamiento. ¿Seguía enamorada del hijo del lechero incluso al enfrentarse a la muerte? Después de todo, había conocido tantos otros amores. Creíamos que había olvidado hacía tiempo sus sueños de juventud, que se remontaban a treinta y cinco años atrás. Sabía que el hijo del lechero no se había convertido en lechero. Tras casarse con la mujer que sus padres le habían elegido, partió una tarde hacia Combe Grède, donde los acantilados se precipitan más de cien metros. Solo había dejado un sobre dirigido *a Germaine*, pero estaba vacío. ¿Le habría faltado el valor de añadir una carta de despedida, o alguna mujer celosa se lo habría robado? Paul, así se llamaba, nunca más pareció interesarle a Germaine. Delante de nosotros, fingió reír: «Sí, Paul, ¡ah, él!».

No llevamos a Germaine al hospital. ¿Qué sentido habría tenido? Sabíamos, igual que ella, que tendríamos que despedirnos. Mathilde y yo la velamos, despidiéndonos. A través de sus ojos inyectados en sangre, parecía apenas vernos, pero pronunciaba, a intervalos regulares, esa única sílaba: Paul. Se puede prescindir de un paisaje como el Valle del otro lado del mundo, pero nunca se olvida el primer amor. Incluso cuando la respiración de Germaine se volvió

ronca y sus exhalaciones cada vez más irregulares, formó con los labios la primera letra del nombre de su primer amante.

Para el funeral, tuvimos que protegernos del contagio. Max también lloraba; era difícil consolarlo.

(Estaba mirando el cielo donde el pampero preparaba una borrasca. Asolado por la melancolía, el recuerdo de Arsenio, de quien no tenía noticias desde hacía tres meses, no hizo más que aumentar mi dolor.)

Capítulo IX

PRIMERO DE MAYO

Donde Mathilde, la hija del médico judío expulsado del pueblo, se encuentra en primera línea de una manifestación el 1 de mayo de 1909, y el glorioso final que allí encuentra.

Es sábado 1 de mayo de 1909, las tres de la tarde, en la Plaza Lorea de Buenos Aires, al final de la Avenida de Mayo. La Federación Obrera Argentina, la más poderosa de todas, de ideología anarcosindicalista, ha organizado una protesta magnífica, con decenas de miles de personas. Hay un placer directo y físico en unirse a semejante multitud, encontrar a nuestros amigos allí, sentirnos lo suficientemente fuertes como para mantener el centro de la calle en el distrito

bancario. No estamos allí para manifestarnos, sino para darnos a conocer. Quizás todo sea una actuación, pero la emoción es muy real, una mezcla de alegría y miedo.

Al fondo de la vasta explanada se alza una torre metálica, tan alta como un edificio de diez pisos, coronada por un depósito de agua que abastece al barrio. Su chapa brilla bajo el sol otoñal del sur y refleja la luz azul del cielo, atravesada por el repentino vuelo de las golondrinas. A su alrededor, una doble hilera de plátanos pierde sus últimas hojas, de modo que las dos esculturas sobre sus pedestales son visibles desde todas partes. En la primera, llamada *El Perdón*, un niño se ha posado con una bandera negra. Representa a una joven desnuda arrodillada a los pies de un hombre barbudo que le pone la mano en la frente, símbolo del perdón masculino a una mujer pecadora. La otra estatua, destinada a colocarse en lo alto de las escaleras del edificio del Congreso, cuya construcción adyacente aún no está terminada, representa a un hombre serio y desnudo, con un codo apoyado en la rodilla, en pose reflexiva: *El Pensador*, obra de Auguste Rodin, tiene un bigote de tiza. En cuanto a los artistas, se anotaba en el cuaderno verde: «El arte es lo que hace la vida más interesante que el arte».

Entre las dos esculturas, una plataforma desde la que se alzan discursos excesivamente entusiastas. Hay tanta gente que es difícil oír a los sindicalistas agitando los puños y las gorras. Bajo los plátanos, cerca del café *Los Banqueros*, un grupo de jóvenes sostiene una pancarta: «Sin justicia, no hay

paz». Entre ellos, reconocemos a Alphonsine, Anna, Alberane y Max. Los loros vuelan de farola en farola, los niños corren entre la multitud y los vendedores de dulces pasan entre nuestras filas. Un día libre para todos.

"Venimos aquí desarmados, nuestra única arma es nuestro número", grita el líder sindical. "Y si estalla una pelea, habremos creado, durante unas horas, una presencia rebelde, un río de fuego que quemará las reliquias de una sociedad moribunda. No solo tenemos el número de nuestro lado, sino también esperanza. Frente a nosotros solo están los secuaces de la autoridad, sin ideales, sin moral. Poseen el dinero y las armas. Si uno de nosotros flaquea, cien más ocuparán su lugar. Contra la rectitud de nuestra causa, el Estado se derrumbará".

Un orador nos recuerda por qué el 1 de Mayo es una fecha importante. Ese día de 1886, trescientos mil trabajadores se manifestaron en Chicago. A la cabeza de la marcha, los anarquistas formaron un bloque negro, y en un mitin, explotará una bomba que causará varias víctimas. La policía detendrá a los oradores del mitin a los que acusará del magnicidio, y tras un juicio amañado, los ahorcará. Y aunque años después serán rehabilitados oficialmente, desde entonces se les conoce como los mártires de Chicago.

El siguiente discurso relata los acontecimientos de los últimos meses, recordando los episodios cada vez más violentos que acabamos de vivir. Primero, la huelga de

panaderos y el caso de los cuatro no huelguistas asesinados a tiros en la panadería Princess. Los líderes del sindicato de panaderos fueron arrestados sin ninguna prueba, acusados del cuádruple asesinato. Mathilde Basswitz, cuyo coraje elogia el orador, fue arrestada de noche cuando regresaba a San Telmo. Con el pretexto de que se había encontrado una barba postiza en el lugar de los hechos, Falcon afirmó tener pruebas de que una mujer estaba entre los asesinos; por lo tanto, nuestra camarada Mathilde. Nosotros, los anarquistas, amenazamos con convocar una huelga general si los acusados no eran liberados. El día antes de nuestro ultimátum, todos fueron liberados, tras haber reconocido los tribunales su inocencia. Aplausos, puños en alto. Mathilde sonríe radiante.

Fue entonces, dijo el orador, que Falcón, quien se autodenomina "el gran pacificador", propuso una ley al Parlamento que obliga a todos los argentinos a entregar sus huellas dactilares a la policía. Los diputados consideraron excesiva esta medida; la clase media se resiste a ser identificada. ¿Y nosotros qué? Risas, aplausos. Por el momento, solo los conductores del transporte público deben someterse a esta medida, con el pretexto de que la mayoría son anarquistas peligrosos. Menos mal, ¿no? Aplausos. Los conductores se han declarado en huelga. Ahí estamos. Aquí estamos todos, reunidos en esta plaza para protestar contra este tipo de medidas. Aplausos prolongados.

Una vez terminados los discursos, se formó una manifestación que recorrió la avenida bordeada de acacias, cuyas ramas desnudas se mecían con la brisa. Cerca del depósito de agua, el coronel Falcon había organizado un despliegue militar que incluía ambulancias, bomberos y 2500 policías. Su plan: no habría ninguna advertencia. A estas tropas reunidas, les dio la siguiente orden: ¡Acaben con los anarquistas de una vez por todas! A pesar de ello, creían que podían hacerle frente en número. Falcon no se atrevería.

Mathilde y yo nos encontrábamos al frente de la inmensa multitud que estaba a punto de empezar a marchar. Decenas de miles, el alma de la ciudad trabajadora. Cada mujer llevaba un pañuelo negro que mostraba su afiliación política. Habíamos exigido encabezar la procesión; lo habíamos escrito en la portada de nuestro periódico. Estas son nuestras palabras textuales, copiadas del cuaderno verde: «Estamos con ustedes, con los anarquistas, aquellos que deben marchar adelante, con el pecho descubierto, desafiando el peligro, sin importarles si mueren por nuestro noble ideal. Daremos ejemplo, por eso exigimos el derecho a marchar a la cabeza con nuestros camaradas».

Observamos a los policías, que nos apuntan amenazadoramente con sus fusiles. Aún menos tranquilizador, en el balcón de la lujosa confitería con vistas a la avenida, Mathilde señala al ayudante de campo de Falcon. Lo reconocemos; él también nos ha visto, porque, apoyado en la barandilla, nos apunta con su fusil. Inmóvil,

como un francotirador, nos sigue con el cañón de su fusil mientras avanzamos. Entendemos que busca matar. Si Falcon abre fuego, aprovechará la situación para cometer un asesinato selectivo.

Vestíamos de rojo y negro, pero para ser verdaderamente nosotros mismos, pertenecíamos al Bloque Negro. A veces, en español, nos llamamos *trébol negro* porque nos trae suerte, o, como nuestros compañeros de Nueva York, vestidos con trajes oscuros y grandes sombreros negros, *el Bloque Negro Anarquista*. Mathilde sostiene el asta de la bandera negra en alto y dice en voz baja, casi con orgullo: «Está dirigida a la cabeza del Bloque Negro».

Éstas fueron las últimas palabras de Mathilde Basswitz, de cincuenta y tres años.

Cuando Falcon alzó su sable para ordenar una salva de artillería, la policía abrió fuego contra la multitud, y el ayudante de campo aprovechó la oportunidad para descabezar a Mathilde. Por eso, aunque recibió un impacto directo en el pecho, también recibió un impacto en el costado, en la sien. De pie, ilesa a su lado, la sostuve. Mientras seguían disparando, tuvimos que tumbarnos en el pavimento. La sangre salía a borbotones; Mathilde, con los ojos abiertos, no pronunció palabra. Mientras las balas resonaban, le busqué el pulso. Su corazón había dejado de latir. Entonces, la arrastré por los pies hasta los otros cuerpos sin vida.

Los policías avanzaron en fila. Corrí hacia una calle lateral, abandonando el cuerpo de Mathilde. Un amable sirviente abrió la entrada de un carruaje que conducía a un apartamento burgués. Varias mujeres del bloque de los Negros y yo nos refugiamos allí, observando la escena desde la ventana de la cocina.

Los paramédicos clasifican los cuerpos y los llevan a la morgue o al hospital, según la situación. El cuerpo de Mathilde es apilado junto con otros en una carretilla. Inmediatamente después, los bomberos rocían agua para limpiar la sangre de la avenida, para que la prensa pueda afirmar que no pasó nada.

Deambulo por las calles desiertas, sin saber qué me pasa. Directa al mar, con lágrimas corriendo por mi rostro, nublando mi visión y mi razón. Loca de dolor, pero también de rabia. Culpo al buen tiempo, al mar, repasando la escena en mi mente: el hombre en la barandilla de la tienda de dulces, la ráfaga de disparos y, entre el crujido de las balas, la que impacta en la sien de Mathilde. Creo oírla. Me pierdo en las estrechas calles del puerto; alguien me habla, pero no me doy cuenta. Estoy atónita, sentado en un banco, pensando en ella.

¿Tuvo Mathilde alguna duda al darse cuenta de que le apuntaban con un arma? ¿Dudó? ¿Se rindió? No, fue una muerte ejemplar. Nunca desesperes por la causa. No

necesitas triunfar para mantener viva la esperanza. Le habría parecido vergonzoso morir sin haber ayudado a nadie a vivir.

El lunes, aquí estoy, la última de las diez, pero ya no soy una mujer despreocupada. Hago fila frente a la morgue. Dos días más, y llega el funeral, con miles de puños en alto y gritos de rabia. Sesenta mil personas logran apiñarse en los pasillos del vasto cementerio. Una vez más, Falcon da la orden de disparar contra la multitud; la policía confisca los ataúdes, los lleva de vuelta a la morgue y se suman más. Las oficinas de la Federación son saqueadas por los secuaces de Falcon. Durante una semana entera, persiguen, encarcelan y masacran a todos los anarquistas de la región argentina. Gracias a la complicidad de Alice y su esposo del Tesino, me escondo en el barrio de Palermo con otras mujeres en peligro.

¿Y ahora qué hacemos? ¿Tomamos el cuartel? ¿Exigimos el derecho al voto? ¿Volvemos a emigrar? Hagamos balance: hemos superado algunos momentos de libertad que valieron la pena. Lo que importa no es realizar la utopía de la anarquía, sino ser anarquista. La actitud anarquista, esa es nuestra sabiduría. Durante siglos, no imaginamos un mundo libre de todo poder ni uno finalmente iluminado por la anarquía universal. Los imaginamos, en cambio, poblados por anarquistas. La revuelta dará sentido a sus vidas, como lo ha dado a las nuestras.

Por la noche, Max y yo fuimos a la habitación de Mathilde. Tras buscar con cuidado, encontramos un paquete atado con una cinta azul, marcado como "Benjamin". Como sospechábamos, las cartas que nos leía o repartía contenían una parte más íntima, que nos ocultó. También mencionaban a Louise, de veinte años, a quien Benjamin llamaba "nuestra hija". Lo enviamos todo de vuelta a Londres. Era asunto entre él y Louise. No queremos fisgonear ni contarles la naturaleza de su historia de amor.

Aún faltaba vaciar el baúl de la Oveja Negra antes de poder entregar la tienda a los recién llegados del Jura. Allí aguardaba la sorpresa de Mathilde. Además de los cinco volúmenes de Jean-Jacques Rousseau, había diez cartuchos de dinamita envueltos en papel de periódico con su característico olor. En otro paquete, tres detonadores. Y, además, envueltos en papel de seda, estaban las diez cebollas junto con un sobre dirigido a la última de las diez pequeñas anarquistas:

Valentine, querida mía,

Como puedes ver, nuestros diez relojes están reunidos. Respecto a tres de ellos, les debo unas explicaciones póstumas. Pertenecen a Colette, Juliette y Lison. Estos caballeros de la llamada "fuerza pública" tienen la triste costumbre de robar cadáveres, y el verdugo Falcon no es

la excepción. Gracias, si se me permite decirlo, a mi estancia en sus celdas, descubrí que este individuo era el capitán con el que habíamos tratado en Talcahuano en el momento del asesinato de nuestra querida Lison. Inmediatamente sospeché que era un acaparador, o algo peor. Otra prueba: el cliente de la Oveja Negra, que vino a ofrecerse a reparar una cebolla 20A, resultó ser el ayudante de campo de Falcon; me lo encontré en el patio de su infame cuartel. Decidí reclamar nuestra propiedad. En este caso, aún más que de costumbre, los medios legales son inútiles. Sabía que ni usted ni Germaine aprobaban las tácticas violentas, así que decidí actuar sola. Para disuadir a los guardias de la propiedad de Falcon, detoné unos cartuchos de dinamita cerca de su garaje. Aprovechando el pánico que se desató, registré la colección de relojes raros de ese sinvergüenza. Además de las tres cebollas del Vallon, contenía muchas otras piezas valiosas, sin duda igualmente mal habidas. Doné lo recaudado con su venta al fondo de huelga.

Sabrás cómo aprovechar al máximo nuestro fondo de guerra, relojes o dinamita. ¡Viva la anarquía!

Te besa tiernamente.

Matilde

P.D.: Las obras de Jean-Jacques Rousseau son para mi hija Louise, y las cebollas, ¿por qué no confiarlas a Max?

Hicimos lo que sugirió Mathilde: Rousseau fue a parar a Louise y Max se quedó con las cebollas, ofreciéndolas a la Federación para reemplazar la imprenta averiada. ¿Pero qué hacer con la dinamita? Dudamos en tirársela a Falcon.

Durante las noches de insomnio, una rabia ciega me invadía, una ira destructiva como la que se siente contra un tirano al que uno tiene derecho a eliminar. Sin embargo, me decía a mí misma: matar a Falcon no es reparar un agravio, es matar a un hombre. Así que volví a ser una pacifista sabia, imaginando un futuro donde la policía estuviera desarmada, donde Falcon, tras recibir una advertencia, no sería más que un burgués jubilado. Entre la rabia y la impotencia, pasé por todo tipo de estados.

Si teníamos que vengar a nuestros muertos, y a Mathilde en particular, no era cuestión de que buscara el consejo de otras mujeres; debíamos tener el coraje de actuar solas, como Mathilde había demostrado. Al final, opté por la luz de la razón, como habría dicho Benjamin. Tomé los tres detonadores y los diez cartuchos. Para evitar que explotaran, los guardé cuidadosamente en una maleta, que dejé por la noche frente a la reja fuertemente custodiada del coronel Falcon. Toda una expedición. Dentro de la maleta estaban estas breves palabras:

Señor Jefe de la Policía de Buenos Aires, este es el castigo que merecen sus crímenes. Los anarquistas no son criminales, sino pacifistas.

Advertencia final.

Al final del día, solía encontrarme con Max en el local del sindicato anarquista. Hablaban, en voz alta y con pasión, de la abolición de las fronteras, la utilidad de una huelga general y cómo responder a la represión contra el movimiento. Una noche, cuando la discusión estaba particularmente acalorada, vi a un joven con gorra cerca de la puerta, con una maleta. No reconocí al chico, sino la maleta. La coloqué debajo de una silla y se fue sin que nadie lo viera. Quince minutos después, cuando no había regresado y yo había tenido tiempo de averiguarlo, salí yo misma, cogiendo el paquete sospechoso sin decírselo a nadie. De vuelta a casa, abrí la maleta con cuidado. Era, en efecto, la dirigida a Falcon, con la dinamita, pero sin la carta.

Al día siguiente, al amanecer, Falcon, acompañado de algunos periodistas, fue a registrar la sede del sindicato. Max contó que se marcharon furiosos, tras haber destrozado una vez más los rodillos de tinta de la imprenta. Al igual que la última vez que se llevaron a Max, buscaban algo que no encontraron. Algo que habría comprometido a los

anarquistas una vez más y llevado a Max a la cárcel. Así que Falcon ignoró mi última advertencia. Mala suerte para él.

En la primavera de ese mismo año, el coronel Ramón Lorenzo Falcón, de cincuenta y cuatro años, paseaba orgulloso por los grandes bulevares de Buenos Aires con su ayudante de campo. Era un asiduo de la avenida Presidente Quintana. La clase media lo saludaba, le daba las gracias, y los peces gordos de la Bolsa lo aclamaban como un héroe. Este caballero se creía un figurante, regresando a la misma hora, satisfecho de sí mismo, hasta el domingo *14 de noviembre* de 1909, en la esquina de las avenidas Callao y Quintana. Ese día, una figura sombría, vestida de negro, emergió de las sombras y les lanzó diez cartuchos de dinamita a él y a su ayudante de campo. ¿Un acto político o un acto de amor?

Los burgueses construyeron una hermosa tumba para estos caballeros, adornada con mármol, querubines y poemas. No necesito decirles quién orquestó esta justa venganza. Como la historia de las diez pequeñas anarquistas debe terminar con un acontecimiento feliz (¿una boda? ¡Qué horror, una boda!), Arsène está programando para unirse a mí en mi exilio. Tras el asesinato de Falcón, que desencadenó una nueva cacería de anarquistas por toda Argentina, he decidido buscar un cambio de aires.

*y entonces
allá no quedaba
ninguno*

Por una vez, su relatora, cuyo mandato termina, tuvo la oportunidad de burlar la frontera, y no se contuvo. En una noche sin luna, gracias al pescador que había ayudado a Benjamin, crucé el Río de la Plata, evitando a los agentes de aduanas y a los contrabandistas. Al amanecer, desembarqué.

En Montevideo, era la subasta de pescado.



ACERCA DEL AUTOR

DANIEL DE ROULET nació en Ginebra en 1944. Tras una infancia en Saint-Imier, este hijo de pastor se formó como arquitecto en la Escuela Politécnica Federal de Lausana (EPFL). Posteriormente, trabajó como informático para grandes empresas en Zúrich, Soleura y Ginebra. En 1981 publicó su primer libro y se dedicó por completo a la escritura a partir de 1997. Durante los últimos veinte años,

ha trabajado en una serie de diez novelas. A través de la historia de dos familias, narran la epopeya de la energía nuclear, desde Hiroshima hasta Fukushima, desde el triunfo de la ciencia hasta el cuestionamiento de sus excesos. Daniel de Roulet también es autor de relatos de viajes y ensayos críticos.

Bibliografía:

Dix petites anarchistes, Buchet/Chastel, 2018.

Quand vos nuits se morcellent, Lettre à Ferdinand Hodler, éd. Zoé, 2018

Terminal terrestre, éd. D'Autre part, 2017

Tous les lointains sont bleus, éd. Phébus, 2015

Le Démantèlement du Coeur, éd. Buchet–Chastel, 2014

Légèrement seul, éd. Seuil, 2013

Écrire la mondialité, éd. La Baconnière, 2013

Fusions, éd. Buchet–Chastel, 2012

Tu n'as rien vu à Fukushima, éd. Buchet–Chastel, 2011

Esthétique de la course à pied, éd. Virgile, 2010

Le Silence des abeilles, éd. Buchet–Chastel, 2009

Kamikaze Mozart, éd. Buchet–Chastel, 2007

Un dimanche à la montagne, éd. Buchet–Chastel, 2006

L'Homme qui tombe, éd. Buchet–Chastel, 2005

Chronique américaine, éd. Metropolis, 2005

La Nouvelle Conférence de Wannsee, éd. Le Temps des cerises, 2004

Malcolm X: par tous les moyens nécessaires, éd. Desmaret, 2004

L'Envol du marcheur, éd. Labor et Fides, 2004

Jules en Amérique, éd. La Joie de lire, 2003

Nationalité frontalière, chroniques, éd. Metropolis, 2003

La Danseuse et le chimiste, éd. Labor et Fides, 2002

Courir, écrire, éd. Zoé, 2000

Gris-bleu, éd. Seuil, 1999

Double, éd. Metropolis, 1998

Bleu Siècle, éd. Seuil, 1996

La Ligne bleue, éd. Seuil, 1995

La Vie, il y a des enfants pour ça, éd. Canevas, 1994

Virtuellement vôtre, éd. Canevas, 1993

A nous deux Ferdinand, éd. Canevas, 1991

La Routine infernale, éd. L'Aire, 1981

DIEZ NEGRITOS

Diez negritos se fueron a cenar.
Uno de ellos se asfixió y quedaron Nueve.

Nueve negritos trasnocharon mucho.
Uno de ellos no se pudo despertar y quedaron Ocho.

Ocho negritos viajaron por el Devon.
Uno de ellos se escapó y quedaron Siete.

Siete negritos cortaron leña con un hacha.
Uno se cortó en dos y quedaron Seis.

Seis negritos jugaron con una avispa.
A uno de ellos le picó y quedaron Cinco.

Cinco negritos estudiaron derecho.
Uno de ellos se doctoró y quedaron Cuatro.

Cuatro negritos fueron a nadar.
Uno de ellos se ahogó y quedaron Tres.

Tres negritos se pasearon por el Zoológico.
Un oso les atacó y quedaron Dos.

Dos negritos se sentaron a tomar el sol.
Uno de ellos se quemó y quedó nada más que Uno.

Un negrito se encontraba solo.
Y se ahorcó y no quedó... ¡Ninguno!